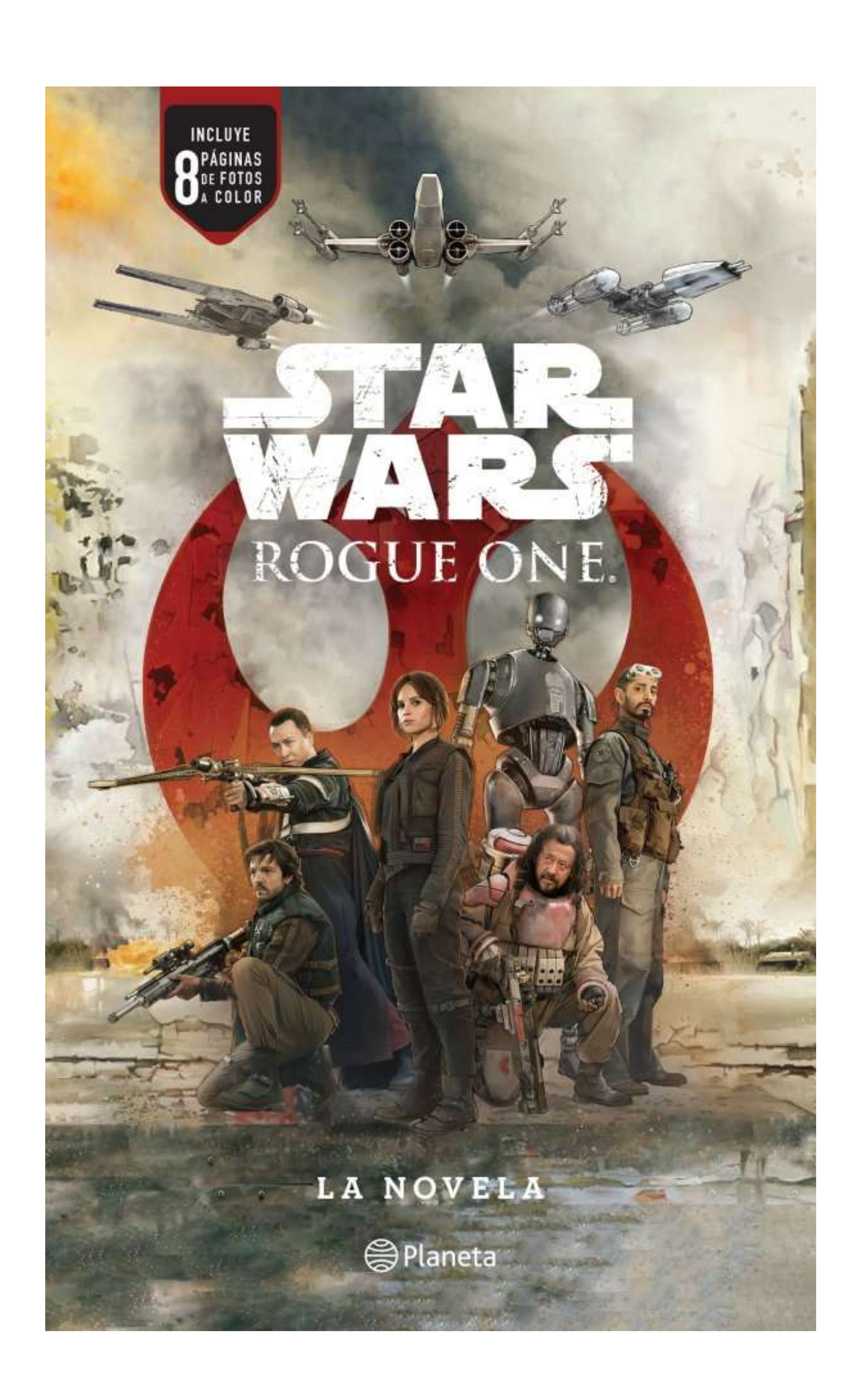

INCLUYE
8 PÁGINAS DE FOTOS A COLOR
STAR WARS
ROGUE ONE.
LA NOVELA
Planeta

La alianza rebelde ha descubierto la existencia de una terrorifica arma imperial capaz de destruir planetas enteros. La Estrella de la Muerte. El destino de la galaxia está en manos de la valiente Jyn Erso y sus compañeros fortuitos.




**La novela (juvenil)**

Matt Forbeck

Basada en la historia de John Knoll y Gary Whitta
y el guión de Chris Weitz y Tony Gilroy



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Star Wars: Rogue One: A Junior Novel*

Autor: Matt Forbeck

Traducción: Mónica López Fernández

Publicación del original: marzo 2017

de 13 años a poco antes de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Revisión: holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

11.12.17

Base LSW v2.21

# Declaración

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

# CAPÍTULO 1

**JYN ERSO RECORDABA** el día exacto en que el Imperio le destruyó la vida. Tenía sólo ocho años; ella y sus padres, Galen y Lyra, vivían en Lah'mu, un planeta aislado y pantanoso, muy lejos del lujoso hogar que alguna vez ocuparon en Coruscant, el mundo capital del Imperio.

En cuanto Jyn avistó al transbordador imperial desplazándose rápidamente por el cielo, supo que habría problemas. Había estado jugando sola en la frondosa vegetación; corrió a casa para advertirles a sus padres, pero ellos ya estaban empacando.

—Jyn —dijo su padre—, reúne tus cosas. Llegó el momento.

Habían hecho innumerables simulacros para esta situación. Mientras Jyn seguía las órdenes de Galen, Lyra activaba la unidad de comunicaciones de la familia.

—Saw —dijo—, pasó lo que supusimos. Él ya llegó por nosotros.

Antes de que Lyra sacara a Jyn de la casa, Galen le dio a su hija un último beso.

—Te amo, estrellita —dijo.

—Yo también te amo, papi.

El transbordador aterrizó afuera; de él emergieron seis death troopers en brillantes armaduras negras, junto con un oficial imperial de uniforme y capa blancos. Jyn lo reconoció; había trabajado con su padre cuando estaban en Coruscant. Se llamaba Orson Krennic.

Lyra la tomó del brazo y la llevó hacia la puerta trasera, mientras su padre fue a saludar a los visitantes. Una vez fuera del alcance visual, Lyra se quitó su collar para ponérselo a Jyn. El cristal kyber brillaba en la luz.

—¿Sabes a dónde ir, cierto? —preguntó Lyra.

Jyn asintió.

—Confía en la Fuerza —dijo Lyra y le dio un abrazo a su hija. De alguna manera, Jyn sabía que eso significaba «adiós».

A pesar de que le habían ordenado que huyera y se escondiera, Jyn se rehusó a dejar a sus padres atrás. Sigilosamente, siguió a su madre de regreso a casa y vio cómo su padre se enfrentaba a Krennic.

—¿Qué es lo que quieres? —exigió saber Galen.

—El trabajo está muy retrasado —dijo Krennic—. Necesito que regreses.

—No lo haré.

—Estábamos a un paso de la grandeza. Estuvimos a nada de brindar paz y seguridad a la galaxia.

—Confundes paz con terror. Mentiste sobre lo que estábamos construyendo. Lo que querías era matar gente.

Krennic alzó los hombros.

—Por algo se empieza.

En ese momento, Lyra dio un paso al frente. Jyn, desconcertada porque su madre había decidido mostrarse (en contra de lo que habían ensayado), se le quedó viendo,

horrorizada. Cuando los death troopers notaron que Lyra estaba ahí, apuntaron sus armas contra ella, pero Krennic les ordenó que no abrieran fuego.

Entonces, Lyra mostró el bláster que traía y lo apuntó hacia Krennic.

—No te lo llevarás —dijo.

—Claro que no. —Krennic sonrió—. Me los llevaré a todos; a ti, a tu hija. Todos ustedes vivirán cómodamente.

—Como rehenes —dijo Lyra.

—Como «héroes del Imperio».

Lyra se rehusó a bajar su arma.

—Nunca ganarás —dijo ella.

Krennic tomó una decisión.

—Háganlo —ordenó a los death troopers.

Los soldados de la élite imperial le dispararon a Lyra, pero no antes de que ella pudiera disparar una vez, dando justo en el hombro de Krennic. Jyn sabía, sin embargo, que el oficial imperial se recuperaría.

Su madre no.

Cuando Lyra cayó, Galen la tomó en brazos. El peso de ella y su propio dolor lo hicieron caer de rodillas.

—Tienen una hija —dijo Krennic a los death troopers, apretando los dientes de dolor—. ¡Encuéntrenla!

Jyn huyó.

Sabía a dónde ir, tal como lo habían ensayado en los simulacros; lo que no sabía era si llegaría antes de que los death troopers la encontraran.

Corrió sin mirar atrás. Llegó a la cueva en las colinas rocosas detrás de su casa y se apresuró a meterse en ella. Alzó la escotilla escondida, se escurrió a través de ella y la cerró. Permaneció ahí, contemplando la luz del día, gracias a una grieta que había en la escotilla. Cuando los death troopers que la perseguían se acercaron, contuvo el aliento y se quedó quieta cual estatua. Cuando finalmente siguieron de largo, se arrastró más adentro en su escondite y esperó, tal y como le habían dicho.

Se quedó ahí durante horas, sola. Olió el humo en el aire proveniente del incendio que, después se enteraría, consumió su casa. En un punto creyó escuchar cómo se iba el transbordador, pero sabía que debía quedarse quieta hasta que uno de sus padres llegara por ella.

Pero ¿y si eso nunca sucedía? Si su madre estaba muerta y los death troopers se habían llevado a su padre, nadie vendría por ella. Se quedaría sola con sus propios recursos.

Se acurrucó en la oscuridad mientras caía la noche, aterrada y sin saber qué hacer. En eso, empezó una tormenta que la asustó con el ruido de los truenos.

Encendió una linterna y trató de animarse. Tarde o temprano tendría que desafiar las órdenes de sus padres; pero ¿cuándo? Seguro hasta que pasara la tormenta.

Sin embargo, antes de que eso sucediera, oyó un ruido en la superficie sobre ella que la paralizó. No se trataba de un trueno, sino de pisadas que, además, se acercaban. Alguien había entrado en la cueva.

Un momento después, se abrió la escotilla. Era Saw Gerrera, el hombre con quien Lyra se había comunicado a través de la unidad de comunicaciones.

—Ven, mi niña —dijo al ofrecerle la mano—. Tenemos un largo viaje por emprender.

Eso había sucedido hace muchos años y muchas cosas habían pasado desde entonces; más de las que Jyn quisiera contar. Todas ellas culminaban en donde estaba ahora: pudriéndose en una prisión imperial, preguntándose por qué, si había luchado tanto y durante tanto tiempo, había terminado así.

# CAPÍTULO 2

**CASSIAN ANDOR** había hecho cosas horribles como miembro de la Alianza Rebelde, todo con la intención de ponerle fin al Imperio Galáctico. En lugar de arrumbarlo en prisión como castigo por sus crímenes, los comandantes de la Alianza lo ascendieron al grado de capitán y le encomendaron misiones todavía más imposibles. A veces, se preguntaba si en secreto querían que fallara para lavarse las manos y deshacerse de él, pero era tan determinado que difícilmente les daría gusto.

Para su tarea más reciente lo habían enviado al Anillo de Kafrene: un par de asteroides gigantescos que giraban en conjunto, alrededor de un campo de rocas más pequeñas que flotaban en el espacio. Mucho tiempo antes, alguien había unido los asteroides para establecer el puesto de comercio más depravado de aquella horrible parte de la galaxia. Ahí, Cassian conoció a Tivik, un espía que supuestamente tenía noticias de último momento que la Alianza necesitaba saber sobre Jedha, un antiguo lugar de culto de la Fuerza.

Se reunieron en un callejón sin salida. Cada parte de Tivik se retorció, excepto su brazo tullido, que le colgaba de lado. Se veía tan nervioso que Cassian se preguntó si saldría huyendo antes de decirle algo, pero una vez que empezó a hablar soltó todo.

—Un piloto imperial, es decir, uno de los choferes de buques de carga, desertó ayer —reportó Tivik—. Les está diciendo a los demás que están construyendo un arma. ¿Los cristales kyber? Eso es lo que buscan. Trajo un mensaje. Tiene pruebas.

Desconfiado, Cassian se puso en guardia contra este hombre.

—¿Qué tipo de arma?

Tivik miró alrededor, buscando una ruta de escape.

—Muy bien, tengo que irme.

Cassian lo sujetó.

—*¿Qué tipo de arma?*

—Un asesino de planetas. —Tivik temblaba ante la mirada de Cassian—. Así es como lo llamó.

Tivik continuó explicando que Galen Erso, un viejo amigo de Saw Gerrera, había enviado al piloto. Tivik estaba enojado porque la Alianza no había ayudado mucho a Saw en su lucha.

—¡Saw tiene razón! Ustedes siguen hable y hable y haciendo negociaciones mientras nosotros nos quemamos vivos aquí afuera. Hay espías por todos lados…

Tivik fue bajando el volumen de su voz al avistar a dos stormtroopers entrando por el callejón. Caminaron hacia Cassian y Tivik exigiendo ver sus documentos digitales.

Cassian no permitiría que nadie lo aprehendiera, así que metió la mano en su bolsillo, pero en lugar de sacar una identificación, agarró su bláster silenciado y atravesó a cada stormtrooper con un disparo.

Tivik retrocedió horrorizado.

—¡No! ¿Qué hiciste?

Un tercer stormtrooper apareció en el extremo del callejón. En lugar de acometer y que le dispararan, pidió refuerzos.

—Soldados caídos. Sección nueve.

Cassian recorrió el callejón buscando rutas de escape; vio un lugar de donde sería fácil agarrarse y trepar, aunque no con Tivik y su brazo tullido.

Cassian no podía dejarlo ahí para que lo capturaran. Seguramente el hombre les diría todo. Y si el Imperio se enteraba de lo que él ya sabía…

No tenía opción. Alzó su bláster y le disparó a Tivik a muerte. El stormtrooper se quedó de pie, paralizado al ver que aquel hombre caía.

Cassian aprovechó el momento para lanzarse al muro más cercano y empezar a trepar. Tenía que actuar rápido, de otro modo, también tendría que dispararse a sí mismo.

# CAPÍTULO 3

**JYN SE HABÍA** resignado a estar en prisión. Después de huir de un lado al otro, le daba cierto alivio poder quedarse en un lugar, al fin.

Además, desde donde lo viera, no había cómo salir de esta, al menos no por sus propios medios. Aún no.

Se encontraba con un destacamento. La transportaban junto con otros presos hacia un sitio donde seguramente los pondrían a picar piedras o a palear basura fuera de un compactador o a realizar cualquier tarea repugnante que el Imperio necesitara. Tres stormtroopers viajaban en la parte de atrás para vigilar a cinco prisioneros, lo cual parecería exagerado, pero Jyn no estaba interesada en decirle al Imperio cómo hacer su trabajo.

El transporte se detuvo. Momentos después, una granada magnética voló la puerta del frente. Disparos de blásteres derribaron a los tres stormtroopers en un santiamén y un hombre armado irrumpió gritando el nombre de Liana Hallik.

Jyn conocía el nombre. Era el que había estado usando cuando la arrestaron. Aun así, se quedó callada. Pero no importó: el soldado que entró después la reconoció.

—¿Quieres salir de aquí? —le dijo el primero.

Jyn asintió con reticencia. Luego, un tercer soldado se acercó y le quitó los grilletes. Uno de los prisioneros levantó sus propios grilletes gritando:

—¡Oye! ¿Y yo qué?

Jyn aprovechó la distracción para patear al primer soldado en el estómago, derribándolo contra el muro. Luego le lanzó un puñetazo al segundo y luchó contra el tercero para salir. Si esos tontos le daban un medio para escapar lo usaría, pero no quería terminar atada a ellos.

Corrió hacia la puerta abierta del transporte, pero un gran droide de seguridad imperial le bloqueó el camino. Era alto y estaba hecho de un metal negro resistente; se le quedó viendo con sus ojos brillantes. Antes de que pudiera detenerlo, la sujetó del cuello y la aventó fuertemente contra el suelo.

—Felicidades —dijo con una voz masculina y artificial—. Esta es una operación de rescate. Por favor, no te resistas.

Jyn decidió hacerle caso al droide. Por ahora.

# CAPÍTULO 4

**JYN SE** enteró de que los soldados que la habían «rescatado» trabajaban para la Alianza Rebelde. No obstante, parecía que no habían venido para liberarla, sino para encerrarla en otro lugar. No había pasado ni siquiera un día cuando ya la habían entregado al cuartel general de la Alianza Rebelde, que se encontraba en una luna verde que orbitaba alrededor de un gigante de gas llamado Yavin. Ahí, la arrastraron hasta quedar enfrente de lo que ella supuso era su versión de una corte marcial.

Un hombre, que se identificó como el General Draven, supervisaba los procesos junto con otro líder rebelde de voz grave, el General Dodonna. Había un tercer hombre, de pie, cerca de ellos. Era delgado, de cabello oscuro, barba y bigote incipientes. También tenía la mirada dura de un hombre que permanecía alerta para hacer lo que fuera necesario con tal de que la Alianza ganara.

Draven recitaba la lista de ofensas por las que los imperiales habían arrestado a Jyn, las cuales no la impresionaban en lo absoluto. Ella sabía qué crímenes había cometido.

Cuando terminó, continuó diciendo:

—Imagina lo que habría pasado si las autoridades imperiales hubieran descubierto quién eras en realidad, Jyn Erso.

Jyn trató de permanecer impasible ante el uso de su verdadero nombre. Si ya tenían esa información, no podía adivinar qué más sabían sobre ella.

—¿Ese es tu nombre, no es así? ¿Jyn Erso? ¿Hija de Galen Erso? Conocido por haber colaborado con los imperiales para desarrollar armas.

Eso la tomó por sorpresa. Había pasado gran parte de su vida tratando de huir de la reputación de su padre y temía lo que fuera que la Alianza quisiera de ella ahora que conocían su secreto.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó.

Mon Mothma, una mujer de cabello corto y pelirrojo que alguna vez fue senadora de Chandrila, dio un paso fuera de la sombra para responderle.

—Es tu oportunidad para empezar desde cero. Creemos que puedes ser de ayuda para nosotros. —Giró hacia el hombre misterioso—. Este es el Capitán Cassian Andor, de nuestro departamento de inteligencia.

Cassian dio un paso al frente y la barrió de pies a cabeza con una mirada despiadada.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste contacto con tu padre?

La pregunta sorprendió a Jyn; perdió todo rastro de él después de pasarse la vida huyendo.

—Hace quince años —estimó.

—¿Alguna idea de dónde ha estado en todo ese tiempo?

A Jyn no le importaba hacia dónde iba eso.

—Me gusta pensar que está muerto. Hace que las cosas me sean más fáciles.

—¿Más fáciles que qué? ¿Que ser una herramienta para la máquina de guerra del Imperio?

No dejaría que aquel hombre la estremeciera.

—Nunca he tenido el lujo de opinar sobre cuestiones políticas.

Ante esa respuesta, Cassian gruñó.

—¿En serio? ¿Cuándo fue tu último contacto con Saw Gerrera?

Jyn se empezó a sentir tensa al preguntarse qué tan largo sería el expediente sobre ella.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Es posible que él te recuerde, ¿no es así? Él podría acceder a reunirse contigo, si es en son de amistad.

Jyn decidió que lo mejor era permanecer callada. No tenía sentido darles más razones para colgarla.

El General Draven dio un paso al frente para decir:

—Vamos contra reloj, criatura. Así que, si no hay nada más de qué hablar, simplemente te regresaremos adonde te encontramos…

Eso impulsó a Jyn para abrir la boca.

—Yo era una niña. Saw Gerrera me salvó la vida. Él me crió, pero no tengo idea de dónde esté. No lo he visto en años.

—Sabemos dónde encontrarlo —dijo Cassian—. Ese no es nuestro problema. Lo que necesitamos es alguien que nos permita atravesar las puertas sin que nos maten.

Jyn lo miró intensamente, confundida.

—Todos ustedes son rebeldes, ¿verdad?

—Saw Gerrera ha estado peleando su propia guerra por algún tiempo —dijo Mon Mothma—. Ha generado muchos problemas para la Rebelión. Ahora no nos deja otra opción que intentar enmendar la confianza quebrantada.

—¿Y esto que tiene que ver con mi padre?

La siempre digna Mon Mothma le dio a Cassian una señal para que ahondara en el punto.

—Hay un desertor imperial en Jedha, un piloto. Saw Gerrera lo tiene detenido. Según el desertor, el Emperador está creando un arma con el poder para destruir planetas.

Por un momento, Cassian dudó antes de aterrizar su punto final.

—El piloto dice que tu padre lo envió.

Por mucho que lo intentara, Jyn no pudo emitir una respuesta. Ni siquiera escuchó lo que los demás dijeron. Solamente supo que ahora Mon Mothma se dirigía a ella.

—Al parecer tu padre es crucial para el desarrollo de esta arma. Dada la gravedad de la situación y de tu historia con Saw, tenemos la esperanza de que él nos ayude a localizar a tu padre para regresarlo al Senado a atestiguar.

Conforme hablaba, Mon Mothma miraba a otra persona que Jyn reconocía por las noticias: Bail Organa, el senador de Alderaan. Jyn había escuchado rumores de que Organa trabajaba en secreto con la Alianza; supuso que su presencia lo confirmaba.

—¿Qué pasa si accedo? —preguntó Jyn.

—Nos aseguraremos de que quedes libre.

Jyn no sentía ninguna lealtad hacia el Imperio ni hacia la Alianza, pero le gustaba la idea de dejar a ambos en el pasado. Si ayudar a los rebeldes para que encontraran a Saw y, tal vez, a su padre era lo que se necesitaba, entonces eso haría.

# CAPÍTULO 5

**CASSIAN ESCOLTÓ** a Jyn de regreso al navío de ataque U-wing de sus rescatadores, que estaba en la plataforma afuera del hangar listo para volar. Él no estaba particularmente emocionado de que lo forzaran a llevarla consigo en esta misión, pero no veía otra forma de lograrlo sin ella. De otro modo, Saw Gerrera y sus fuerzas le dispararían en cuanto lo avistaran.

No le molestaba tanto que no fuera un soldado rebelde o espía. Ya le había tocado lidiar con demasiados novatos antes; más bien era que a ella no le importaba la Rebelión, ni siquiera un poco, y le preocupaba que eso les reventara en la cara en algún momento.

El General Draven los siguió al exterior del hangar y llamó a Cassian para que volviera, por lo que Cassian dejó a Jyn bajo la custodia de K-2SO. El droide de seguridad imperial reprogramado la había ayudado a salir de la prisión y, por ahora, la vigilaría.

El hombre mayor le habló a Cassian en un volumen bajo, a la distancia suficiente para asegurarse de que Jyn no lo escuchara.

—Galen Erso es vital para el programa de armas del Imperio. No habrá ninguna «extracción». Si lo encuentras, lo matas al momento.

Cassian se aseguró de que su expresión fuera neutral. No quería que el General Draven se diera cuenta de cuánto le desagradaban tales órdenes. Cassian mataría si resultaba necesario, pero no le gustaba que le ordenaran asesinar a alguien.

Tampoco quería que Jyn leyera eso en su rostro.

Cuando Cassian se acercó con Jyn y K-2SO en el U-wing, Jyn ya estaba fulminando con la mirada al droide, el cual estaba sentado en los controles de la nave estelar.

—¿Ya conociste a K-2?

—Es un encanto.

—Tiende a decir lo que le sale de los circuitos. Es un efecto secundario de su reprogramación.

—¿Por qué a ella le dan un bláster y a mí no? —dijo K-2SO desde la cabina de mando.

—¡¿Qué?! —Cassian le echó a Jyn una mirada helada. ¿Quién habría podido darle un arma? Peor aún, ¿de dónde la habrá robado?

—Sé cómo usarla —le dijo descaradamente.

—Eso es lo que me preocupa. —Lo último que necesitaba era que ella le disparara por la espalda y se escapara. Estiró la mano—. Dámela.

Ella se recargó en el asiento y se rehusó.

—Nos dirigimos a Jedha, una zona de guerra. La confianza funciona en ambos sentidos.

Ella tenía un punto y estaba determinada a defenderlo con toda su necedad. Él no tenía ni el tiempo ni la energía para discutir con ella. De cualquier forma, ya había notado que ella llevaba un par de macanas dentro de su chaqueta. ¿Qué tanto más implicaría un bláster?

Se encogió de hombros y se sentó junto a K-2SO en la cabina de mando.

El droide seguía sin poder creerlo.

—¿Se lo vas a dejar?

Cassian no quería discutir. Empezó con la revisión previa al vuelo.

—¿Te interesa saber cuál es la probabilidad de que lo use en tu contra?

Cassian no dijo nada, con la esperanza de que el droide insulso captara la indirecta, para variar.

—Es alta.

Cassian hizo su mejor esfuerzo para ignorar a K-2SO.

—Ya vámonos.

—Es *muy alta*.

# CAPÍTULO 6

**BODHI ROOK** estaba teniendo un día fatal. Al fin había logrado concretar un plan, que le tomó semanas preparar, para escapar y traicionar al Imperio, pero había pasado tanto tiempo como piloto imperial que la gente con la que Galen Erso lo mandó no le creía ni una sola palabra.

Los supuestos rebeldes con los que se había reunido lo entregaron a un mercenario tognath calvo al que llamaban Dos Tubos. Bodhi intuyó que lo nombraron así por el aparato que usaba para respirar el aire que para Bodhi era perfectamente aceptable. Al parecer, Dos Tubos podía llevarlo con Saw Gerrera, el hombre al que Galen le enviaba el mensaje. Sin embargo, en lugar de darle la bienvenida como amigo, Dos Tubos insistió en atarlo y cubrirle la cabeza con una bolsa. Luego, los supuestos rebeldes lo llevaron a quién sabe dónde, lejos, y lo insultaron durante todo el trayecto.

Ahora lo tenían de rodillas en un piso de piedra áspero, mientras un hombre lanzaba injurias, furioso. Lo único que podía hacer era no temblar.

—¡Mentiras! —dijo aquel hombre—. ¡Engaños!

Los demás ahí presentes se irguieron de golpe; Bodhi se preguntó si hasta aquí había llegado. ¿Le dispararían como a un traidor antes de siquiera entregar el mensaje?

—Vamos a ver.

Después de una pausa, el hombre continuó.

—Bodhi Rook. Piloto de carga.

Sus captores lo tiraron al piso. Presintió que el hombre estaba justo frente a él. Podía oler su aliento enfermizo.

—Un chico local, ¿eh?

Dos Tubos respondió en tognath, pero aun así, Bodhi le entendió.

—Traía esto. Se lo encontramos en la bota cuando lo capturamos.

¡Debió ser el holochip que Galen le había dado a Bodhi!

—¡Está bien! ¡Puedo escucharte! Él no me capturó. —Bodhi asintió en dirección de la voz de Dos Tubos—. ¡Yo llegué solo! ¡Deserté!

El hombre frente a él no quedó impresionado.

—Cada día, más mentiras.

Bodhi sabía que su vida dependía de convencer a aquel hombre de que lo llevara con Saw Gerrera. Saw lo arreglaría todo. Él vería el mensaje de Galen y sabría que Bodhi era uno de los buenos. ¿Cierto?

—¿Mentiras? ¿Por qué arriesgaría todo por una mentira? ¡No tenemos tiempo para esto! Tengo que hablar con Saw Gerrera antes de que sea…

Justo en ese momento alguien le quitó la bolsa de la cabeza y se dio cuenta de que el hombre frente a él, al que le estaba gritando, sólo podría ser Saw Gerrera. Su rostro se veía viejo y acabado. En su barba había canas y una máscara de oxígeno colgaba al frente de su armadura.

—Muy bien, usted es… eh… —Bodhi fue bajando el volumen de voz y señaló con la cara el holochip en la mano de Saw—. Eso es para usted. —Fulminó con la mirada a Dos Tubos y agregó—: Y yo se los di.

Saw no dijo nada. Simplemente se quedó viendo a Bodhi con una mirada mortal.

—Galen Erso. —Bodhi tenía la esperanza de que esas palabras mágicas pudieran persuadir a Saw de que pertenecían al mismo bando—. Él me dijo que lo encontrara a usted.

Saw se puso la máscara de oxígeno y respiró profundamente, sin quitarle los ojos de encima a Bodhi. Al exhalar, Bodhi podía ver cuánto le dolía. Claramente algo casi destruye a Saw, pero parecía que él se resistía (al Imperio o a la misma muerte) con tanta fuerza como podía.

Saw dijo dos palabras a Dos Tubos. «Un nombre», pensó Bodhi, uno que no había escuchado antes.

—Bor Gullet.

—¿Bor Gullet? —La bolsa volvió a cubrir la cabeza de Bodhi y alguien lo empezó a arrastrar hacia afuera—. ¿Qué? ¡Esperen! ¡No, no! ¡Esperen! ¡Galen Erso me envió!

Pero ni a Saw ni a sus amigos les importaba siquiera un poco.

# CAPÍTULO 7

**CON SU CAPA** ondeando detrás de él y su escuadrón élite de death troopers a paso veloz, el Director Orson Krennic avanzó dando zancadas largas por los corredores del destructor estelar *Executrix*. Este debía ser un momento de triunfo para él, pero en lugar de ello tendría que lidiar con traidores y burócratas, con gente que deseaba meterle una zancadilla a la primera oportunidad para que cayera de bruces.

Los rebeldes lo desafiaban, pero ese día tenía que lidiar con alguien que deseaba hacerle más que eso: robarle la gloria de sus logros. Wilhuff Tarkin, el gobernador imperial del Borde Exterior y ahora un gran moff, había convocado a Krennic al puente de mando de su destructor estelar. A pesar de que en ese momento estaban ensamblando el cañón de energía en la Estrella de la Muerte, Krennic se vio obligado a obedecer.

En cuanto Krennic llegó al puente, Tarkin inició sin ninguna cortesía. Lo hizo como señal para indicar la gravedad del problema en el que Krennic se había metido.

—Qué lástima lo de la infiltración en Jedha, Director Krennic. Después de tantos contratiempos y retrasos, ahora esto.

Krennic abrió la boca para protestar, pero Tarkin no le permitiría emitir palabra.

—Aparentemente, perdió a un piloto de carga bastante parlanchín. Si el Senado se entera de nuestro proyecto, incontables sistemas se irán como manada con la Rebelión.

Krennic se contuvo de gruñirle al Gran Moff.

El Emperador escuchaba lo que fuera que este hombre le dijera; una palabra de él sería terrible para la carrera de Krennic.

—Cuando se termine la estación de combate, Gran Moff Tarkin, el Senado no será de tanta preocupación.

Después de todo, ¿quién se enfrentaría a un arma capaz de destruir un planeta entero en cuestión de minutos? El Senado se desintegraría casi instantáneamente. Ese era el propósito de construir la Estrella de la Muerte en primer lugar.

Si las palabras de Krennic habían impresionado a Tarkin, no dejó que se notara.

—*Cuando* se ha vuelto *ahora*, Director Krennic. El Emperador no tolerará más retrasos. Gracias a usted, el tiempo es un aliado para la Rebelión.

La sangre se le subió a Krennic con esta acusación y todo lo que implicaba. Deseaba que la Estrella de la Muerte apuntara al destructor estelar de Tarkin para ver si así el Emperador seguía pensando que era un fracasado.

Tarkin le frenó la idea con una mueca condescendiente, casi como si pudiera leer la mente de Krennic.

—Sugiero que resolvamos ambos problemas simultáneamente con una prueba inmediata del arma. Si falla, entonces tendrá que explicar los *porqués* a una audiencia mucho menos paciente.

Krennic se armó de valor.

—No fallaré —le dijo al gran moff.

Sabía que todo estaba en riesgo, no nada más su carrera, también su vida. Con todos los problemas que el proyecto había tenido hasta entonces, sólo podía esperar tener razón.

# CAPÍTULO 8

**JEDHA NO ERA LA CIUDAD** que Jyn había esperado. Ella suponía que alguna vez, hace mucho tiempo, había sido una hermosa ciudad que deslumbraba por el poder de la Fuerza, pero que había caído en tiempos difíciles. Se asentaba en una meseta alta en medio de un profundo valle; estaba rodeada por una muralla antigua que la había protegido de invasiones por tierra durante incontables siglos.

No obstante, muchos de los protuberantes capiteles que alguna vez perforaron el cielo se habían hecho añicos; también, buena parte de la ciudad estaba enterrada en una gran capa de polvo y humo, debida a años de conflictos. Para colmo, casi toda la ciudad estaba a la sombra de un destructor estelar imperial que rondaba en el cielo.

Jyn rara vez había visto una demostración de poder tan cruda; tan sólo podía imaginar cómo habría sido para los residentes despertar un día para encontrarse viviendo bajo algo así.

—¿Por qué hay un destructor? —le preguntó a Cassian mientras medían la ciudad desde la distancia.

—El Imperio ha estado enviando varios desde que Saw Gerrera empezó a atacar sus fletes de cargamento.

Jyn notó varias naves del estilo yendo y viniendo del destructor estelar a varios puntos dentro de la ciudad.

—¿Qué traen?

—Más bien es lo que se llevan. Cristal kyber. Todo el que puedan sacar. Creemos que el Imperio lo está usando como combustible para el arma.

—El arma que tu padre está construyendo —remarcó K-2SO.

Jyn miró al droide con recelo.

—Quizá debamos dejar al señor tiro al blanco aquí.

El droide dio un paso atrás, como si estuviera conmocionado.

—¿Te refieres a mí?

Jyn se preguntó si la máquina podría enojarse con ella, pero Cassian intervino.

—Ella tiene razón. Tenemos que pasar desapercibidos, mejor quédate la nave.

—Yo también puedo hacerlo —protestó el droide—. Soy un droide imperial. La ciudad está bajo ocupación imperial.

Jyn apenas podía creerlo: al parecer, el droide de seguridad imperial se había ofendido.

—La mitad de la población quiere reprogramarte. La otra mitad quiere hacerte un hoyo en la cabeza.

—Me sorprende que te preocupe tanto mi seguridad.

—No. Me preocupa que no te atinen y me den a mí.

Jyn empezó a caminar, pretendiendo que así se terminara la conversación, pero el droide no pudo resistir quedarse con la última palabra en lo que Cassian y ella empezaban su camino hacia Ciudad Jedha.

—Eso no me suena tan mal.

# CAPÍTULO 9

**BODHI SABÍA** que odiaría esto. Los rebeldes de Saw Gerrera finalmente acomodaron al Bor Gullet del que habían hablado y prepararon a Bodhi amarrándolo a una silla de forma tan apretada que apenas podía sentir sus brazos. Entonces mandaron a la criatura a su áspera y sucia celda.

Bodhi nunca había visto nada parecido a Bor. Quizás era una criatura marina con más tentáculos de los que Bodhi podía contar, pero parecía moverse tan bien sobre tierra como lo haría en el agua. Bodhi no estaba seguro de cómo se las habían arreglado para meter a Bor en el cuartel rebelde, mucho menos cómo lo habían metido a la celda; la criatura parecía desafiar todo lo que Bodhi sabía sobre cómo los seres vivos cabían en un espacio determinado. Peor aún, Saw Gerrera estaba de pie del otro lado de la celda, explicándole todo lo que estaba a punto de suceder.

—Bor Gullet puede sentir tus pensamientos. Ninguna mentira está a salvo.

Bodhi quería protestar, jurarle a Saw que nada de esto era necesario porque ya le había dicho la verdad. Podría gritar hasta quedarse ronco, pero sabía que no serviría de nada; ya había intentado convencer a Saw y a sus rebeldes de esto tantas veces, pero ellos se rehusaban por completo a creer cualquier cosa que les dijera.

Lo único que le quedaba era someterse a esta criatura y sus poderes. Tan sólo pensar que una criatura así escombraría su mente lo horrorizaba, pero no sabía qué más podía hacer. De poder regresar en el tiempo, tal vez decidiría no desertar, no ayudar a Galen Erso, no tratar de salvar a la galaxia. Era demasiado tarde.

Los tentáculos de la criatura se dirigían hacia Bodhi. Él se retorcía en sus ataduras, incapaz de escaparse de su tacto, al mismo tiempo que luchaba contra el impulso de vomitar.

—¿Qué me has traído, piloto de carga? —preguntó Saw con su voz rasposa—. Bor Gullet sabrá si es verdad.

Uno de los tentáculos de Bor fue serpenteando hasta rodear la garganta de Bodhi. Él quería gritar, pero el tentáculo ya había empezado a estrujar su cuello con tanta fuerza que no pudo inhalar suficiente aire. Alejarse de la criatura sólo empeoraba las cosas. Más tentáculos lo toqueteaban, le cubrían la cabeza. Sus ventosas se adhirieron justo en las sienes de Bodhi, quien podía sentirles el pulso, casi como si le estuvieran ordeñando el cerebro.

Lo último que Bodhi oyó antes de que su mente empezara a disolverse en estática y ruido blanco fue la voz de Saw, quien dijo algo que Bodhi esperaba con todas sus fuerzas que no sucediera.

—Lo malo de las técnicas de Bor Gullet es que uno tiende a perder la razón.

# CAPÍTULO 10

**CIUDAD JEDHA** no la impresionó más de cerca que de lejos. Se veía claramente que el Imperio llevaba mucho tiempo ocupando la ciudad: había cascajo de edificios regado por todo el terreno, marcas de quemaduras de bláster que habían dañado las paredes que todavía quedaban intactas y los grafitis contra Palpatine decoraban la mayor parte de las superficies que restaban.

Jyn seguía a Cassian a lo largo de las calles antiguas de la ciudad y, por estar contemplando el desgaste de la inminente guerra a su alrededor, rozó sin querer a un hombre con la cara desfigurada que venía quejándose de todo.

—¡Oye! ¡Fíjate por dónde vas!

Jyn puso la mano en su bláster; el hombre y su compañero aqualish se voltearon para confrontarla. Si los dos querían pelear, ella no tenía problemas en darles gusto.

Pero Cassian intervino y la alejó. Los dos hombres se le quedaron viendo. Tal vez el holograma imperial cercano que gritaba las exigencias de lealtad al Imperio fue lo que convenció a los hombres de que Jedha no era el lugar apropiado para buscar pleito.

Peor aún, el holograma exhortaba a los ciudadanos de Jedha a que brindaran cualquier información acerca de un piloto de carga extraviado. Tenía que ser el mismo que Jyn y Cassian fueron a encontrar. Esto haría que su ya de por sí imposible trabajo resultara aún más difícil.

A pesar de todo, Cassian no parecía desalentado. Sus movimientos eran los de un hombre decidido.

—Solía tener contacto con uno de los rebeldes de Saw, pero acaba de desaparecer —dijo—. Su hermana lo debe estar buscando. Han destruido el templo, pero ella debe estar ahí esperando. Le daremos tu nombre; ojalá que con eso nos lleven con él.

—¿Ojalá? —A Jyn no le gustaba depender de algo tan absurdo.

—Las rebeliones se basan en la esperanza —dijo Cassian.

Al entremezclarse con la multitud por las calles, Cassian reconoció a alguien.

—Espérame aquí —le ordenó a Jyn y aceleró su paso.

Mientras Cassian hablaba con un hombre barbudo de un puesto de comida, Jyn intentaba escuchar, pero no lo lograba a causa del ruido de la gente que atiborraba las calles. En lugar de eso, se dio cuenta de que escuchaba una voz diferente.

Volteó a su alrededor y encontró al dueño de la voz: un hombre vestido con hábito de monje. Sus ojos eran azul pálido; no parecía hablarle a nadie en particular (o quizás a todo mundo), pero repetía sin parar: «Que la Fuerza de los demás esté contigo… Que la Fuerza de los demás esté contigo…». Jyn entendió que el hombre era ciego.

El canturreo del hombre se detuvo un momento, luego dijo:

—¿Intercambiarías ese collar por un vistazo a tu futuro?

Jyn se paralizó. El ciego no la estaba viendo, pero tampoco era como si estuviera viendo a nadie, ¿cierto? Ella sí traía un collar, el cristal kyber que su madre le había dado

hace tanto tiempo, pero lo traía por debajo de la camiseta. No había forma de que él supiera que lo traía.

—Sí —le dijo. Te estoy hablando a ti.

Le echó una mirada fulminante, luego entendió que no la podía ver.

—Me llamó Chirrut Îmwe.

—¿Cómo supiste que traía un collar?

El hombre casi sonríe.

—Si quieres que te responda, paga.

Jyn se dio cuenta de que había otro hombre detrás del monje. Parecía todo lo opuesto a Chirrut. En lugar de hábito, llevaba una pechera de armadura roja y su cabello era largo y greñudo. Sin embargo, de alguna manera, ambos se complementaban, como hermanos que habían tomado caminos muy distintos.

—¿Qué sabes de los cristales kyber? —preguntó Chirrut.

Jyn no sabía bien qué responder. ¿Sería una trampa?

—Mi padre decía que era lo que le daba energía a los sables de luz jedi.

Probablemente Cassian había acabado de conversar, porque en ese momento decidió jalar a Jyn lejos del monje.

Chirrut alcanzó a decirle mientras se iba:

—Las estrellas más fuertes tienen corazón de kyber.

—No vinimos a hacer amigos —le dijo Cassian conforme caminaban—. No con esos tipos.

Jyn, desconcertada e intrigada, siguió viendo a los dos hombres mientras ella y Cassian se alejaban.

—¿Quiénes son?

—Son los Guardianes de los Whills, protectores del Templo Kyber; aunque ya no queda nada qué defender, ahora sólo le causan problemas a todo el mundo.

Algo en Cassian había cambiado.

—De repente te ves terriblemente tenso.

—Debemos apurarnos —dijo—. Este pueblo parece estar a punto de volar.

# CAPÍTULO 11

**JYN SIGUIÓ** a Cassian por las calles de Jedha hasta que llegaron al barrio sagrado en el corazón de la ciudad antigua y su radar de desastres se disparó al instante. Miró a su alrededor y vio que muchas cosas sucedían al mismo tiempo.

Un transbordador de carga bajó desde el cielo, había salido del destructor estelar y se quedó merodeando y tapando el sol. Casi al mismo tiempo, un tanque de asalto de banda de rodadura imperial dio vuelta hacia la calle, venía a proteger el transbordador.

La gente se empezó a dispersar, lo cual era una reacción perfectamente natural ante tal demostración de fuerza imperial. Sin embargo, desde la perspectiva de Jyn, algunas de las personas no estaban huyendo, sino que se estaban apelotonando.

—Dime que tienes un plan B —le dijo a Cassian.

—Tenemos que irnos de aquí.

No era un gran plan, pero Jyn estaba completamente de acuerdo. De ninguna manera quería estar cerca cuando pasara lo que sea que estaba por suceder.

Aunque ya era muy tarde.

Una de las personas que se habían reunido a la llegada del tanque activó una granada, quién sabe de dónde, y la tiró hacia el tanque. Se detonó con un ruidoso sonido explosivo que dejó a Jyn con los oídos zumbando. La explosión destruyó la banda de rodadura del tanque, que se detuvo rechinando.

Muchos de los otros, que se habían acercado arrastrándose, sacaron blásteres y abrieron fuego contra los stormtroopers que escoltaban al tanque por la calle. Muchos de ellos eran humanos, pero uno era un soldado tognath, con tubos que le salían de la máscara respiratoria que le cubría la boca.

Los stormtroopers contratacaron; la calle se transformó en una galería de tiro.

Jyn y Cassian se resguardaron en un portón. Jyn sacó su bláster, agradecida de que Cassian no se lo confiscara.

—Al parecer encontramos a los rebeldes de Saw —dijo ella.

Por supuesto que no reconoció a ninguno de ellos. Habían pasado años desde la última vez que vio a Saw; los soldados no solían sobrevivir en sus trajes mucho tiempo. Después de todo, se habían comprometido a la causa más peligrosa de la galaxia: luchar para liberarla de las garras del Emperador.

Quizás el tanque no podía moverse, pero eso no quería decir que estuviera indefenso. Los cañones laterales giraron, cazando su blanco conforme los rebeldes cercanos le disparaban desde los techos.

Jyn se dio cuenta de que, con el fin de tirar a los rebeldes del techo, el tanque iba a dispararle a un edificio donde una niñita trataba de resguardarse. Sin pensarlo, Jyn se lanzó hacia la niña, ignorando los gritos de Cassian. Llegó hasta donde estaba y se agachó para protegerla del impacto de la primera ronda de disparos que el tanque arremetía.

Un disparo colisionó con el edificio y le voló el frente. Los escombros le cayeron encima a Jyn mientras trataba de llevar a la niña lejos de ahí, hasta que se dio cuenta de que la madre corría hacia ella para rescatar a su hija. Jyn le llevó la niña a la madre agradecida y, al verlas agacharse para evitar la siguiente ronda de disparos del tanque, hizo lo mismo.

En favor de Cassian, hay que decir que abrió fuego para cubrir a Jyn. Al principio ella no sabía bien a qué le disparaba, pues apuntaba sus disparos demasiado alto. Miró hacia arriba y vio cómo un rebelde caía del techo, con una granada recién activada en la mano. En cuanto tocó el piso, al lado de sus camaradas rebeldes, la granada explotó; él y varios de sus compañeros murieron.

Por muy crudo que parezca, Jyn sólo podía pensar: «Mejor ellos que yo». Corrió hacia Cassian y estaba a punto de agradecerle, cuando vio otra granada rodando hacia el tanque. Se agachó hacia enfrente y tiró a Cassian al piso junto con ella. Lograron evitar la mayor parte del impacto, que transformó al tanque en un armatoste humeante.

Cassian se paró de un salto y empezó a correr. Jyn lo siguió. Él los dirigió hacia un callejón, pero al llegar se detuvo con tanta fuerza que casi se derrapa: había un escuadrón entero de stormtroopers bloqueando el camino.

Giró los talones y empezó a correr hacia el otro lado, pasó a Jyn y le gritó:

—¡Por acá!

Jyn estaba fastidiada de huir del Imperio. Acababa de enfrentarse a uno de sus tanques, no iba a dejar que esos payasos de armadura elegante la intimidaran. Saco dos macanas de su chaqueta y se preparó para atacar. Puesto que la atención de los stormtroopers estaba en Cassian, logró derribar a los dos primeros antes de que se dieran cuenta de que ella era una amenaza. Los siguientes dos requirieron más esfuerzo, pero no implicaron un reto. Los atacó de la manera en que prefería: con rapidez y fuerza antes de que pudieran contratacar.

Sin embargo, los últimos dos tuvieron la inteligencia suficiente para tomar distancia y preparar sus rifles. Mientras esperaban a que sus compatriotas la tuvieran en la mira (o cayeran a sus pies, como pronto sucedió), ella sacó su bláster y empezó a disparar.

Jyn estaba terminando con el resto del escuadrón de stormtroopers cuando escuchó que algo pisoteaba con fuerza detrás de ella. Al voltear vio a un droide de seguridad imperial aproximándose hacia ella; lo derribó con un solo disparo al pecho. El droide se vino abajo echando humo por la herida y reveló a otro droide de seguridad que estaba detrás.

—¿Sabías que ese no era yo? —dijo.

Al darse cuenta de que el segundo droide era K-2SO, Jyn bajó su arma. Después de un momento quizá demasiado largo, respondió:

—Claro.

Cassian regresó para reprender al droide.

—Creí haberte dicho que te quedaras en la nave.

Se quedó viendo los stormtroopers que estaban regados en el callejón. Ninguno se movía.

—Sí, me dijiste, pero estaba muy aburrido y ustedes estaban en problemas. Había demasiadas explosiones para dos personas que intentan no llamar la atención.

Cassian parecía estar preparando su siguiente respuesta en reprimenda a K-2SO, pero el droide no lo dejó.

—Las fuerzas imperiales están por reunirse en nuestra ubicación actual.

Ni Jyn ni Cassian vieron que uno de los stormtroopers derribados se estiró para agarrar una granada y la activó.

Afortunadamente, cuando el stormtrooper le lanzó la granada a Jyn, K-2SO la atrapó en el aire como si estuviera jugando lanzadas con el stormtrooper y se la envió de regreso; la granada terminó con cualquier preocupación de que el stormtrooper o sus compañeros de escuadrón volvieran a atacarlos.

—Sugiero que nos vayamos de inmediato —dijo K-2SO—. Jyn no podía pensar en ningún argumento para contradecirlo.

# CAPÍTULO 12

**JYN, CASSIAN Y K-2SO** se movieron a lo largo de las calles del barrio sagrado. Trataban de no correr por miedo a llamar la atención. Por un momento, Jyn pensó que lograrían pasar desapercibidos.

Pero entonces encontraron a un caza estelar X-wing bloqueando su camino; de alguna manera se había estrellado en la calle. Parecía que lo habían dejado ahí como una causa perdida, pues era demasiado problemático moverlo.

Ese día más temprano, Jyn había visto stormtroopers escoltando pilotos rebeldes por las calles. Se preguntaba si alguno de ellos había logrado salir de este embrollo.

Jyn miraba a su alrededor buscando una mejor forma de salir cuando otra patrulla de stormtroopers (esta vez, una docena de ellos) se acercó.

—¡Deténganse! —dijo el comandante—. Deténganse ahí mismo.

Todos se paralizaron sin saber bien qué hacer. Jyn empezó a calcular a qué stormtroopers debería disparar primero. O ¿quizá sería mejor correr? Pensó en usar a K-2SO como escudo, pero el droide era tan alto y sus piernas tan largas que en ese sentido era prácticamente inútil.

—¿A dónde llevan a estos prisioneros? —preguntó el comandante.

—Estos son prisioneros. —K-2SO apenas pudo disimular que no estaba haciendo una pregunta.

—Sí. ¿A dónde los llevas?

Jyn quería responder por el droide, pero le dio miedo que al hacerlo pareciera que no era su prisionera y, en ese momento, esa era su ventaja.

—Los estoy llevando a… —K-2SO empezaba a darse cuenta de esa misma ventaja—. Aprisionarlos. En prisión.

En ese momento, a Cassian se le acabó la paciencia y trató de meterse.

—Nos está llevando a…

Para la sorpresa de Jyn, K-2SO abofeteó a Cassian.

—¡Silencio! O te doy otra si vuelves a abrir la boca.

Al parecer el droide podía disimular bastante bien una vez que entendía acerca de qué estaba mintiendo.

—A partir de aquí nosotros nos encargamos —dijo el comandante. Los stormtroopers empezaron a tomar las riendas.

K-2SO intentó disuadir al comandante lo mejor que pudo.

—No, está bien, si me indica hacia dónde es, yo puedo llevarlos, estoy seguro. Ya los traje hasta aquí.

A pesar de las protestas del droide, los stormtroopers esposaron a Jyn y Cassian.

—Oye, oye, droide, espera un segundo. —Cassian intentó que K-2SO insistiera con los stormtroopers, pero el comandante no lo permitiría.

—Llévenselos.

—No pueden llevárselos —dijo K-2SO.

Con la mirada, el comandante barrió al droide de arriba abajo.

—Tú te quedas aquí. Debemos revisar tu diagnóstico.

K-2SO se veía ofendido.

—¿Diagnóstico? Gracias, pero yo puedo diagnosticarme solo.

Desde una de las orillas, alguien gritó:

—¡Déjenlos pasar en paz!

Jyn se volteó, al igual que todos en la calle, y vio al monje ciego con quien había hablado antes, sentado en un portón. «¿Se llamaba Chirrut, cierto?». Se levantó con su bastón en la mano y se acercó a los troopers como si supiera exactamente en dónde estaban.

—Déjenlos pasar en paz —dijo de nuevo para confirmar que él era quien había gritado momentos antes. Luego, empezó a recitar una plegaria que Jyn nunca había escuchado antes.

—La Fuerza está conmigo. Yo estoy en la Fuerza. No le temo a nada, pues todo sucede por voluntad de la Fuerza.

Al comandante no le importaba nada de eso.

—Oye, ¡detente ahora mismo!

Uno de los stormtroopers se le acercó al comandante para explicarle la conducta del monje.

—Está ciego.

—¿También sordo? —El comandante levantó su rifle y apuntó directamente al monje—. ¡Te dije que te detuvieras!

# CAPÍTULO 13

**AL ACERCARSE, CHIRRUT** se ladeó a la izquierda y el disparo del bláster que el comandante le lanzó pasó de largo. Cassian se agachó para cubrirse; Jyn hizo lo mismo. Si este monje desquiciado iba a sacrificar su vida por ellos, ella lo aprovecharía. Aunque, no tenía que preocuparse por Chirrut. El monje se deslizó hacia los stormtroopers, tan cerca que no podían dispararle, y empezó a blandir su bastón. Derribó a un trooper de un porrazo en la cabeza y giró para barrer a otro y tumbarlo en el piso.

Uno de los stormtroopers lanzó un disparo desesperado hacia Chirrut, pero el monje lo volvió a esquivar y le atinó al stormtrooper detrás de él, casi como si lo hubiera planeado. El monje siguió con esta estela de acción hasta que cada uno de los stormtroopers yacía a sus pies. En completo asombro, Jyn no podía más que quedarse viéndolo en acción. Cuando terminó, ella sentía casi como si debiera aplaudir.

Por desgracia, para ese entonces otro escuadrón de stormtroopers se había apresurado. Este grupo estaba demasiado lejos para que Chirrut los atacara con su bastón. Además, ellos pudieron ver lo peligroso que era; no le darían la oportunidad para acercarse y que los lastimara.

Sin embargo, antes de que los recién llegados pudieran abrir fuego, del otro lado de la calle salió un soldado harapiento y los voló a todos. Jyn lo reconoció: era el hombre que estaba detrás de Chirrut cuando habló con él. Si anteriormente parecía peligroso, después de volar a los stormtroopers con una ráfaga de disparos bien acomodados, quedó confirmado.

Al terminar, el soldado caminó por la calle y le dio una ballesta de luz. Jyn se preguntaba cómo la usaría Chirrut, pero la tomó como si hubiera nacido con ella.

—Casi me das un tiro —le dijo Chirrut al soldado.

El soldado le gruñó.

—De nada.

En lugar de hacerse el muerto, un stormtrooper tontamente empezó a moverse, así que el soldado le remató un tiro haciendo un gesto con la cabeza como para asegurarse de que el soldado no lo volviera a hacer, y recorrió a los demás para detectar otras amenazas.

—Libre de hostiles —reportó K-2SO mientras Jyn y Cassian se levantaban.

El soldado le apuntó al droide con su bláster.

K-2SO corrigió:

—¡Un hostil!

Jyn se colocó entre el soldado y el droide para evitar que le disparara.

—¡Él está con nosotros!

El soldado titubeó. Volteó hacia Chirrut buscando confirmación, a lo que el monje respondió:

—No. Déjalos.

Con reticencia, el soldado se puso el arma al hombro. K-2SO bajó la guardia y se dispuso a liberar a Jyn y Cassian de sus grilletes.

Jyn le dio las gracias al droide. Todavía no podía confiar en él por completo, pero claramente a él le importaba Cassian y, por extensión, también ella.

Pero Cassian no estaba tan impresionado como ella.

—Regresa a la nave —le dijo al droide, sin tratar de esconder su molestia por cómo K-2SO había desobedecido sus órdenes— y espera a que te llame.

El droide hizo lo que le ordenaron. Cassian señaló con un gesto a Chirrut y le preguntó al soldado:

—¿Es un jedi?

Jyn había pensado lo mismo. Era casi imposible que alguien ciego se moviera así, al menos alguien que no pudiera manejar la Fuerza.

El soldado negó firmemente con la cabeza.

—Ya no hay jedi. Sólo soñadores como este tonto.

Chirrut protestó ante la opinión de su amigo.

—La Fuerza *sí* me protegió.

El soldado se apuntó a sí mismo.

—Yo te protegí.

No había tiempo para esto. Ya se habían enfrentado a más stormtroopers de los que Jyn pudo contar; si se quedaban más tiempo, más de estos los encontrarían.

—¿Nos pueden llevar con Saw Gerrera? —preguntó ella.

En ese momento, casi como en respuesta, un grupo de rebeldes emergió y apuntaron sus armas contra Jyn, Cassian, K-2SO y sus salvadores.

—¡Manos arriba! —dijo uno de ellos.

Bajo otras circunstancias quizá, Jyn habría tratado de escapar. Después de todo, Chirrut y su amigo habían acabado con los stormtroopers sin problemas, y ella y Cassian podían arreglárselas bastante bien. Pero probablemente los rebeldes trabajaban con Saw.

Chirrut no quería ceder ante los rebeldes.

—¿Qué no ven que *no* somos amigos del Imperio? —Movió la cabeza hacia los stormtroopers dispersos en el suelo, como si eso fuera más que suficiente evidencia.

El tognath que Jyn había visto husmeando antes se acercó más y les gritó en su lengua nativa:

—¡Díganle eso al que mató a los nuestros!

Jyn le entendió y mentalmente maldijo la situación. Seguramente el hombre de los tubos se refería al momento en que Cassian le disparó al rebelde que traía la granada para salvarla a ella. Se había preguntado si eso les rebotaría en la cara después.

Dio un paso al frente y gritó tan claro como pudo:

—¡Quienquiera que me mate a mí o a alguno de mis amigos se las verá con Saw Gerrera!

—Ah, sí, ¿y por qué? —dijo el tognath.

Jyn titubeó tan sólo un segundo. Había pasado mucho tiempo desde que había dicho esas palabras en voz alta.

—Porque yo soy la hija de Galen Erso.

El tognath no titubeó.

—¡Llévenselos!

Los rebeldes se abalanzaron contra Jyn y los demás, les quitaron las armas y les cubrieron la cabeza con unas bolsas.

—¿Es broma? —dijo Chirrut, exasperado—. ¡Soy ciego!

# CAPÍTULO 14

**ES POSIBLE QUE CASSIAN** hubiera estado en lugares peores que este, sólo que no recordaba cuándo. La única esperanza que albergaba era que cuando por fin encontraran el escondite de los rebeldes, Jyn no lo vendiera a Saw Gerrera.

Para ella sería muy fácil negarlo a él y su misión, y simplemente dejar que Saw lo matara. Eso sería trágico de muchas maneras, no nada más para él.

De cualquier modo, había decidido confiar en ella, fuera o no lo más sabio. Por eso dejó que se quedara con el bláster y no dijo nada sobre las macanas que traía.

Él sabía que tarde o temprano su vida estaría en manos de ella. Si tendría que confiar en ella en una situación así, no tenía caso quejarse de que trajera armas. Sin embargo, eso no quería decir que no le preocupara. Sabía, por los informes que había leído sobre Jyn, que se trataba de una criminal consolidada, con una larga lista de transgresiones y no nada más en contra del Imperio. Él dependía del aspecto más sensible de Jyn; de eso y del hecho de que la estaba ayudando a encontrar al padre que hace mucho tiempo había perdido.

Tenía la esperanza de que al menos uno de esos dos puntos estuviera a su favor.

Claro que a los rebeldes de Saw nada de eso les importaba. Cassian debía admitir que, en parte, eso era culpa suya. No había querido matar a ninguno de ellos, pero no le había quedado otra opción; no si quería proteger a Jyn como necesitaba hacerlo.

Una vez que llegaron al escondite, los rebeldes le quitaron la bolsa de la cabeza a Cassian. Era un lugar hosco que parecía como si lo hubieran esculpido en uno de los abundantes sistemas de cuevas de Jedha; la gente que lo poblaba se veía tan hosca y malvada como el lugar.

Uno de los rebeldes más fornidos lanzó a Cassian a una celda, junto con el monje ciego y su amigo eficientemente violento. Ahí, Cassian pudo ver el lugar con mayor detenimiento y se dio cuenta de que los rebeldes habían establecido su base dentro de un osario, un cementerio antiguo de los monjes de Jedha, cuyos huesos estaban alineados a lo largo de todos los muros, incluyendo los de la celda.

Los captores se retiraron, Cassian se enderezó y se recargó en la reja de la celda para examinar el lugar hasta donde alcanzara a ver. Había dos rebeldes discutiendo por un juego de dejarik; jugaban con piezas de madera y un tablero viejo, en lugar de la holomesa usual.

El monje se acomodó y empezó a recitar. Cassian esperaba que pronto lo dejara de hacer, pero parecía incansable. Después de un rato, el amigo soldado de Chirrut finalmente notó la recitación, miró al monje con escepticismo y dijo:

—¿Estás rezando?

Chirrut no rompió el ritmo de su recitación, ni siquiera por un instante.

El soldado movió la cabeza de lado a lado.

—Estás rezando.

Dejó que se le saliera una risita amarga y luego volteó hacia Cassian.

—Está rezando para que se abra la reja.

El comentario llamó la atención del monje.

—Le molesta porque sabe que es posible.

El soldado soltó una fuerte carcajada.

Chirrut señaló con la cabeza a su amigo, pero le habló a Cassian.

—Alguna vez, Baze Malbus fue el guardián más devoto de todos nosotros.

El comentario sorprendió a Cassian. ¿Alguna vez ese soldado había sido monje como Chirrut? ¿Habría sido la ocupación de Jedha lo que lo había cambiado? Si así había sido, ¿cómo era que Chirrut mantenía su fe, mientras que Baze la había abandonado por completo?

Cassian no quería tomar partido en esa discusión. Aun así, no pudo evitar comentar:

—Estoy empezando a pensar que la Fuerza y yo tenemos diferentes prioridades.

—Relájate, capitán —le dijo Chirrut—. Esta no es la peor jaula en la que hayamos estado.

Cassian echó un vistazo alrededor de los muros y la reja de la celda.

—¿Ah, sí? Pues para mí esta es la primera.

—Hay más de un tipo de prisión, capitán. Siento que tú llevas la tuya adonde quiera que vayas.

Cassian desvió la mirada. El comentario le pegó más duro que lo que quiso aparentar.

# CAPÍTULO 15

**LOS REBELDES DE SAW** escoltaron a Jyn hacia una habitación larga y cavernosa, que seguía siendo parte del cementerio antiguo de los monjes de Jedha. Rayos de luz fluían a través de una ventana grande tallada en el muro; más allá de esta, Jyn podía ver el amplio valle extenderse, al igual que Ciudad Jedha emergiendo en la distancia y tomando el sol.

Le tomó un momento darse cuenta de que había algo distinto en el paisaje: el destructor estelar imperial que había estado merodeando en el cielo se había ido.

No sabía lo que eso significaba, tampoco tenía tiempo para pensar en ello. En cuanto vio a Saw Gerrera del otro lado de la habitación, dejó de pensar en todo lo demás.

—¿En verdad eres tú? —dijo Saw. Su voz era más débil y rasposa de lo que ella recordaba—. No puedo creerlo.

Se acercó a ella cojeando. La cabeza que antes estaba rapada ahora estaba cubierta de canas. Traía una máscara de oxígeno alrededor del cuello.

—Sí, supongo que es una gran sorpresa —dijo ella, incapaz de contener su frustración hacia él.

El tono hostil de su voz lo paró en seco. La miró, dubitativo.

—¿No somos amigos?

Jyn no estaba segura de qué querría decir con eso.

—La última vez que te vi, me diste un cuchillo, un bláster cargado y me dijiste que me quedara en un búnker hasta que amaneciera.

—Sabía que estabas a salvo.

«Ese no es el punto», pensó ella.

—Me dejaste ahí.

Él frunció el ceño.

—Eras el mejor soldado en mi cuadrilla.

Los cumplidos exiguos no lo iban a sacar de esta.

—¡Tenía dieciséis años!

—Te estaba protegiendo.

«¿Dejándome ahí?». Ella pensaba que había superado todo el dolor que le causó hace tantos años, pero al ver al hombre, al ver cómo menospreciaba sus preocupaciones, todo le regresó de golpe.

—Me abandonaste.

—Eras la hija de un oficial científico del Imperio. La gente empezaba a darse cuenta de eso. Gente que te quería usar como rehén.

Jyn le lanzó una mirada fulminante. Por supuesto que sabía todo eso, sólo que nunca pensó que él se daría por vencido ante esas circunstancias.

—No pasa un solo día sin que piense en ti. —La miró con arrepentimiento—. Pero tenía que ser *hoy* de entre cualquier otro día…

Saw la barrió de pies a cabeza; Jyn se preguntó si, quizá para él, ella no cumplía sus expectativas.

—¿Es una trampa, verdad? —dijo él.

—¿Qué? —Al principio, la pregunta confundió a Jyn. Después entendió que no se trataba de ella en absoluto. Se trataba de él y sólo él. Él y su paranoia.

—El piloto. El mensaje. Todo.

Saw tomó su máscara de oxígeno e inhaló con fuerza. A Jyn le dio mucha tristeza verlo en este estado. Siempre había sido tan fuerte, como una fuerza de la naturaleza.

Entrecerró los ojos, mirándola como un animal acorralado.

—¿Ellos te enviaron? ¿Viniste para matarme? —Dejó que se le saliera una risita ahogada y se señaló a sí mismo—. No queda mucho de mí…

Jyn movió la cabeza de un lado al otro, mirándolo con lástima.

—No me importas tanto como para matarte, Saw.

Al emitir las palabras, se dio cuenta de que era cierto. Había pasado años demostrándose a sí misma que era lo suficientemente independiente para ya no necesitar la ayuda de este hombre. No lo había perdonado, pero se había esforzado mucho para olvidarlo. Hasta ahora.

—Entonces ¿de qué se trata? —preguntó Saw, con suspicacia y confusión.

Jyn no veía razón alguna para mentir. Aun si lo intentara, Saw la conocía demasiado bien.

—La Alianza quiere a mi padre. Creen que él te envió un mensaje acerca de un arma. Supongo que piensan que si me mandan a mí, tal vez tú quieras ayudarlos.

Saw sacudió la cabeza; claramente medía las palabras de ella en contraste con una vida entera de hábitos paranoides que lo habían mantenido vivo hasta entonces. Ella se preguntaba si él le creería, pero se dio cuenta de que ya no le importaba. Había hecho todo lo posible. El resto dependía de él.

—¿Qué es lo que quieres, Jyn?

—Que me dejen en paz. —Se permitió a sí misma sacar una sonrisa amarga. Lo que dijo era cierto, aunque no estaba segura de que fuera posible. Tal vez ya no, pero debía intentarlo.

—Querían una puerta de entrada —dijo ella—. Ya lo hice, así que me voy. Todos ustedes pueden hacer lo que quieran.

—¿No te importa la causa?

La idea de que sacara lo de su *gloriosa* causa en un momento así la horrorizó.

—¿La causa? *¿En serio?* —Lo miró boquiabierta—. ¿La Alianza? ¿Los rebeldes? ¿O cómo es que los llamas ahora? Lo único que eso me ha traído es dolor.

Eso dejó consternado a Saw. Jyn sabía que él pensaba que la había adoctrinado como una buena rebelde durante todos sus años juntos. Pero la forma en la que la había abandonado destruyó esa parte de su alma.

—¿Estás dispuesta a ver a la bandera imperial reinar a lo largo de toda la galaxia?

—No es tan difícil si no miras hacia arriba —le dijo ella.

Saw se paralizó ante eso. Sus palabras lo habían lastimado profundamente. Ella se habría sentido mal por eso, si él no la hubiera lastimado mucho más.

Él se le quedó viendo, parpadeando, luego asintió.

—Tengo algo que mostrarte.

# CAPÍTULO 16

**LA SOMBRA** de la Estrella de la Muerte cayó sobre Jedha. Krennic se deleitaba ante tal vista. Había trabajado tanto para llegar hasta ahí, para hacer que la estación de combate fuera operacional; ahora, su momento de triunfo finalmente estaba al alcance de su mano. Aunque la presencia de Gran Moff Tarkin no le permitía disfrutar del momento plenamente.

—El Emperador está esperando que le informe sobre lo que sucede aquí —dijo Tarkin, como si ninguno de los dos supiera eso ni lo que realmente significaba.

Para Tarkin, el proyecto de la Estrella de la Muerte era suyo, a pesar de que nunca se hubiera realizado sin Krennic. Actuaba como un hombre que compra un speeder y desfila en él como si lo hubiera creado.

Si Krennic se hubiera salido con la suya, habría aventado a Tarkin a una de las esclusas de aire de la Estrella de la Muerte. En vez de eso, hizo lo que siempre hacía: mostrarle a Tarkin un respeto que no sentía.

—Uno esperaría que él y Lord Vader estuvieran aquí para una ocasión de tal envergadura.

Tarkin estuvo a punto de cloquear la lengua ante el comentario de Krennic.

—Pensé que sería prudente evitarle cualquier posible momento vergonzoso.

Krennic sabía que en realidad Tarkin quería supervisar las operaciones iniciales de la Estrella de la Muerte él mismo, para asegurarse de que funcionaba como se había previsto antes de tomar el mando. De otro modo, no estaría seguro de que ya no necesitaba a Krennic. Pero Krennic era demasiado sabio como para dejar que Tarkin se deshiciera de él tan fácilmente.

—Su preocupación no tiene una justificación sólida —le dijo a Tarkin.

Tarkin le lanzó una mueca.

—Como si sólo decirlo lo hiciera verdad.

Krennic se preguntaba exactamente qué tanto extrañaría el Emperador a su gran moff si de repente desapareciera. Decidió no caer en el juego de Tarkin y, en vez de eso, se dirigió al resto de las personas ahí presentes.

—Todas las fuerzas imperiales han evacuado; estoy listo para destruir la luna completa.

Tarkin arqueó una ceja.

—Eso no será necesario. Queremos establecer un punto, no causar una revolución. La ciudad sagrada será suficiente por hoy.

Krennic se contuvo de contestarle. Ahora sabía cuál era el juego del gran moff. Tomaría el mando de la Estrella de la Muerte una vez que Krennic comprobara que funcionaba y se adjudicaría el mérito de usarla para aniquilar un planeta entero.

Krennic se prometió a sí mismo que encontraría una manera de frustrar el plan de Tarkin. Pero por el momento tenía que seguirle la corriente al gran moff en sus intentos por tomar el poder.

Se dirigió a la consola de mando de la Estrella de la Muerte y emitió la orden.

—Apunten a Ciudad Jedha —dijo—. Preparen la ignición de un solo reactor.

Con eso bastaría para arrasar con la ciudad antigua de la faz de la luna. Si tan sólo el Emperador, o al menos su emisario, Lord Vader, estuvieran ahí para atestiguar tal destrucción. En estas circunstancias, el triunfo de Krennic sólo les llegaría a través de Tarkin, quien se aseguraría de adjudicarse tanto mérito como pudiera.

Krennic luchó por no dejar que estos contratiempos personales opacaran el momento. Como fuera, tenía un trabajo que realizar.

—Disparen cuando esté listo.

# CAPÍTULO 17

**CASSIAN PRESENTÍA** que el tiempo se les estaba acabando. Jyn se había ido por demasiado tiempo. Si iba a convencer a Saw Gerrera de que los liberara, ¿acaso no habría venido alguien a salvarlos ya?

Se quedó vigilando a los guardias de cerca, buscando una señal de cómo iban las cosas con Saw y Jyn. Si las cosas no iban bien, tendría que dirigir un intento desesperado para escapar; de otro modo, seguramente los ejecutarían a todos.

—¿Quién es el de la celda de al lado? —preguntó Chirrut de la nada.

Cassian no se había puesto a pensar en el vecino de al lado. Había estado demasiado preocupado por los guardias.

—¿Qué? —dijo Baze—. ¿Dónde?

Baze caminó hacia las barras que los separaban de un hombre que se refugiaba en la oscuridad. Baze se asomó para verlo y enseguida crispó el labio, como si hubiera probado algo repugnante.

—Un piloto imperial.

Enseguida, Cassian se volteó; después de todo, había ido a Jedha en busca de un piloto imperial. ¿Saw habría encerrado en una celda al piloto desertor?

—¿Piloto?

Baze pegó el cuerpo a la celda contigua.

—Lo voy a matar.

—¡No! —Cassian corrió para detener a Baze—. ¡Espera! ¡No!

Baze no era de los que dejaban que detuvieran, pero Cassian insistió.

—Quédate ahí —le dijo al hombre—. ¡Quédate ahí!

Se asomó a la celda contigua y vio al que había alterado a Baze: un flacucho de piel aceitunada, cabello oscuro y barba delgada. Traía puesto el uniforme de un piloto imperial.

Al ver a Cassian, el hombre se puso a temblar, quizás a causa de las amenazas de Baze, quizá porque había algo en él que no estaba del todo bien.

—Está bien —dijo Cassian gentilmente, tratando de calmar al piloto—. Está bien.

El hombre tenía los ojos en blanco; Cassian no podía determinar si la mente de este seguía con ellos o no. ¿Saw lo habría torturado?

—¿Eres el piloto? —preguntó Cassian—. Oye, oye… ¿Eres el piloto del navío de carga?

El hombre volteó hacia él con la mirada vacía.

—¿Piloto?

La palabra parecía tener sentido para él, lucía como si algo estuviera revolviéndole una memoria enterrada en lo profundo.

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó Chirrut.

Cassian deseaba saberlo. Había visto gente en condiciones parecidas; se estremeció al pensar por lo que este pobre habría pasado para acabar en ese estado. No le iba a explicar

a Chirrut lo que posiblemente había pasado ni cómo debía tratársele. Primero tenía que asegurarse de que era el hombre correcto.

—Galen Erso —le dijo al hombre en la celda—. ¿Conoces ese nombre?

El piloto se sentó, pero sus ojos seguían vidriosos. Pero la forma en que se movió, cómo parpadeó al escuchar a Cassian decir el nombre de Galen, eso debía significar algo, ¿o no?

—Yo traje el mensaje —dijo el hombre—. Yo soy el piloto.

Cassian quería gritar de alegría. El hombre se sentó por completo y enfocó la mirada en Cassian y en los demás de la celda.

—Yo soy el piloto. *¡Yo soy el piloto!*

# CAPÍTULO 18

**SAW GUIO** a Jyn hacia un proyector e insertó el chip holográfico en él. Echó un vistazo por la ventana, como si esperara algo, pero no dejó que eso lo detuviera de encender el proyector.

—Este es el mensaje del piloto —dijo—. No le adelantó nada. No le explicó. Sólo lo empezó a reproducir.

Una imagen azul parpadeante del padre de Jyn cobró vida sobre el proyector. Ella sabía que debió grabar el mensaje recientemente, pero le parecía como si un fantasma hubiera llegado del pasado para hablar con ella. Él se veía más viejo, más desgastado de lo que ella recordaba. Se preguntaba cómo lo habría tratado la vida.

No podía decir si quería llorar de rabia o de alegría. Pero de cualquier modo él no podía verla, así que en vez de llorar, se dispuso a ver y escuchar.

—Saw, si estás viendo esto, quizás haya una oportunidad para salvar la Alianza. Quizá tenga la oportunidad de explicarme y, aunque no tengo muchas esperanzas, quizás exista una oportunidad para Jyn, si es que sigue viva, si *tal vez* lograras encontrarla, para decirle que nunca he dejado de amarla ni de extrañarla con desesperación.

Ella sintió que la garganta se le empezaba a cerrar. Todos esos años que pasó lejos de él, todos esos años que pasó sola después de que Saw la había abandonado, amenazaban con rebozarla hasta tragársela por completo, pero hizo a un lado sus emociones por el momento. Después de todo, era su padre y no quería perderse ninguna de sus palabras.

—Jyn, mi estrellita, no puedo imaginar qué piensas de mí. Cuando me llevaron, tuve que enfrentar varias verdades amargas. Me dijeron que muy pronto Krennic te encontraría.

»Conforme pasó el tiempo, supe que habías muerto o estabas muy bien escondida y, por lo tanto, nunca te encontraría; pero sabía que si me rehusaba a trabajar, si tomaba mi propia vida, sólo sería cuestión de tiempo antes de que Krennic se diera cuenta de que yo ya no era necesario para completar el proyecto.

»Así que hice lo que nadie esperaba. Mentí.

»O *aprendí* a mentir. Representé mi papel de hombre derrotado, resignado al santuario de su trabajo. Me hice indispensable y durante todo ese tiempo senté las bases de mi venganza.

Pausó un momento, preparándose para revelar su secreto más recóndito, lo que sellaría su traición al Imperio.

—La llamamos Estrella de la Muerte. No hay un nombre mejor.

»Muchos de mis colegas se han engañado a sí mismos pensando que están creando algo tan atemorizante y poderoso que nunca será usado. Pero se equivocan. Ningún arma de este tipo se ha dejado en la vitrina. Pronto llegará el día en que la suelten.

»Diseñé una falla dentro del sistema. Una cicatriz tan pequeña y poderosa que ellos nunca la encontrarán.

Dejó que la importancia de eso se asentara bien antes de continuar.

—Jyn, si estás escuchando… —Se detuvo por un momento, claramente sobrecogido por la emoción de pensar que su hija tal vez seguía viva. Jyn sintió que el corazón le punzaba.

—Mi amada hija, gran parte de mi vida se ha desperdiciado. Me gusta pensar en ti sólo en los momentos en los que soy fuerte, porque el dolor de no tenerte conmigo… de no tener a tu madre, a nuestra *familia*…

»*El* dolor de esa pérdida es tan desgarradora para mí que incluso ahora corro peligro de fallar. Es sólo que me cuesta mucho trabajo no pensar en ti, en dónde puedas estar…

Galen se agachó por un momento. En cuanto se volvió a enderezar, Jyn pudo ver que sus ojos irradiaban determinación.

—Saw. El sistema del reactor. Esa es la clave. Ese es el lugar donde tendí mi trampa.

»Es inestable, así que un disparo en cualquier parte destruirá la estación completa.

»Vas a necesitar los planos, los planos estructurales, para ubicarte. Sí existen. Sé que hay al menos un archivo de ingeniería completo en la bóveda de datos en la torre de la ciudadela, en Scarif. Cualquier explosión presurizada en el módulo del reactor detonará una reacción en cadena que…

El mensaje se cortó. Jyn quería maldecir, gritarle a su padre para que continuara.

Pero luego se dio cuenta de que el problema no era la grabación, sino el generador de energía de la base de Saw. Todas las luces se apagaron al mismo tiempo.

Miró por la ventana y, al ver Ciudad Jedha, entendió por qué.

# CAPÍTULO 19

**CASSIAN PODÍA** escuchar crujir la destrucción de Ciudad Jedha afuera del escondite de los rebeldes, aunque al principio no supiera qué era. El sonido alejó a los guardias de la celda; Cassian aprovechó para forzar el cerrojo de la reja de su celda. Los guardias le habían quitado las armas más evidentes, pero le dejaron otras, el tipo de cosas de las que Cassian hacía uso para salir de los embrollos más complicados.

En cuanto Cassian abrió la puerta salió corriendo. Baze fue detrás de él, diciéndole a Chirrut que lo siguiera. Cassian fue hacia la mesa en la que los guardias habían puesto lo que le quitaron a él y los demás. Encontró su comlink y lo encendió.

—¡K-2! ¡K-2! ¿Dónde estás? —le gritó al comlink.

La voz del droide apareció de inmediato.

—¡Ahí estás! Estoy a la espera, como me ordenaste, aunque hay un problema con el horizonte. No hay horizonte.

Cassian sintió cómo se le helaba la sangre. Ese era el escenario que temía desde que le encomendaron esta misión: que el arma apocalíptica que intentaba destruir fuera usada en su contra.

—¡Conéctate a mi comm y localiza nuestra posición! —le ordenó a K-2SO—. ¡Trae esa nave aquí, ahora!

Cassian agarró el resto de las cosas y volteó hacia Baze y Chirrut, que estaban detrás de él.

—¿A dónde vas? —preguntó Chirrut.

—Tengo que encontrar a Jyn —dijo Cassian. Luego recordó por qué habían ido a Jedha en primer lugar—. ¡Traigan al piloto! —le dijo a Baze—. ¡Lo necesitamos!

Aunque Cassian tuviera un motivo, Baze no entendía del todo cuál era, pero decidió confiar en él de todos modos.

—Está bien. Yo me encargo del piloto.

Cassian no sabía si Baze quiso decir que salvaría al piloto o lo mataría; después de todo, sabía del rencor que este hombre le guardaba a los imperiales. Pero Cassian decidió que no había tiempo más que para confiar en Baze. Salió corriendo para encontrar a Jyn. Los muros del monasterio-escondite se sacudieron como si un monstruo lo hubiera sacudido. Cassian sabía que el lugar no aguantaría mucho más tiempo.

Siguió sus instintos, apresurándose hacia el interior del lugar, mientras que todos los demás salían corriendo. Nadie le prestó mucha atención, estaban demasiado ocupados tratando de salvar sus propias vidas, no se iban a preocupar acerca de quién era o qué hacía ahí. Eventualmente encontró una habitación grande, iluminada por una luz brillante que salía de una ventana amplia.

Jyn había caído de rodillas frente al proyector holográfico que se había apagado. Junto a ella seguía de pie un hombre viejo, tratando de consolarla.

—¡Jyn! —dijo Cassian y corrió hacia ella—. Jyn…

El hombre volteó hacia él; Cassian lo reconoció: Saw Gerrera. Bajo otras circunstancias, Cassian habría tomado su bláster o quizá dado la vuelta para huir. Pero ahora no había tiempo para esto.

Cassian se acercó a Jyn desde el otro lado.

—Tenemos que irnos —dijo—. Sé dónde está tu padre. —El piloto (Bodhi Rook, según dijo) le había dado la información.

—Vete, Jyn —le dijo Saw—. Debes irte.

Jyn se paró, pero dudó. Tomó el brazo de Saw como si estuviera dispuesta a arrastrar al hombre junto con ellos. Él sacudió su brazo y Cassian podía ver por qué. Era lento, estaba acabado, enfermo. Ya no era el guerrero legendario, el terror del Imperio que había sido. Ya no podía huir, pero quería asegurarse de que Jyn sí lo hiciera.

—¡Sálvate tú, por favor!

—Vamos —dijo Cassian y la tomó de la mano. Ella se resistió, no quería abandonar al viejo que, Cassian sabía, alguna vez la trató como su hija.

—¡Váyanse! —gritó Saw, insistiendo cada vez con más fuerza. Este era su último deseo; lo único que quería era que Jyn se lo concediera.

Cassian podía ver que ella quería discutir con Saw, pero el lugar entero estaba a punto de derrumbarse. La situación no estaba para echarse a los hombros a un hombre viejo en armadura y escapar así.

—¡Ya no hay tiempo!

Finalmente, Jyn cedió y se fue con Cassian. Mientras salían de la habitación, Saw se desgañitaba con una última petición.

—¡Salven a la Rebelión! ¡Salven el sueño!

# CAPÍTULO 20

**JYN SABÍA** lo que estaba sucediendo, aun si no quería creerlo. No podía ser una coincidencia que se enterara del trabajo que su padre había realizado con la Estrella de la Muerte justo antes de que todo Jedha se sintiera a punto de volar en pedazos.

Detestaba dejar a Saw atrás, sabiendo que nunca lo volvería a ver. Se había dado cuenta de lo débil y enfermo que estaba. De cualquier forma no le quedaban muchos días, pero le daba tristeza que el Imperio estuviera cerca de matarlo.

Peor aún, si ella no se movía más rápido, también la mataría a ella.

Jyn no sabía bien cómo estaba dispuesto el escondite de Saw, así que no sabía hacia dónde correr. Afortunadamente, Cassian parecía tener mejor orientación.

Lo persiguió por los pasillos vacíos. Todos los demás (los prisioneros e incluso el resto de los rebeldes de Saw) se habían ido. Habían podido darse cuenta de lo que estaba por pasarle a Jedha, por lo que no se preocuparon por dejar a su figura paterna morir sola.

Salieron del monasterio en una plataforma que estaba en la entrada del lugar; desde ahí, la vista de Ciudad Jedha era espectacular. En lugar del destructor estelar que había estado merodeando sobre la ciudad sagrada, Jyn vio una estación de combate enorme que parecía una inmensa luna con un hoyo similar a un cráter en forma de disco.

Ciudad Jedha como tal había desaparecido. En el lugar donde se había asentado la ciudad ahora emergía una nube de ceniza y escombros.

Cassian se abrió paso entre la gente que estaba en la plataforma; Jyn iba detrás de él. Frente a ellos estaba un hombre con uniforme de piloto imperial, que seguramente era el prisionero que habían ido a buscar a Jedha.

Cassian ni siquiera se detuvo cuando pasó por donde estaba el hombre. Lo único que hizo fue gritar:

—¡Muévanse!

El monje y el soldado fueron detrás de él; los cinco corrieron tanto como pudieron. Siguieron a Cassian a un claro en un extremo de la plataforma, lejos de los demás rebeldes, que, pobrecillos, no podían hacer nada más que mirar boquiabiertos la ola de destrucción que se inflaba donde alguna vez estuvo Ciudad Jedha y esperar su final.

Jyn no estaba segura de que Cassian tuviera un plan mejor. No podrían huir de una destrucción tan inminente.

Cuando alcanzaron el borde de la plataforma, el U-wing con el que volaron a Jedha llegó levantándose con esfuerzos de una zona determinada de aterrizaje. Jyn avistó a K-2SO en los controles. Nunca había estado tan contenta de ver a un droide de seguridad imperial.

El polvo volaba por todos lados mientras la rampa de abordaje se abría ante ellos; los cinco se treparon con desesperación. Cassian se fue hacia la cabina de mando y la puerta se azotó detrás de ellos.

—Sácanos de aquí —ordenó al droide—. ¡Dale!

K-2SO no necesitaba que lo alentaran. Ya había empezado a subir al U-wing hacia el cielo, viró para darle la espalda a la amenazante onda de shock que acabaría con todo.

La plataforma a la que se había subido la nave perdió piso y se desmoronó. La nave luchó por compensar el repentino cambio y por soportar los escombros que le llovían a los lados.

En algún lugar allá afuera, Saw Gerrera miraba el apocalipsis que arrasaba con Jedha y respiró por última vez. Por ahora, Jyn no tenía tiempo para llorarle, estaba demasiado ocupada con su propia supervivencia.

El U-wing remontó en el aire, pero no lo suficientemente rápido. K-2SO los había recogido demasiado tarde.

—¡Miren! —gritó el piloto imperial.

Jyn se preguntaba por qué tendría la necesidad de decir algo así. Todos podían ver lo que los acechaba. ¿Habría alguien capaz de desviar la mirada?

La onda expansiva llegó a su clímax y ahora se estaba derrumbando por encima de ellos. Por la fuerza y el ángulo de la implosión, Jyn pensó que no habría modo de evitar el impacto. En cuestión de segundos los aplastaría contra las rocas de abajo.

Cassian no estaba listo para dejarse vencer. En lugar de ello, hizo lo inimaginable. Agarró la palanca que lanzaría al U-wing al hiperespacio y la jaló.

Jyn, que en ocasiones pilotaba, sabía que una de las reglas básicas de viajes interestelares era nunca entrar al hiperespacio antes de que la computadora hiciera los increíblemente complicados e importantes cálculos de ruta. De otro modo, era muy probable terminar adentro de un planeta o pasar a través de una estrella, con lo cual seguramente tu viaje terminaría inesperadamente rápido.

Pero, puesto que en ese momento la alternativa era morir aplastado debido a los efectos secundarios de la destrucción que la Estrella de la Muerte lanzó a Ciudad Jedha, no veía ninguna razón para no intentarlo.

Así que hizo lo único que le quedaba por hacer mientras la escena del otro lado de la ventanilla del U-wing pasó de polvo y rocas a rastros de estrellas distorsionados desplegándose alrededor de la nave: contuvo la respiración y confió.

# CAPÍTULO 21

**KRENNIC SE HABÍA** dado permiso para disfrutar de una amplia y vigorosa sonrisa mientras la destrucción de Ciudad Jedha se manifestaba debajo de él. La vista desde el puente de mando de la Estrella de la Muerte quitaba el aliento. Una parte de él se deleitaba con la destrucción y se preguntaba si así era como se habría sentido atestiguar el amanecer del universo.

El arma que había creado alteraría el curso de la galaxia. Aplastaría a la Alianza Rebelde e inmediatamente pondría fin a todas las insurrecciones. Habría paz, puesto que se eliminarían todas las preguntas sobre quién poseía el mayor poder.

Lo mejor de todo es que Krennic pudo disfrutar al máximo la cara de asombro del Gran Moff Tarkin. Esto dejaría asentado de una vez por todas quién de los dos merecía el favor del Emperador.

Tarkin miró a Krennic y por un momento inclinó la cabeza.

—Creo que le debo una disculpa, Director Krennic. Su trabajo sobrepasa todas las expectativas.

Krennic resistió el impulso de embarrarle en la cara a Tarkin su propia declaración. En lugar de ello, la saboreó tanto como pudo. Al fin, todo su arduo trabajo, todas las terribles cosas que había tenido que hacer en el proceso, habían dado fruto. Nadie podía negar lo que había logrado.

—¿Eso es lo que le dirá al Emperador? —Krennic casi se ríe de su propio comentario. Claro que sería lo que Tarkin lo haría. ¿Cómo podría negar el poder de la Estrella de la Muerte?

Tarkin asintió.

—Le diré que la paciencia que tuvo ante todos sus contratiempos se ha compensado con un arma que terminará rápidamente con la Rebelión.

Krennic no pudo evitar regodearse un poco con el comentario. Si había un tono de reserva en la voz de Tarkin, Krennic estaba demasiado contento con su éxito para sentirlo.

—Y esto es apenas un indicio de su potencial destructor.

Habían usado sólo un reactor para el tiro de prueba y este había arrasado con Ciudad Jedha de manera instantánea. ¡Qué no podría hacer la Estrella de la Muerte a su máxima potencia!

Y entonces Tarkin soltó la bomba que Krennic supo que debió haber visto venir.

—Le diré que yo tomaré el control del arma de la cual le hablé hace años. A partir de este momento.

La cara de Krennic enrojeció. No podía creer el descarado arrebato de poder de este hombre, ¡tan sólo momentos después de su asombroso triunfo!

—¡Acabamos de presenciar *mi* logro, no el suyo!

Tarkin le lanzó la mirada afligida que un maestro reservaría para un estudiante prometedor pero descarriado.

—Me temo que estas recientes infracciones a la seguridad han expuesto lo inadecuado que es como director militar.

Krennic se erizó ante tal acusación. Tenía a miles de personas bajo su jurisdicción. ¿Cómo podría asegurar que ninguno de ellos traicionaría al Imperio? Había hecho todo a su alcance para mantener una discreción tan estricta como fuera posible en todo lo concerniente a la Estrella de la Muerte, al grado de silenciar permanentemente a muchos de los proveedores externos que habían trabajado en ella.

—¡Ya se solventaron todas esas infracciones! —protestó Krennic. Apuntó firmemente con el dedo la destrucción de la luna debajo de ellos—. Hemos silenciado a Jedha.

¿Qué más podría hacerse?

Pero Krennic había subestimado a Tarkin. El punto nunca habían sido Krennic y sus fallas. Más bien el punto era Tarkin, cuidadosamente acumulando tanto poder para sí como fuera posible. No le importaba el asombroso trabajo de Krennic. Simplemente había estado esperando a que él demostrara que la Estrella de la Muerte era un éxito.

Iba a arrebatársela de un modo u otro.

—¿Usted cree que este piloto actuó solo? —Tarkin soltó una risita, asegurándose de embarrarle ese asunto en la cara a Krennic—. Salió de las instalaciones en Eadu. Las instalaciones de Galen Erso.

Quitarle el triunfo a Krennic no era suficiente para Tarkin. También quería asegurarse de que le doliera.

Krennic no iba a dejar que Tarkin se saliera con la suya. Si Eadu era la fuente de sus problemas, iría ahí para erradicarlo desde la raíz. Nada se escaparía de su escrutinio ni de su ira.

No dejaría que nada se interpusiera entre él y su triunfo. Ni Tarkin, ni mucho menos algún traidor.

—Yo arreglaré esto —dijo mientras salía violentamente del puente de mando de lo que todavía consideraba (y siempre seguiría considerando) *su* Estrella de la Muerte.

# CAPÍTULO 22

**EN CUANTO** estuvieron libres en el hiperespacio y Cassian supo que ya no corrían peligro inminente, envió un mensaje codificado al General Draven, al centro de mando de la Rebelión en Yavin 4. La Alianza necesitaba enterarse inmediatamente de lo que había pasado y Cassian requería instrucciones sobre su curso de acción.

Escribió: «ARMA CONFIRMADA. JEDHA DESTRUIDA. BLANCO DE LA MISIÓN UBICADO EN EADU. POR FAVOR, ACONSEJAR».

Cassian fue muy cuidadoso, se aseguró de que nadie más lo viera enviando el mensaje. De cualquier forma, no habrían podido leerlo, aunque los demás en el U-wing podrían malinterpretar el hecho de que él estuviera usando un código. Especialmente Jyn.

Cassian no quería asesinar a su padre. En una galaxia ideal, harían exactamente lo que el consejo le había explicado a Jyn cuando le propusieron la misión: encontrar a Galen Erso y traerlo de vuelta con vida.

Pero, con el destino de la galaxia en riesgo, Cassian comprendía por qué el General Draven no sentía que podrían permitirse el lujo de arriesgarse con Galen. La destrucción de Ciudad Jedha había establecido el punto con demasiada severidad.

Giró su asiento para ver a los demás. Todos estaban traumatizados por la destrucción de Ciudad Jedha, cada uno a su manera. Bodhi luchaba por dejar de temblar, pero no lo estaba logrando. Jyn estaba paralizada como roca.

Baze sólo fruncía el ceño como si siempre hubiera esperado que este tipo de horror atacara a su planeta natal. Chirrut mecía la cabeza como si todavía no pudiera creerlo.

—Baze, dime —dijo Chirrut—, ¿todo? ¿La ciudad entera?

A diferencia de los demás, el monje ciego no había visto cómo la onda expansiva de la Estrella de la Muerte hizo pedazos Ciudad Jedha. Nadie que lo hubiera visto dudaría que no quedara nada de la ciudad sagrada, pero el hombre necesitaba que su amigo se lo confirmara.

—*Dime* —repitió.

Baze no hizo nada para suavizar el golpe. Simplemente respondió:

—La ciudad entera.

La respuesta del General Draven llegó muy pronto.

Una vez que Cassian la decodificó, decía: «LAS ÓRDENES SIGUEN EN PIE. PROCEDER DEPRISA, ATENERSE AL PLAN».

Cassian entendió el mensaje: tenía que matar a Galen Erso mientras tuviera la oportunidad.

Ya no estaba seguro de concordar con aquella decisión. Después de todo, si la Estrella de la Muerte estaba lista y se había echado a andar, ¿qué beneficio tendría matar a Galen? De hecho, probablemente para ellos sería más valioso vivo.

Pero Cassian había recibido órdenes. Volteó hacia K-2SO y dijo:

—Dirige nuestro curso a Eadu.

Aquello llamó la atención de Jyn.

—¿Ahí es donde está mi padre?

Cassian asintió.

—Eso creo.

Se preparó para recibir un montón de preguntas incómodas. Había pasado gran parte de su vida adulta como espía. Estaba acostumbrado a mentirle a la gente que no le importaba en lo más mínimo, pero para él fue todo un reto quedarse callado frente a Jyn, sobre todo acerca de algo tan fuerte como las órdenes de asesinar a su padre.

Antes de que ella pudiera volver a abrir la boca, el piloto de carga imperial se espabiló y le habló.

—¿Eres la hija de Galen?

Ella giró su asiento para mirarlo.

—¿Lo conoces?

Bodhi le respondió asintiendo nerviosamente y habló demasiado rápido, como si no pudiera evitar que se le salieran las palabras.

—Dijo que podía enmendarme. Dijo que podía arreglar las cosas si era lo suficientemente valiente y escuchaba lo que había en mi corazón. Si hacía algo al respecto.

Frunció el ceño con preocupación ante el recuerdo de lo que le acababa de pasar a Ciudad Jedha.

—Supongo que es demasiado tarde.

Jyn negó con la cabeza.

—No fue demasiado tarde.

Baze resopló ante el comentario. Él y Chirrut acababan de perder a todos los que conocían.

—A mí me parece bastante tarde.

Jyn volvió a negar enfáticamente con la cabeza.

—*No* —dijo—. Podemos vencer a los que hicieron esto. Podemos detenerlos.

Aquello era lo más esperanzador que Cassian le había escuchado decir. De hecho, era lo más esperanzador que había escuchado en mucho tiempo. Él y todos los demás en la nave le pusieron completa atención.

—El mensaje de mi padre. Lo vi. La llaman la Estrella de la Muerte, pero no tienen idea… Hay una forma de destruirla.

Ahora se enfocó en Cassian, quien tuvo que luchar contra el impulso de retorcerse de vergüenza bajo su mirada.

—Estás equivocado acerca de mi padre.

¿Ella sospecharía cuáles eran sus verdaderas órdenes? Había sido muy cuidadoso en no dejar que nada se le escapara, pero claramente ella tenía sus sospechas. ¿Eso cambiaría la forma en que él lidiaría con las cosas?

—*Él* fue quien la construyó —señaló Cassian.

—Porque sabía que la construirían incluso sin él.

Cassian podía ver que el mensaje la había afectado. Hasta ahora ella había sido ambivalente con respecto al Imperio y la Rebelión, tan sólo para seguir la corriente, pues no tenía opción. Lo que sea que había escuchado de su padre logró que tuviera un nuevo fuego en los ojos.

—Mi padre tomó una decisión —dijo—. Se sacrificó por la Rebelión. Puso una trampa dentro del arma.

Volteó hacia Bodhi.

—Por eso te envió, para que trajeras este mensaje.

—¿Dónde está? —preguntó Cassian—. ¿Dónde está el mensaje?

Jyn titubeó; Cassian sabía que ella no le daría la respuesta correcta. No la que necesitaba.

—Era un holograma.

Ese no era el punto. Quería ver el mensaje él mismo, mirar al hombre a los ojos y evaluar su temple.

Además, tenía que analizarlo. Quién sabe qué secretos habría podido insertar Galen en aquella grabación… Secretos cuya existencia Jyn podría ignorar.

—*¿Tienes ese mensaje, cierto?*

Jyn se veía afligida.

—Todo pasó tan rápido, pero ¡acabo de verlo!

Cassian sentía empatía por ella. Acababa de darse cuenta de que él fue quien la había arrastrado del cuartel de Saw, lejos del proyector donde estaban viendo el holograma.

Se volteó hacia Bodhi.

—¿Tú lo viste?

El desertor imperial negó con la cabeza temiendo decepcionarlos. Al menos Cassian sabía que decía la verdad.

—No me crees —dijo Jyn en cuanto se dio cuenta.

Cassian frunció el ceño con desaprobación.

—Yo no soy al que tienes que convencer.

—Yo le creo —dijo Chirrut.

—Es bueno saberlo —dijo Cassian, sin importarle si el monje podía escuchar el sarcasmo en su voz.

—¿Qué tipo de trampa? —le preguntó Baze a Jyn—. Dijiste que tu padre puso una trampa.

—El reactor. —Jyn se veía aliviada de poder hablar sobre el mensaje con alguien que no fuera Cassian—. Ahí hay una debilidad. La ha estado escondiendo por años. Dijo que si podíamos volar el reactor, el módulo, todo el sistema se colapsaría.

Habiendo sacado esto, volvió a girarse hacia Cassian.

—Debes alertar a la Alianza.

—Ya lo hice.

Ella entrecerró los ojos. Sabía que él no podría haber enviado esta información tan rápido.

—¡Ellos tienen que saber que hay una forma de destruir esta cosa! Tienen que ir a Scarif y sacar los planos.

Cassian negó con la cabeza.

—No me puedo arriesgar a enviar ese mensaje. Estamos en medio de territorio imperial.

Quizás a ella le sonó como una mentira, pero él decía la verdad. No confiaba en el sistema de codificación de la Rebelión. Estaba bien mandar mensajes ambiguos, como el que intercambió con Draven, pero no se atrevería a enviar algo tan específico.

Jyn se le quedó viendo un largo rato y poco a poco tensó la mandíbula con determinación. Había llegado hasta este punto, estaba muy cerca de su padre. Cassian podía ver que no se iba a dar por vencida ahora.

—Entonces lo encontraremos y lo traeremos de vuelta. ¡Él mismo podrá decírselo!

Cassian asintió como diciendo «Muy bien»; después de todo, fue lo que ella ordenó.

Desafortunadamente, eso no fue lo que le ordenaron a *él*.

# CAPÍTULO 23

**BODHI ROOK** no podía recordar otros tiempos en los que estuviera más horrorizado. Estos últimos días habían estado repletos de todo tipo de situaciones como para destrozarle los nervios a cualquiera. Había escapado del Imperio con un mensaje secreto de Galen Erso, uno de los científicos más prominentes de la galaxia. Había entregado el mensaje a Saw Gerrera y lo habían torturado por ello.

Tal vez había estado más asustado cuando Bor Gullet se había inmiscuido en los rincones de su mente para asegurarse de que no estaba mintiendo, pero a decir verdad, Bodhi no podía recordar la mayor parte de eso, lo cual agradecía. No estaba seguro de cuáles serían los efectos, pero estaba ansioso por dejar atrás tal experiencia.

Con todo, durante esos momentos, había tenido su propio destino en las manos. Ahora, como piloto que era, tenía que observar cómo un rebelde y un droide de seguridad imperial reprogramado, trataban de aterrizar un U-wing durante una terrible tormenta que los llevó a través de una serie de enormes formaciones rocosas que parecían soltar puñaladas contra la nave sin previo aviso.

No podía evitar dirigir desde atrás. Comprendía que todavía no le confiaran la nave, pero se preguntaba si de cualquier forma debería insistir en tomar los controles.

¿Acaso pensarían que planeaba estrellar la nave en uno de esos picos para matarlos a todos de un jalón? Estaba desesperado por compensar el haber trabajado para el Imperio durante tanto tiempo, pero no era suicida.

—¡Vuelen bajo! —les gritaba Bodhi—. ¡Más bajo!

El droide, desquiciado, le discutió.

—La nave no está diseñada para volar así.

Al menos se molestó en responder esa vez. Bodhi disminuyó la intensidad de su tono.

—Tienen rastreadores de aterrizaje. Tienen escuadrones de patrullaje. Debemos quedarnos en el cañón. Vuelen bajo.

De otro modo, el Imperio de seguro los detectaría y entonces su pequeño viaje a Eadu terminaría más pronto de lo previsto y probablemente con una gran bola de fuego.

—¡Cuidado a la derecha! —Cassian le gritó al droide.

Para ser una máquina que supuestamente tenía reflejos tan rápidos como el rayo, las habilidades para volar del droide *no* le daban mucha confianza a Bodhi. Se preguntaba si era demasiado tarde para tratar de tomar los controles.

Justo entonces golpearon un bache y cayeron con tanta fuerza que Bodhi se despegó de su asiento. Dejó de permanecer sentado e intentó agacharse detrás de ellos.

El droide no parecía molesto, aunque sí actualizó las probabilidades.

—Tenemos veinte por ciento de probabilidades de fracasar.

Cassian volteó a ver a Bodhi.

—¿Qué tan lejos estamos?

Bodhi alzó los hombros frustrado.

—No lo sé. No estoy seguro. Nunca he llegado por este camino.

¿Y por qué habría de hacerlo? Como piloto de carga imperial, siempre había tenido autorización para pasar. No había razón para arriesgar su vida de esta forma. Hasta ahora.

—Estamos cerca —dijo de todos modos—. Estamos cerca, eso lo sé.

—Ahora hay un veinticinco por ciento de probabilidades de fracasar.

Bodhi tenía ganas de darle un coscorrón a K-2SO, pero Cassian le gritó primero al droide.

—¡No quiero saber, gracias!

—Entiendo —dijo el droide. Aunque Bodhi no estaba seguro de que así fuera.

Intentó ignorar al droide y más bien mantenerse enfocado en el ventanal del U-wing. Las rocas le eran familiares, aunque nunca las había visto desde ese ángulo. Sabía que se estaban acercando, pero ¿exactamente qué tan cerca estaban?

*¡Demasiado cerca!*

—¡Ahora! ¡Bájala ahora!

—El viento… —El droide empezó a protestar, pero Bodhi no le daría la oportunidad.

—¡Si te sigues acabarás justo encima del depósito de navíos!

Bodhi esperaba no tener que describirle exactamente qué tan malo sería eso. Si alguien en el depósito de navíos descubría al U-wing, dispararían la alarma al instante. Los seis no tendrían oportunidad alguna en contra de toda una base imperial.

Las luces del depósito de navíos se veían a través de la lluvia, como prueba de que Bodhi tenía razón. K-2SO reconoció el riesgo que corrían y viró la nave para dar una vuelta muy forzada.

Un costado del U-wing le pegó a una columna de rocas cuando el droide la trató de estabilizar. El impacto sacudió toda la nave y tiró a Bodhi al suelo.

Se tambaleó buscando de dónde agarrarse y la nave empezó a caer en picada. No podía ver si K-2SO todavía tenía control o si todos estaban a punto de morir.

—¡Agárrense fuerte! —gritó Cassian—. ¡Aterrizaje forzado!

Bodhi quería lanzar una respuesta sarcástica a semejante anuncio de lo obvio, pero no logró tomar el aire suficiente para hacerlo. Luego, se quedó sin tiempo.

La nave cayó de golpe en la tierra, igual que Bodhi en el piso de la nave. Por lo que podía escucharse, una de las riostras de la estructura de aterrizaje se rompió en el impacto y por el ángulo salido en que quedó la nariz de la nave, era la riostra del frente. Bodhi ya había visto naves estrellarse así.

A veces, si había un puerto amigable cerca que tuviera un equipo rápido e ingenioso de mecánicos, la nave podría volver a salir al espacio.

Pero básicamente eran rebeldes varados detrás de líneas imperiales. Nadie vendría a auxiliarlos.

Bodhi estaba más atemorizado que nunca.

# CAPÍTULO 24

**CASSIAN QUERÍA** partir en pedazos al U-wing. Había salido a inspeccionar la nave en medio de la oscuridad y la violencia de la tormenta, él solo, y no le había gustado nada de lo que vio. El aterrizaje (si es que podía llamarse así) había aplastado no sólo la estructura de aterrizaje, sino también otras partes de la nave. No habría forma de viajar en ella.

Ahora, además de encontrar y asesinar a Galen Erso, de alguna forma tendría que robar una nave lo suficientemente grande para llevar a los seis a salvo, lejos del planeta. Eso si es que querían sobrevivir. No necesitaba que K-2SO le dijera que las probabilidades de que Jyn intentara matarlo después de que asesinara a su padre se acercaban al cien por ciento.

La única buena noticia era que la tormenta había ocultado su llegada tan bien que al parecer los imperiales en la base no se habían dado cuenta de la colisión en absoluto.

Pero la peor parte era que en el choque también se había destruido la estación de comunicaciones de la nave. Eso significaba que Cassian no tendría cómo pedir ayuda. Ni siquiera podía enterar al General Draven de que habían llegado a Eadu y que habían encontrado las instalaciones en las que supuestamente Galen Erso trabajaba.

Si no lo hacía, era probable que Draven pensara que Cassian y su grupo heterogéneo estaban muertos. ¿Qué haría en ese caso?

Cassian no estaba seguro, pero el General Draven no era de los que se sentaban de brazos cruzados y esperaban a que las cosas se resolvieran a su favor. Él prefería la acción.

Cassian tenía que admitir que él era muy parecido en ese tipo de circunstancias.

Regresó a la nave y todas las miradas se clavaron en él. Sabía que esperaban a que les dijera el plan. Sólo tenía que tramar uno que no terminara con la muerte de todos, al menos no mientras no hubieran cumplido con su misión.

—Bodhi —dijo—, ¿dónde está el laboratorio?

—¿Las instalaciones de investigación?

Tal vez tenía que darle al chico un descanso; después de todo, Saw lo había torturado, pero no tenía tiempo para esto.

—Sí. *¿Dónde está?*

Usó tal tono, que Bodhi se espabiló.

—Está justo pasando la colina.

—¿Y eso que se ve en línea recta frente a nosotros es un depósito de navíos? ¿Estás seguro?

El piloto asintió.

—Sí.

Por muy traqueteado que estuviera el hombre, Cassian decidió creerle.

—Esperemos que todavía haya una nave imperial para robar. Esto es lo que haremos…

Recorrió a todos con la mirada para asegurarse de que lo estuvieran escuchando. Parecían dispuestos a grabarse cada una de sus palabras.

—Con suerte la tormenta seguirá, con lo que podremos continuar ocultos aquí. Bodhi, tú vienes conmigo. Subiremos la colina para inspeccionar.

El piloto se paró de un brinco y asintió con firmeza. Estaba listo.

Jyn se enderezó y se paró junto a él.

—Voy con ustedes.

Cassian le hizo un gesto para que se quedara.

—No. El mensaje de tu padre. No podemos arriesgarnos. Tú eres el mensajero.

Entendió qué débil sonaba su excusa, pero no se le ocurrió nada mejor. No podía simplemente decir: «No puedes estar cerca porque voy a matar a tu padre».

—Eso es ridículo —respondió ella—. *Todos* tenemos el mensaje. Todos los que estamos aquí lo sabemos.

Ella podía darse cuenta de que él trataba de protegerla de algo. Lo único que Cassian pedía era que no supiera de qué. Antes de que pudiera explicar que ninguno de ellos podría recordar el mensaje con tanta claridad como ella, K-2SO habló.

—«Un disparo al módulo del reactor y todo el sistema se colapsa». Así es como lo dijiste. «Todo el sistema colapsa».

—¡Ponte a arreglar nuestros comms! —le gritó Cassian al droide. No sabía si eso era incluso posible, pero mantendría a K-2SO lejos de crear problemas, al menos un rato.

Cassian se volteó hacia Jyn tratando de verse casual.

—Por ahora lo único que quiero es ver a qué nos enfrentamos. —Le había mentido a tanta gente durante tantos años, ¿por qué le costaba trabajo mentirle a ella? Quizás era porque ahora ella estaba de su lado y no quería traicionarla.

Se dirigió hacia Bodhi.

—Entonces, vamos a ir agachados y con mucho cuidado a la cima para ver qué hay. Vámonos.

Jyn se cruzó de brazos y frunció el ceño, todavía reticente, pero no protestó. «Con eso me conformo», pensó Cassian, «al menos por ahora».

Bodhi lo siguió afuera, en la tormenta; Cassian decidió por dónde ir. Vio una ruta que llevaba hacia abajo y otra hacia arriba. Escogió ir hacia abajo, pero Bodhi lo frenó.

—No, no. Debemos subir.

A partir de ahí, Bodhi dirigió y Cassian lo siguió.

# CAPÍTULO 25

**A JYN** casi empezaba a agradarle Cassian. Le gustó cómo se había desempeñado en Ciudad Jedha. Podía darse cuenta por qué la Rebelión lo había enviado junto con ella a la misión, con todo y lo peligrosa que era. Él podía lidiar con todo lo que se le presentara. Lo respetaba por eso.

Sin embargo, en el viaje a Eadu su actitud empezaba a ser hermética. A ella no le pareció tanta insistencia en que los demás se quedaran en la nave mientras él y Bodhi exploraban el lugar.

Afuera de la nave, la tormenta arreciaba; Jyn estaba feliz de tener un pretexto para no salir a la lluvia, tampoco le gustaba la idea de correr hacia una patrulla de stormtroopers en aquel lodazal. Pero Cassian no le había dado una *buena* excusa y lo sabía.

Chirrut habló.

—¿Tiene el semblante de un asesino?

Por un momento, Jyn no estaba segura de si el monje le hablaba a ella o a alguien más. Como fuera, Baze respondió primero.

—No. Tiene la cara de un amigo.

Eso la intrigó. Ambos hombres eran amigos desde hace mucho tiempo y compartían tanto que no tenían que explicarse las cosas, pero ella no estaba al tanto.

—¿De quién hablan? —preguntó.

Baze señaló la puerta con la barbilla.

—Del Capitán Andor.

¿Cassian? ¿Ellos habían visto algo en él que ella no había notado?

—¿Por qué lo preguntas?

Baze alzó los hombros. Él no había preguntado nada.

Jyn se enfocó en Chirrut y le habló directamente a él.

—¿Qué quieres decir con «¿Tiene el semblante de un asesino?»?

—La Fuerza se mueve de forma oscura cuando una criatura está a punto de matar.

¿Qué quería decir eso? Jyn no estaba muy dispuesta a creerle a un monje que murmuraba cosas de una religión fallida. Cassian había dicho que él y Bodhi iban a explorar el área. Si pensaba matar a alguien, ¿se habría llevado a Bodhi con él?

Pero entonces K-2SO resaltó de manera espontánea mientras trabajaba.

—El arma que se llevó tenía la configuración para francotiradores.

El droide tenía el terrible hábito de decir las cosas sin filtrarlas antes de hablar. Tal vez en esta ocasión eso le sirvió a Jyn.

Jyn no sabía qué pretendía Cassian. No tenía una prueba real de que había salido a matar a alguien. Por ejemplo, a su padre.

Pero este no era un juicio legal. Ella no necesitaba pruebas. Lo que sí necesitaba era averiguarlo antes de que fuera demasiado tarde.

Sin decir nada, Jyn se dirigió a la rampa del U-wing y se deslizó hacia la noche lluviosa.

No estaba segura de la ruta que Cassian y Bodhi habían tomado, pero de seguro no estaban deambulando por la nave. Tomó la dirección que le pareció más probable y se lanzó hacia la oscuridad.

Pronto se encontró con una bifurcación en el camino, una ruta hacia arriba y otra hacia abajo. La ruta hacia abajo le pareció más viable para llegar a la base, así que tomó esa.

# CAPÍTULO 26

**BAZE VIO A** Jyn salir del U-wing, frunció el ceño como muestra de desaprobación. Ya había estado en situaciones así, con un grupo de soldados al límite. Si querían sobrevivir, tenían que trabajar juntos, hacer equipo; pero, en vez de eso, era como si la gente que supuestamente lideraba el viaje quisiera mantenerlos en la incertidumbre.

Pero estaba demasiado triste como para que le importara. Más bien, sus pensamientos regresaban una y otra vez a su pobre, querida y absolutamente destruida Jedha.

Él había nacido y crecido ahí; sin importar qué tan lejos hubiera estado de ella en algunas ocasiones, siempre había sido el centro de su universo. Toda la gente con quien había crecido. Los sacerdotes. El templo. Se habían ido. No quedaba nada.

La única excepción era Chirrut.

Cierto, Chirrut era su mejor y más viejo amigo. Los dos compartían un vínculo que nada de lo que hubiera pasado en sus vidas había logrado fracturar. Incluso, de alguna manera ese vínculo había sobrevivido a la destrucción de su hogar.

Pero ¿a dónde pertenecían ahora? Y, aún más importante, ¿qué podían hacer para vengarse de los monstruos que habían asesinado a tantos?

Baze estaba tan inmerso en sus propios pensamientos que por poco y se le escapa que Chirrut se dirigía a la rampa de salida de la nave. Entendió que Chirrut le había dado a Jyn suficiente ventaja, ya debería estar bastante lejos, así que se levantó y estaba a punto de salir de la nave también.

Aunque, por lo que a Baze concernía, Chirrut no iría a ninguna parte sin él, mucho menos hacia esa tormenta. Se puso de pie y caminó lentamente detrás de su amigo.

Cuando salieron del U-wing, Baze echó un vistazo alrededor para asegurarse de que Jyn efectivamente se hubiera ido. Al parecer, a Chirrut eso no le importaba, sino que simplemente se lanzó a la lluvia dando golpecitos con su bastón en el terreno desconocido frente a él. Tal vez así era como podía sentir hacia dónde se había ido ella. Eso no le sorprendería a Baze.

—¿A dónde vas? —Baze le pregunto a Chirrut. Era una locura que un ciego deambulara por las montañas en pleno chubasco, en las afueras de una base imperial. Y ambos lo sabían.

—Voy a seguir a Jyn —dijo Chirrut—. El camino que siguió es claro.

Baze supuso que entendía su decisión. Esta mujer tenía la misión que les había anunciado a todos ellos, ahora se disponía a cumplirla. En cuanto a Cassian, Baze no estaba tan seguro.

—¿Solo? —dijo Baze—. Buena suerte.

No quería hacer esto. No quería que Jyn, Cassian y el piloto imperial deambularan alrededor y se perdieran en la lluvia. Que se traicionaran uno al otro. Baze solamente quería permanecer seco y planear su venganza.

—No necesito suerte —dijo Chirrut—. Te tengo a ti.

Baze le lanzó una mueca a su amigo. Sabía que no podía dejar que Chirrut se saliera de la nave solo. Lo habían puesto en evidencia. No le quedaba otra más que seguirlo, quisiera o no.

# CAPÍTULO 27

**A BODHI NO** le gustaba nada esto. No nada más era porque Cassian lo había sacado a la lluvia, después de que su droide posiblemente defectuoso casi mata a todos en esa patética imitación de aterrizaje. Si sólo estaban explorando el terreno para asegurar que ningún imperial los había visto, bastaría con hacer una inspección rápida alrededor del lugar donde se estrellaron. Pero en vez de eso, Cassian decidió que el clima era perfecto para escalar montañas.

No le tomó mucho tiempo a Bodhi darse cuenta de que Cassian tenía otros propósitos para subir la montaña. Siguieron escalando, arriba, arriba, hasta que alcanzaron la punta de la colina que los separaba de la base imperial.

Una vez que estaban en la cresta, Bodhi y Cassian podían ver claramente la base secreta, que en su mayor parte yacía debajo, detrás de las faldas del risco, del otro lado del valle entre la base y aquellos dos hombres. Sin embargo, puesto que el Imperio necesitaba dejar que las naves entraran y salieran, había una plataforma de aterrizaje con focos para que los pilotos imperiales (como Bodhi alguna vez fue) pudieran encontrarla con más facilidad.

Cassian jaló a Bodhi para que se agachara junto con él, como si alguien en la base pudiera verlos hasta donde estaban. En la tormenta. De noche.

Aun así, Bodhi se agachó; como sea, Cassian era el espía.

Cassian sacó sus quadnoculares y los enfocó en la plataforma de aterrizaje. Bodhi pensó que realmente no habría mucho que ver ahí, pero decidió dejar que el espía fuera espía, si eso era lo que quería.

Entonces, un escuadrón de stormtroopers marchó hacia la plataforma.

Bodhi sabía que eso no era un procedimiento estándar. En las diversas ocasiones en que él llevó carga ahí sólo lo habían recibido unos pocos soldados de armadura blanca. La mayoría de las veces, lo ignoraban por completo y él hacía lo mismo.

Cassian le pasó los quadnocs a Bodhi.

—¿Ves a Erso entre los que están allá afuera?

Bodhi estuvo a punto de explicarle que Erso no era un stormtrooper, pero supuso que Cassian ya lo sabía. Tomó los quadnocs y amplió la visión para ver de cerca a las personas que estaban en la plataforma de aterrizaje.

Las únicas personas ahí eran los stormtroopers. Bodhi pensaba que seguramente estarían retorciéndose dentro de sus armaduras, incómodos por estar ahí en ese clima; sin embargo, todos estaban en posición de firmes, poniendo completa atención, casi como si esperaran una inspección. Después se dio cuenta por qué.

Aparecieron más stormtroopers; estos escoltaban hacia la plataforma a los ingenieros del proyecto, quienes parecían aún menos entusiasmados que los stormtroopers, puesto que ellos ni siquiera tenían armadura que los protegiera del clima.

Galen Erso estaba con ellos.

Esto debía ser algo importante. Una cosa era que los ingenieros se alinearan afuera así, en plena tormenta, pero otra que Galen estuviera con ellos.

Bodhi le regresó los quadnocs a Cassian.

—¡Ahí está! ¡Es él, Galen, el de traje oscuro!

Apuntó hacia donde estaba Galen; Cassian dirigió los quadnocs hacia aquel hombre. Su rostro se tornó sombrío.

Bodhi se sintió raro por estar espiando al hombre que lo había enviado con un mensaje para Jyn hacía poco tiempo. Ahora que lo habían encontrado, ¿qué iban a hacer?

Detrás de ellos se escuchó un fuerte ruido en aumento; Bodhi lo reconoció al instante: el tubo de escape de una nave imperial. Volteó y vio cómo se acercaba rápidamente hacia ellos, y ni siquiera notó cuando se levantó.

Cassian agarró a Bodhi y lo sentó al mismo tiempo que la nave les pasó por encima, descendiendo hacia la plataforma. Si alguien en la nave o en la base los había visto, no lo demostraron.

Cassian le señaló el camino que habían seguido hacia la cima de la colina.

—Ve hacia abajo y encuentra algo en lo que podamos salir de aquí.

Bodhi pensó que era lógico. El U-wing nunca más volvería a volar, al menos no para ellos. Si querían salir de Eadu, tendrían que encontrar otra nave.

Bodhi sabía perfectamente cuál.

Pero antes de irse, vio que Cassian preparaba su rifle y empezaba a acomodar la mira.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bodhi.

—Te di una orden.

¿Acaso Cassian iba a empezar a disparar ya? ¿Antes de que Bodhi pudiera pillar un nuevo transporte? La situación incomodó al piloto.

—Dijiste que vendríamos sólo para explorar.

—Aquí estoy. Estoy explorando. Vete.

Bodhi frunció el ceño. Sí, Cassian era el espía y esta era su operación. Pero algo no estaba bien.

De cualquier forma urgía encontrar una nave, así que Bodhi regresó por donde habían llegado.

—¡Apúrate! —gritó Cassian.

Bodhi se apresuró. Sin importar lo que Cassian estuviera a punto de hacer, quería hacerse de una nave… y cuanto antes.

# CAPÍTULO 28

**KRENNIC ESTUVO** furioso durante todo el viaje a Eadu. Tarkin lo había despojado del control de la Estrella de la Muerte; peor aún, ¡descaradamente le echó la culpa por tener que hacerlo!

La idea de que había sido su culpa lo carcomía.

Cierto, el piloto traidor que había desertado en favor de la Rebelión (un hombre llamado Rook, pensó) se salió con la suya bajo su supervisión, pero no podía esperarse que él estuviera al acecho de todos los que trabajaban en la Estrella de la Muerte. Pero no, para Tarkin el problema no se quedaba en la traición de Rook, iba mucho más allá.

Aunque Krennic había descartado la idea, mientras más lo pensaba, más sabía que tenía que ser cierto. Después de todo, ¿cómo era posible que la traición de un solo piloto pudiera dañar potencialmente a la Estrella de la Muerte?

Pero al parecer este Rook tenía información que podía usarse en contra de la Estrella de la Muerte. Krennic ignoraba qué podría ser, pero sospechaba que Tarkin tenía razón acerca de la fuente de tal información. Todos los problemas debían salir de la base en Eadu.

Eso lo hacía estar todavía más furioso con Tarkin. Este hombre se estaba robando su triunfo, pero además ¡logró encontrar razones válidas para hundirlo!

Krennic no sabía de qué manera esto lo beneficiaría a nivel personal, pero planeaba encontrar a los traidores y extirparlos de raíz. Permanentemente.

Para cuando la nave aterrizó en Eadu, la base entera ya estaba al tanto de su llegada. Un pelotón de los mejores stormtroopers de las instalaciones de investigación ya estaba a la espera para recibirlo. También estaban los oficiales imperiales más importantes de la base.

Krennic los dejó bajo la lluvia un poco más de lo necesario, sólo para establecer quién estaba a cargo.

No estaba presente ningún Tarkin, ni Emperador, ni Darth Vader. Tratándose de su instalación, *él* mandaba.

Emergió de su nave hacia la fría y lluviosa noche, sus stormtroopers escoltándolo. Galen Erso estaba de pie al frente del grupo de oficiales y dio un paso al frente para darle la bienvenida a Krennic como el viejo amigo que era. Nadie más tenía el temple para hacerlo.

—Vaya, Galen —dijo Krennic—, ya está completa la estación de combate. Debes estar muy orgulloso.

—Ciertamente, estoy muy orgulloso, Krennic.

Galen no parecía tan feliz, pero, claro está, nunca había sido alguien sonriente. Menos después de que Krennic lo forzó a regresar de Lah'mu. Krennic supuso que perder a su esposa e hija tendría ese efecto en un hombre, pero Galen se había adaptado como mejor había podido, dejándose absorber por el reto de su trabajo y esforzándose por sacarlo adelante hasta lograr el éxito.

—Reúne a tus ingenieros —Krennic le dijo a Galen—. Tengo algo que anunciarles.

Que piensen que les esperan elogios gracias a la efectividad del arma demostrada en la prueba sobre Jedha. Así se apresurarían.

Galen fue a buscar a sus subordinados. En tan sólo un momento, el equipo entero estaba con él en la plataforma. Algunos entrecerraban los ojos debido al viento y la lluvia, como si hubiera pasado mucho tiempo desde que tomaron aire fresco.

—¿Son todos? —preguntó Krennic.

—Sí —respondió Galen, señalando a la gente que estaba frente a ellos, vistiendo sus overoles blanquiazules.

Krennic se colocó justo enfrente de los ingenieros, que quedaron aglomerados bajo su fiera mirada de acero. Sólo había una forma de lidiar con una traición como la que había descubierto: auténtica y absoluta crueldad.

—Señores, uno de ustedes traicionó al Imperio. Uno de ustedes conspiró con un piloto para enviar mensajes a la Rebelión. Ahora exhorto a ese traidor a que dé un paso al frente.

Aquellos debiluchos se miraban entre ellos, lloriqueando. Ninguno de ellos quería hacerse responsable. Ni siquiera sabían a quién de entre ellos había que adjudicárselo.

Krennic esperó más de lo que sintió necesario. Aun con toda su sed de justicia, podía ser benévolo, pensó.

—Muy bien. Entonces, lo consideraré un esfuerzo grupal.

A su señal, sus death troopers subieron las armas. Al menos, entre ellos no había traidores. Apuntaron sus rifles directo a la línea de ingenieros. Krennic supuso que si eso no era suficiente para que confesaran, nada más lo haría y entonces se vería forzado a ejecutarlos a todos. Antes, habría vacilado en dar una orden así por miedo a destruir un equipo que en verdad necesitaba, pero ahora que la Estrella de la Muerte estaba operando (y que, de cualquier forma, Tarkin ya se la había robado), no veía por qué no.

Krennic levantó la mano como señal a sus death troopers para que se alistaran.

—Listos… apunten…

Antes de que Krennic bajara el brazo y gritara «fuego», Galen saltó entre él y su equipo para interceder.

—¡Alto, alto, detente! —dijo Galen—. ¡Krennic, detente!

Krennic le hizo caso, aunque sus death troopers no bajaron sus armas. Enseguida, Galen empezó a explicar.

—¡Yo fui! Yo fui. Ellos no tuvieron nada que ver. No les hagas daño.

Galen se desplomó, se le había ido toda la energía. Este hombre ni siquiera había estado al borde de la ejecución, pero estaba dispuesto a dejar que toda la ira de Krennic se desplegara de lleno en él si eso salvaba a su gente.

Galen siempre fue un ingenuo.

Krennic llamó a Galen con un gesto para que se acercara a él, lejos de la línea de fuego. Galen se acercó, listo para enfrentar cualquier castigo que se le impusiera.

Krennic vio a los ingenieros de nuevo. Estaban completamente aliviados de que Galen se hiciera responsable y lo enfrentara en lugar de ellos. Estaban demasiado sorprendidos, demasiado inciertos sobre lo que estaba pasando, para agradecerle a Galen su sacrificio.

Krennic se les quedó viendo, lleno de desprecio hacia todos. Dijo una sola palabra.

—¡Fuego!

Los death troopers iluminaron la noche con sus rifles. Cada uno de los ingenieros colapsó, muerto antes de siquiera tocar el piso de la plataforma.

# CAPÍTULO 29

**CASSIAN PRESENCIÓ TODO**, lleno de horror y frustración conforme los death troopers acribillaban a los ingenieros. Durante los últimos minutos había estado viendo la escena completa a través de la mira de su rifle, esperando a tener un tiro limpio de Galen Erso. Había conseguido uno hace tan sólo un momento, pero se negó a disparar.

Cassian no supo qué fue lo que detuvo su mano. Había matado a mucha gente antes, a todos en nombre de la Rebelión. Si volar en pedazos a un hombre salvaría millones de vidas, la respuesta era clara. Pero Cassian sabía que en este caso, no. Galen había completado su trabajo en la Estrella de la Muerte. Matarlo ahora no impediría que el Imperio usara de nuevo la estación de combate.

Además, Cassian había visto cómo Galen trató de sacrificarse por los demás ingenieros de su equipo. No veía por qué tenía que dispararle a un hombre justo después de atestiguar un acto tan altruista.

También estaba el hecho de que el hombre era el padre, perdido desde hacía mucho tiempo, de Jyn. Estaba seguro de que matarlo la destrozaría. Tal vez tenían mucho tiempo de estar separados, pero ella todavía lo quería. Cassian podía verlo en sus ojos cada vez que el nombre de su padre surgía en la conversación.

Cassian volvió a tomar sus binoculares y los enfocó en la masacre que estaba sucediendo en la plataforma de aterrizaje. Galen se quedó ahí parado, boquiabierto ante la muerte de sus compatriotas. En cuanto cayó el último, volteó hacia Krennic, quien lo noqueó con un revés de la mano contra su quijada.

Galen cayó de rodillas, sobándose el rostro lastimado.

Cassian bajó sus quadnocs, y al hacerlo se dio cuenta de que ahí estaba Jyn, justo debajo de la orilla de la plataforma de aterrizaje. Estaba por saltar a la plataforma, sin darse cuenta de que un stormtrooper merodeaba por donde ella estaba.

Cassian no sabía qué podía hacer para ayudarla. Si el stormtrooper la veía, sería su fin; si él le disparaba al stormtrooper, el estallido también llamaría la atención de ella.

El stormtrooper se movió hacia la orilla de la plataforma y se quedó mirando la lluvia. Bastaría con que mirara hacia abajo para que inmediatamente la viera. Enseguida, tomaría el rifle que había estado cargando descuidadamente y le dispararía en la cabeza. Jyn vio al stormtrooper. En lugar de arrastrarse hacia atrás para esconderse, se estiró y alcanzó las cachas del rifle del stormtrooper. Se echó hacia atrás con todo su peso y jaló al hombre por encima del precipicio.

El stormtrooper desapareció entre la oscuridad lluviosa. Si gritó pidiendo auxilio, nadie lo notó. Tal vez estaban demasiado ocupados escuchando el tormento de Galen.

Justo entonces, el comlink de Cassian sonó y K-2SO habló.

—¡Cassian! —dijo el droide—. ¿Cassian, me escuchas?

Cassian tomó su comlink. Si los stormtroopers no pudieron escuchar a su amigo cayéndose hacia la muerte, entonces no podrían escucharlo hablar en el comm desde una mayor distancia.

—¡Sí, te escucho! —dijo Cassian—. Pudiste arreglarlo.

—Afirmativo —dijo el droide—, pero tenemos un problema. Hay un escuadrón de la Alianza al acecho. ¡Despeja el área!

A Cassian casi se le cae el comm de las manos. Echó un vistazo: Jyn seguía bajo la plataforma, arrastrándose hacia donde pudiera trepar sin ser vista.

—¡No, no, no, no! —dijo al comlink—. ¡Diles que se detengan! ¡Jyn está en esa plataforma!

Cassian hizo una mueca. Sabía cómo eran este tipo de ataques. El escuadrón mantendría los radios silenciados durante cierto tiempo, pues no querían que el Imperio supiera que venían.

Sin importar quién estuviera tratando de gritarles que se detuvieran, desde el General Draven hasta el mando más bajo, podría ser demasiado tarde.

# CAPÍTULO 30

**KRENNIC MIRABA** con furia a Galen, a quien tenía noqueado a sus pies. Tal vez este hombre había sido una de las mentes más brillantes con las que Krennic se había topado jamás, pero era pésimo peleando.

No podía creer que Galen había sido quien lo traicionara, que se hubiera quedado callado tanto tiempo, silenciosamente trabajando en contra de él, ¿o en contra del Imperio? Nunca habría pensado que este científico tuviera tal tenacidad.

Ahora Krennic se daba cuenta de que había estado equivocado. Cualquiera que trabajara tanto tiempo y tan arduamente para descifrar cómo impulsar a la Estrella de la Muerte con cristales kyber tendría la suficiente determinación para hacer lo que quisiera.

Claro que Krennic fue quien lo motivó, ¿cierto?

Si tan sólo Lyra no hubiera sido tan testaruda. Ella fue quien convenció a Galen de dejar su trabajo en primer lugar. Ella también fue quien se alejó y luego apuntó con su bláster a Krennic, en un esfuerzo para que él dejara en paz a su familia.

¿Qué opción le había dejado más que ejecutarla?

Eso fue lo que los llevó a este camino. Si tan sólo Lyra hubiera estado dispuesta a seguir los planes de Krennic, todavía estaría viva y Galen estaría feliz resolviendo los problemas de la Estrella de la Muerte. Incluso, tal vez habrían terminado su trabajo años antes.

Ahora que conocía la verdadera naturaleza de Galen, un traidor al Imperio y a su amistad, Krennic quería que pagara por sus crímenes. Quería que este hombre sufriera.

—Yo disparé tu arma —le dijo Krennic a Galen—. Jedha. Saw Gerrera. Su banda de secuaces. La ciudad sagrada. Los últimos vestigios de los jedi. Lo que sigue es un planeta completo.

Galen se acomodó la quijada amoratada y se le quedó viendo a Krennic, desafiándolo. ¿Acaso este hombre había tenido este tipo de pasión anteriormente o Krennic apenas lo había notado?

—Nunca ganarás —dijo Galen.

Krennic no pudo evitar dibujar una sonrisita.

—Veamos… ¿dónde he escuchado eso antes?

Lyra le había dicho exactamente eso antes de que la matara. No era posible que Galen pensara que eso le ayudaría a que le fuera mejor.

Entonces, una alarma empezó a retumbar. Le tomó un tiempo a Krennic entender de qué se trataba. Usaban diferentes patrones para diferentes problemas. Esta alarma en particular se reservaba para advertir a la gente de un ataque aéreo inminente.

Krennic dirigió la mirada al cielo. ¿Esto era un simulacro? Si así era, habían escogido un muy mal momento para hacerlo.

La respuesta le llegó cuando apareció el primer X-wing desde la tormenta y abrió fuego en la plataforma de aterrizaje. La primera descarga hizo unos cuantos hoyos en la plataforma y mandó a volar los cuerpos de los ingenieros muertos.

Krennic, sin embargo, permaneció intacto. Si los rebeldes tentaron su suerte con él ahí, pagarían por tal osadía.

—¡Contrataquen! —gritó Krennic a sus death troopers. Al resto de los stormtroopers y oficiales, les gritó—: ¡A sus puestos! ¡Manden los cazas al aire! *¡Ahora!*

Empezó a llover más fuego de láser conforme llegó el escuadrón completo de los X-wings, acechando por encima de ellos, bombardeando a la plataforma mientras pasaban.

Luego hubo un silencio, pero Krennic sabía que sólo sería un momento. Los x-wings seguramente estaban dando vuelta para la siguiente ronda.

Emergió una ola de humo a lo largo de la plataforma que nubló la vista de Krennic. Por un momento, Krennic no estaba seguro de hacia dónde debía moverse. Tenía la esperanza de que al menos esta nube de humo también le impidiera a los X-wings ver hacia dónde se movía cuando regresaran.

Vio cómo Galen se tambaleaba. Consideró dispararle a muerte ahí mismo para que los rebeldes no le quitaran su venganza.

No obstante, le preocupaba más su propio pellejo.

Estaba a punto de correr hacia adentro para cubrirse, cuando una mujer apareció de entre las nubes que se arremolinaban. Ella era joven, de brillantes ojos color avellana y cabello oscuro amarrado, y también parecía estar completamente fuera de lugar.

Ella no era stormtrooper ni oficial imperial; tampoco traía puesto uno de los overoles como los ingenieros. De hecho, se veía sucia, cansada y más que un tanto desesperada. Al acercarse sólo gritó una palabra.

—*¡Padre!*

Galen se dio la vuelta hacia aquel sonido para ver quién había gritado y con quién estaba hablando. Y entonces vio cómo una mujer sacaba una pistola bláster y la apuntaba hacia Krennic. Por un momento, pensó que quizá moriría sin tener la más mínima idea de quién lo había asesinado.

Entonces, un Y-wing rugió volando bajo y soltó un torpedo de protones que hizo estallar toda la plataforma.

# CAPÍTULO 31

**JYN NO ESTABA** segura de que podría alcanzar la plataforma de aterrizaje, pero ver a su padre ahí tirado la impulsó a arriesgarse aunque fuera una locura. Cuando el stormtrooper había deambulado por la orilla de la plataforma, ella pensó que la vería y al instante le dispararía, así que decidió dar el primer golpe, audaz e inmediato. Por eso ella seguía respirando y él no.

Finalmente se las ingenió para afianzarse en una orilla de la plataforma en un extremo y trepó para esconderse detrás de una caja de embalaje que alguien había dejado. La vista desde ahí le daba ventaja; vio a su padre una vez más, lo que más ansiaba era correr hacia él y decirle que estaba ahí, aunque sabía que Krennic le dispararía al instante. Tenía que esperar el momento correcto.

Luego los X-wings reaparecieron en el aire. Aunque quizá fuera una locura, ella decidió que ese era el momento. Si Krennic se las arreglaba para sobrevivir al ataque, seguramente ejecutaría a su padre, tal como lo había hecho con aquellos inocentes ingenieros. La confusión y el terror (¡y el humo!) que produjo el ataque la escudaron; ella iba a aprovechar esto al máximo.

Se juró que Krennic no le volvería a robar a su padre, tal como lo había hecho años atrás, en Lah'mu. Llamó a Galen y sus miradas se juntaron.

Y entonces el torpedo estalló en la plataforma.

La explosión lanzó a Jyn al aire. Atónita, miró hacia arriba, convencida de que los X-wings habían llegado para apuntarle a ella. Luego vio a los cazas TIE a máxima velocidad tras ellos. Nunca había estado tan feliz de ver que los pilotos imperiales cumplían con su deber.

Las torretas antiaéreas se unieron al ataque, volando a los rebeldes en el cielo. En cualquier otra circunstancia, Jyn hubiera querido derribar a los stormtroopers de guarnición en guarnición tan rápido como fuera posible, pero por ahora ellos eran lo único que impedía que otro torpedo la volara a ella y a su padre en pedacitos.

En sus oídos retumbaba un zumbido agudo y, por un gran rato, lo único que pudo hacer fue tratar de recuperar el aliento, sus pulmones luchaban; luego vio a un par de oficiales imperiales corriendo lejos del humo. Se abalanzaron hacia Krennic y lo empezaron a arrastrar hacia su nave.

Por los aires, una torreta encontró su blanco. Un X-wing dañado giró en espiral fuera de control y se estrelló en algún lugar de las montañas.

Un ¡BUM!, anunció su fin.

Jyn vio el rayo distintivo de una ballesta de luz salir disparado desde otro lugar en las montañas y lanzarse de lleno contra un caza TIE. La nave giró como tapa desbocada y acabó por aplastar la torreta. Tras una explosión masiva se vio un gran destello blanco y la plataforma se sacudió de nuevo.

Jyn sacudió la cabeza una y otra vez, pero no parecía funcionar. Apenas si podía discernir dónde era arriba y dónde abajo.

Vio a Krennic tambaleándose en la rampa de su nave. Se detuvo un momento, como si quisiera regresar y vérselas él mismo con el escuadrón rebelde. Pero uno de sus oficiales lo jaló e insistió en que se subiera a la nave.

—¡Director! ¡Tenemos que evacuar!

Krennic miró hacia atrás, donde estaba el padre de Jyn y vio que se había quedado inmóvil. Asintió ante la sugerencia del oficial, se giró y subió hacia el interior de la nave. La rampa se cerró detrás de él.

Jyn quería llamar de nuevo a su padre, pero podía ver que no le respondería. De alguna manera, esperaba que siguiera vivo.

Batalló para ponerse de pie y tener la fuerza para ir hacia su padre. Pero justo cuando empezaba a moverse, la turbulencia que generó la nave de Krennic al despegar la golpeó tan fuerte que casi la arrastra lejos de la plataforma. Logró detenerse al último momento y, conforme disminuía la presión, se fue arrastrando hasta lo que quedaba de la plataforma, donde su padre seguía tirado.

La vida se le estaba yendo. Ella no podía creer que hubiera llegado hasta ahí, que hubiera peleado durante tantos años ella sola, para terminar así, cuando él ya estaba agonizando.

Lo tomó en brazos tan bien como pudo, pero él no parecía reconocerla. La luz de sus ojos pronto se desvanecería.

—Papá —dijo ella—. Soy Jyn.

—¿Jyn? —Él la miró, tratando de reconocerla. Había pasado tanto tiempo. Ella había pasado por tantas cosas.

Ella asintió con lágrimas escurriendo de sus ojos. El rostro de él se suavizó y abrió la boca para hablar.

—Estrellita —dijo—, hay que destruirla…

—Lo sé —dijo ella, tratando de consolarlo—. Vi tu mensaje.

Trató de decir algo más, lo que fuera, pero no podía. En lugar de ello, trató de estirarse para quitarle el cabello del rostro y acariciarle la mejilla. Luego, toda fuerza lo abandonó; se había ido.

Jyn lo miró, las lágrimas se le desbordaban. Aunque no se habían visto en años, él seguía presente en su vida, cada día. No podía creer que en verdad hubiera muerto.

—¿Papá? —dijo—. ¡No! ¡No, papá…! ¡Vamos, papá!

Un stormtrooper salió del humo y apuntó su rifle hacia Jyn. Ella lo vio, pero supo que no había nada que pudiera hacer para detenerlo. No podría tomar su bláster a tiempo.

Iba a morir ahí junto a su padre. El hecho de que era lo último que él desearía empeoraba la situación.

Pero entonces se oyó un disparo desde otra dirección que le dio en el pecho al stormtrooper. Cuando el stormtrooper cayó, Jyn miró alrededor para ver quién la había salvado.

Cassian se dirigió hacia la plataforma, directo hacia ella, con el bláster en la mano.

—Jyn —dijo mientras trataba de jalarla lejos del cuerpo de Galen—. Debemos irnos. Vámonos.

Ella miró a su padre, le dolía tanto.

—No puedo dejarlo.

Cassian se agachó y le habló de manera concisa pero afectuosa.

—Escúchame. Él ya no está. No hay nada que puedas hacer. Vamos.

Por mucho que odiara el hecho, sabía que tenía razón. Le extendió la mano.

—Ayúdame.

Cassian la levantó para empezar a correr de regreso por donde él había llegado. Ella estaba lastimada, pero sabía que tenían que apresurarse, de otro modo, los stormtroopers los matarían.

—¡Vamos! —le gritó mientras la arrastraba—. ¡Haz el esfuerzo!

# CAPÍTULO 32

**EL QUE JYN Y CASSIAN** hubieran logrado salir de la plataforma de aterrizaje no necesariamente implicaba que estuvieran a salvo. Mientras huían, un escuadrón de stormtroopers los vio y fue tras ellos.

Más disparos de bláster empezaron a llover desde el cielo, derribando a los stormtroopers uno tras otro. Jyn miró hacia arriba y vio a Baze en una colina, sombrío, furioso lanzando disparos de aquí para allá.

—¡Vamos! —Cassian le gritó a Jyn mientras ella miraba por última vez a su padre—. ¡Vámonos!

Cassian los guiaba y en el camino le disparó a más stormtroopers. Jyn lo siguió por un camino serpenteante que los llevó a un cañón angosto. Varios disparos de bláster llegaban a donde ellos estaban y hacía que les cayera cascajo de las paredes del cañón; al menos eso impidió que los stormtroopers consiguieran un tiro claro para dispararles.

Después de rodear y llegar a un área menos angosta, Baze y Chirrut se encaminaron hacia ellos. Por un momento Jyn se emocionó porque los cuatro habían logrado reunirse, pero después recordó que su U-wing estaba fuera de servicio. Lo mejor que podían esperar era que Bodhi y K-2SO llegaran a ayudarlos en un último enfrentamiento, hasta que los stormtroopers y los cazas TIE los sobrepasaran.

Jyn se sobresaltó cuando oyó el rugido de una nave al acecho desde el otro lado de la colina. ¿Acaso era un Y-wing que los iba a destrozar, pensando que eran imperiales huyendo? ¿O sería un caza TIE que quería derribarlos por ser intrusos rebeldes?

Jyn pensó que le había llegado la respuesta cuando la nave llegó a la cima y se dio cuenta de que era un navío de carga imperial. Se quedó pasmada y sin aliento, esperando a que abrieran fuego contra ella y los demás.

Efectivamente, abrió fuego, pero los disparos pasaron por encima de ellos y derribaron a los stormtroopers que los estaban persiguiendo.

Luego Jyn vio cómo desde el ventanal de la cabina se asomaron Bodhi en los controles de la nave y K-2SO como copiloto. Le dieron ganas de gritar de alegría, pero se detuvo por miedo a llamar la atención de los otros stormtroopers que venían hacia ellos.

El navío de carga se acomodó hasta quedar junto a ellos. Bajó la rampa y Jyn escuchó que Bodhi les gritaba:

—¡Ya vámonos! ¡Vámonos, vámonos!

Jyn y Cassian abordaron corriendo, Bodhi los recibió adentro. Ansioso por irse, K-2SO empezó el despegue pero Cassian le ordenó que se esperara lo suficiente para que Baze y Chirrut también pudieran abordar. Una vez que todos estaban a bordo y a salvo, Bodhi subió la rampa y se dirigió hacia la cabina de mando.

—¡K-2, todos a bordo! ¡Vámonos!

—Entendido —dijo el droide—. Ya nos vamos.

Bodhi y K-2SO volaron bajo para evitar llamar la atención de imperiales. Zigzaguearon por los cañones, alejándose de la base secreta en la que el padre de Jyn llevó a cabo su trabajo, donde ahora yacía su cuerpo inerte.

Una explosión sacudió la base que ya estaba detrás de ellos y lanzó una bola de fuego hacia la noche tormentosa. Esto indicaba que el escuadrón rebelde había cumplido con su misión.

Bodhi activó una serie de interruptores en el tablero del navío y le dio una serie de instrucciones a K-2SO.

—Propulsores de iones abajo hasta que salgamos de la tormenta.

La cabeza de Jyn todavía daba vueltas a causa del estallido del torpedo que mató a su padre. Al quedarse sentada en la bahía, tratando de recuperar el aliento, empezó a entender lo que acababa de pasar. No estaba feliz al respecto. De hecho, mientras más lo pensaba, más furiosa se ponía.

—Me mentiste.

Los ojos de todos en la nave la voltearon a ver y notaron la rabia justificada que empezaba a acumularse en ella a punto de explotar. La mayoría estaba confundida. Excepto por una persona.

Cassian enfrentó directamente a Jyn con la mirada. Sabía que llegaría el momento en que ella entendería todo y pensó que debería calmar las aguas.

—Estás en shock —dijo, tratando de restarle importancia a su indignación.

—Fuiste allá a matar a mi padre.

Tenía que ser cierto. Por la forma en que él había salido a explorar el área, rehusándose a que ella los acompañara, por la forma en que el escuadrón rebelde había llegado a bombardear la base mientras su padre seguía ahí, en la plataforma de aterrizaje. Creyeron que él había fallado en su trabajo y estaban determinados a resolver el asunto en su lugar.

—No sabes lo que estás diciendo. —Él no podía verla directo a los ojos.

—Niégalo. —Ella lo retó. No estaba respondiendo a sus acusaciones, sólo las desviaba. No dejaría que se saliera con la suya.

—Estás en shock y buscas cómo desahogarte. Lo he visto antes.

Jyn apretó la quijada.

—Estoy segura de que lo has visto. —¿A cuántas personas había matado en nombre de su amada Alianza Rebelde? ¿Por el mentado bien mayor?

Ella miró al resto. K-2SO seguía concentrado en volar la nave, pero Bodhi se volteó. Podía ver en sus ojos que él le daba la razón.

Baze también podía verlo. Incluso el ciego de Chirrut lo sabía.

—*Ellos* saben. Me mentiste sobre por qué vinimos aquí y mentiste sobre por qué subiste tú solo.

Cassian frunció el ceño. En ese momento dejó de fingir que no había ido a matar a Galen. En lugar de eso, prefirió defenderse.

—Tuve muchas oportunidades para jalar del gatillo —dijo—, pero ¿lo hice? —Volteó hacia el resto para ver si alguien se le unía—. *¿Lo hice?*

Todos permanecieron inmóviles. Jyn lo siguió acusando.

—Da igual si lo hubieras hecho. Mi padre era la prueba viviente ¡y tú lo arriesgaste! Lo mataron las bombas de la Alianza.

—¡Yo cumplía órdenes! —dijo Cassian, como si eso explicara todo—. ¡Órdenes que desobedecí! Pero tú no lo entenderías.

Jyn se mofó de él.

—*¿Órdenes?* ¿Cuando sabes que están *equivocados*? Bien podrías ser un stormtrooper.

—¿Y tú qué sabes?

Si bien antes Cassian no parecía arrepentido, ahora estaba furioso. Se le abalanzó, listo para acabar con este pleito de una vez por todas.

—No todos tenemos el lujo de decidir dónde y cuándo queremos que algo nos importe. ¿De pronto la Rebelión es *real* para ti? ¡Algunos de nosotros la vivimos!

»¡He estado luchando en esto desde que tengo seis años! Tú no eres la única que perdió todo. ¡Es sólo que algunos de nosotros decidimos hacer algo al respecto!

Y ahí estaba: el meollo de la contienda entre ellos. Él también había perdido todo de niño, pero había dedicado su vida a la Rebelión gracias a ello.

Ella había sido parte de eso en algún momento, cuando estaba con Saw, pero después de que él la abandonó, decidió desvincularse de la Rebelión. ¿Y a dónde la había llevado eso? Justo ahí, a pelear en contra del Imperio.

—No puedes evadir esto —le dijo ella con una voz muy severa. Odiaba que él tuviera un argumento a favor.

Pero él todavía no había terminado con ella.

—¡No tengo que hacerlo! —le gritó.

Ante tal indignación, Jyn se quedó sentada; parte de lo que él dijo era cierto. Él no mató a su padre; además, volvió para salvarla, en lugar de dejar que se muriera junto con su padre.

Ella no estaba segura de cómo lidiar con la pérdida de su padre y con haberse equivocado respecto a Cassian. Le dio la espalda, con todas las emociones revueltas acumulándose en ella.

Cassian estaba que echaba vapor. Así estuvo unos momentos hasta que se dirigió a K-2SO para gritarle instrucciones.

—¡Yavin 4! Asegúrate de que sepan que venimos en una nave robada.

Luego recorrió a todos con la mirada, desafiándolos a que lo retaran.

—*¿Alguien más?*

Nadie respondió. Ni Bodhi, ni Chirrut, ni Baze.

Ni siquiera Jyn.

# CAPÍTULO 33

**KRENNIC PENSÓ QUE,** de cierta forma, los rebeldes le habían hecho un favor. Él ya había planeado cerrar las instalaciones de Eadu y ellos habían hecho un trabajo formidable para inhabilitarla. De hecho, habían ido y matado a todos los que hubieran podido revelarles cualquiera de los secretos de la Estrella de la Muerte.

Por supuesto, el que los rebeldes supieran sobre Eadu no hacía ver bien a Krennic, eso lo sabía. Seguramente Tarkin no lo vería favorablemente. Krennic confirmó que sus más grandes miedos se habían hecho realidad cuando llegó nuevamente a la Estrella de la Muerte.

La mano derecha del Emperador, Darth Vader, lo mandó llamar. Eso nunca era una buena señal.

Krennic se había reunido con Vader anteriormente y el Lord Sith lo había exasperado. Krennic se consideraba un hombre de ciencia, debido a esto, enseguida descartaba todo lo concerniente a la religión de Vader, la cual se basaba en la tan aclamada Fuerza y otras supersticiones.

Claro que eso no complacía a Vader, y ya que él era el oído del Emperador, tampoco le ayudaba mucho a Krennic. Así que, lo mínimo que Krennic podía hacer era tratar siempre de mostrarse respetuoso con Vader. Eso no era muy difícil, porque, siguiera o no una ridícula religión, Lord Vader claramente era un hombre peligroso.

Los emisarios de Vader le indicaron a Krennic que fuera a la residencia en Mustafar, un planeta prácticamente consumido por la actividad volcánica. Krennic nunca entendió por qué Vader escogería vivir en un lugar tan horrible, especialmente debido a un hecho que Krennic descubrió mientras husmeaba entre archivos de inteligencia imperial buscando información acerca del Lord Sith: Mustafar era el planeta en el que habían herido terriblemente a Vader hacía décadas.

Tales heridas lo obligaban a usar un horrible aparato para que pudiera respirar. Ese respirador hacía un ruido espantoso cada vez que lo que quedaba de aquel hombre intentaba inhalar y exhalar. *Juuuuu-fooo. Juuuuu-fooo.*

Sonaba como si estuviera al borde de la tumba y quisiera jalar a todos junto con él. Cuando Krennic estaba en presencia de Vader, ignorar el ruido consumía casi toda su energía. Cuando Krennic llegó a Mustafar, le ordenó a su piloto que aterrizara junto al monolito de Vader, la torre negra que el Lord Sith llamaba hogar. Dejó a sus death troopers dentro de la nave y entró solo a aquel lugar prohibido.

El ayudante de Vader lo recibió en la puerta y lo dejó pasar a una sala de espera sombría y sofocante, se sentía como dentro de un horno. Dejaron a Krennic esperando a Lord Vader, como si fuera un oficial subalterno sin nada mejor que hacer con su tiempo.

Esto siempre irritaba a Krennic, pero no podía hacer nada. Dada su situación precaria con el Emperador, gracias en gran parte a las intromisiones de Tarkin, no podía darse el lujo de ignorar el llamado de Vader. Sería como rechazar al mismísimo Emperador y eso era lo último que Krennic quería. Así que esperó.

Eventualmente se abrió una puerta al extremo de la sala, lo cual iluminó aquel cuarto sombrío. Krennic oyó al hombre antes de verlo: *Juuuuu-fooo. Juuuuu-fooo.*

Entonces llegó Darth Vader por la puerta, su sombra se veía enorme a lo largo del cuarto. A Krennic le costó trabajo contener el impulso natural de darse la vuelta y huir.

—Director Krennic —dijo Vader con una voz grave y solemne, a través de la máscara negra que ocultaba todos sus rasgos. No se escuchaba complacido.

Krennic recordó no tartamudear.

—Lord Vader.

—Se ve inquieto.

Krennic hizo una mueca ante el comentario. Claro que estaba «inquieto». Prácticamente lo imbuía el pánico, pero no podía decírselo a Vader.

—No —dijo—, solamente presionado por el tiempo. Hay muchas cosas que hacer.

—Le pido disculpas. —El tono de Vader exponía que en realidad no quería disculparse—. No obstante, tiene muchas cosas que explicar.

Krennic se enderezó con altivez.

—Produje el arma que el Emperador solicitó. Merezco una audiencia para asegurarme de que entienda su extraordinario potencial.

Sólo quería que el Emperador se diera cuenta de cuán valiosa era la Estrella de la Muerte y, por ende, cuán valioso era *él*. Con un arma de tal poder y la voluntad de usarla, podrían terminar con la guerra para siempre y traer la paz eterna a la galaxia. El Imperio sería eterno.

Pero Vader no estaba convencido.

—Su potencial para generar problemas ha quedado más que claro. Una ciudad destruida. Instalaciones imperiales siendo atacadas abiertamente.

Esa no era la culpa de Krennic. Todo iba tan bien.

—El Gobernador Tarkin fue quien sugirió la prueba.

El intento de Krennic por culpar a Tarkin no funcionó con Vader.

—No lo convoqué para que se rebajara, Director Krennic.

Le alegraba oír esto, pero si no era para eso, ¿para qué lo habían convocado? ¿Para ejecutarlo?

—No, yo…

—No hay Estrella de la Muerte —pronunció Vader—. Le informamos al Senado que Jedha fue destruida a causa de un desastre minero.

Krennic sabía que tal declaración no sería sustentable ante una inspección más a fondo, pero también que el Imperio probablemente podría asegurar que nadie hiciera tal investigación. ¿Qué otra opción tenía más que estar de acuerdo?

—Sí, señor.

Vader se dio la vuelta para irse.

—Supongo que no descansará hasta que pueda asegurarle al Emperador que Erso no puso el arma en riesgo.

Krennic habló porque no encontró otra forma de evitar un sonoro suspiro de alivio.

—Entonces, sigo… sigo a cargo.

Vader no lo corrigió, así que Krennic se sintió con el valor para continuar.

—Usted le dirá al Emperador acerca de…

La voz de Krennic empezó a fallar; una mano invisible parecía tenerlo del cuello y cortarle el aire. Luchó contra ello, sin saber bien qué hacer, pues no había dedos que quitarse de encima.

Miró a Vader y vio que sostenía una mano hacia él, apretando el aire; entonces entendió lo que estaba sucediendo. De pronto, la fe de este Lord Sith en su antigua religión ya no parecía tan ridícula.

Krennic se preguntaba si aquí acababa todo para él. ¿Acaso Vader sólo había estado jugando con él antes de aniquilarlo?

—Tenga cuidado, director, no vaya a atragantarse con tantas pretensiones.

Luego, Darth Vader bajó la mano y la presión en la garganta de Krennic desapareció tan pronto como había empezado. Se colapsó en el piso, respirando fatigosamente, agradeciendo que al menos todavía podía respirar.

# CAPÍTULO 34

**TRAS SOBREVIVIR** al bombardeo de las fuerzas rebeldes en Eadu, Jyn no podía creer que tenía que soportar al alto consejo de la Alianza debatiendo sobre si debían o no darse por vencidos y dejar que el Imperio tomara control de la galaxia para siempre.

—No tenemos más remedio que rendirnos —dijo el Senador Pamlo de Taris.

A partir de esta declaración todos empezaron a hablar al mismo tiempo, unos a favor, otros en contra.

Jyn no los culpaba por estar asustados; después de todo, había visto cómo destruyeron Jedha. Sabía perfectamente qué tan grande era la amenaza de la Estrella de la Muerte.

Pero ¿rendirse inmediatamente, sin siquiera luchar? A ella le encantaría dejarlos con esa responsabilidad. Desafortunadamente, nadie le iba a dar a Jyn la oportunidad de votar en el asunto.

El Senador Bail Organa de Alderaan declaró en protesta.

—¿En verdad estamos de acuerdo en disolver algo por lo que hemos trabajado tanto?

El Almirante Raddus se le unió. Como nativo de Mon Cala, Raddus tenía la apariencia de un hombre-pez grisáceo.

—No podemos rendirnos así nada más —suplicó.

El Senador Vaspar del sector Taldot estableció un argumento en contra.

—¡Nos unimos a una alianza, no a un pacto suicida!

—Hasta ahora es cuando logramos unir nuestras fuerzas —señaló Organa.

—¿Unir nuestras fuerzas? —se burló el Senador Jebel de Uyter. Cómo osaba decir que las fuerzas no habían alcanzado su máxima potencia—. ¡El General Draven acaba de volar una base imperial!

Después habló el mismo General Draven. Como el líder de la inteligencia rebelde, Jyn supuso que él era responsable de haber ordenado matar a Galen Erso. Entendía por qué habría tomado esa decisión, aunque no creía ser capaz de perdonarlo algún día.

—¡Tenía que tomarse una decisión! —dijo Draven—. Para cuando terminemos de hablar, ¡no quedará nada que defender!

—Si lo que quieren es guerra, pelearán solos —prometió Pamlo.

—Si así van a ser las cosas —dijo Vaspar—, ¿para qué tener una alianza en primer lugar?

Con la misma impaciencia de Draven, Raddus señaló a Jyn.

—Si ella está diciendo la verdad, ¡debemos actuar ya!

Mon Mothma pidió orden.

—¡Consejeros, por favor!

El bullicio cesó, pero la discusión no había terminado.

El General Merrick, un piloto de semblante amable, saltó en medio del relativo silencio.

—Es muy simple. El Imperio tiene los medios para una destrucción masiva. La Rebelión, no.

Jebel trató de negar que ese siquiera fuera el punto de la discusión.

—¿La Estrella de la Muerte…? ¡Esto no tiene sentido!

Eso fue todo lo que Jyn logró soportar. Tal vez no podía votar en el consejo, pero eso no quería decir que no tuviera voz.

—¿Qué motivos tendría mi padre para mentir? —Se levantó y se paró frente a todos, llamando su atención—. ¿Qué beneficio obtendría de hacerlo?

—Atraer a nuestras fuerzas a una batalla final —dijo Draven—. A destruirnos de una vez por todas.

Quizás a la cabeza de la inteligencia rebelde le convenía ser paranoico, pero Jyn sabía que estaba exagerando.

—¿Arriesgar todo? —dijo Vaspar, igualmente escéptico—. ¿Basándonos en qué? El testimonio de una criminal. Las palabras de su padre, ¡un científico imperial!, en agonía.

—No olviden al piloto imperial —contrargumentó Jebel. A Jyn le maravilló su habilidad para argumentar en ambos bandos.

Bodhi estaba de pie a un lado de los ahí reunidos. No mostraba ningún interés en llamar la atención, mucho menos en argumentar que el consejo lo debería de tomar en serio. Jyn no podía creer el nivel de desconfianza que le tenían. Sólo porque ella había sido una criminal no quería decir que mentiría sobre algo tan importante.

—¡Mi padre dio su vida para que tuviéramos una oportunidad de destruir esto!

—¡Eso es lo que tú dices! —dijo el General Dodonna.

—Si el Imperio tiene esta clase de poder, ¿con qué oportunidades nos deja? —protestó Pamlo.

Jyn había tenido suficiente.

—*¿Con qué oportunidades nos deja?* La pregunta es ¿qué elección? ¿Huir? ¿Esconderse? ¿Suplicar piedad? *¿Disolver sus fuerzas?*

Su tono no dejó espacio para que nadie más discutiera cuán absurdas creía que eran esas opciones. Nadie la interrumpió, así que se fue un paso más lejos.

—Si le dejan el campo abierto a un enemigo tan perverso, con tanto poder, van a condenar a la galaxia a una sumisión eterna. ¡El tiempo de pelear es ahora! ¡Cada momento que desperdician es un paso más cerca de las cenizas de Jedha!

Alguien en la parte de atrás gritó:

—¿Qué es lo que propone?

Otra voz respondió:

—¡Dejen que hable!

Jyn tomó el comentario como permiso para continuar. Tampoco era como si lo estuviera esperando.

—Manden a sus mejores tropas a Scarif. Manden a la flota rebelde si es necesario. Nuestra única esperanza de destruir la Estrella de la Muerte es consiguiendo los planos.

Pamlo negó con la cabeza.

—Nos estás pidiendo invadir una instalación imperial basándonos tan sólo en una esperanza.

Vaspar no estaba de acuerdo.

—No hay esperanza.

—¡Yo digo que peleemos! —dijo Raddus. La admiración que Jyn sentía por el mon calamari se multiplicó, pero ¿su apoyo sería suficiente?

Aparentemente, no para Jebel.

—¡Y yo digo que la Rebelión se terminó!

Jyn miró a Mon Mothma para pedir su apoyo, para que hubiera algún tipo de resolución. En lugar de ello, vio que la extraordinaria mujer se daba por vencida.

—Lo siento, Jyn —dijo—. Sin el apoyo total del consejo, las probabilidades son demasiado riesgosas.

Jyn se le quedó viendo con desconcierto; luego recorrió con la mirada al resto del consejo, quienes estaban de acuerdo con ella, por muy decepcionante que fuera. Indignada con ellos y con la Rebelión entera, giró sobre sus talones y salió bruscamente de la sala, dejándolos a todos a que se pudrieran.

# CAPÍTULO 35

**JYN SALIÓ** de la sala de conferencias, Bodhi la siguió a su paso. Se abrieron camino de ahí hasta el hangar, donde encontraron a Chirrut y a Baze esperándolos.

—No te ves feliz —dijo Baze.

No tenía ni idea. De hecho, en el camino desde que dejó la sala del consejo, ella había tratado de calmarse un poco.

—Prefieren rendirse —dijo Jyn, mirando hacia atrás, de donde salieron.

—¿Y tú?

—Ella quiere pelear —dijo Chirrut.

—Yo también —dijo Bodhi—. Todos queremos.

Chirrut sopesó esto.

—Se siente una intensidad en la Fuerza.

Jyn miró a los demás y en verdad consideró tomarlos en serio. Sería una locura, ¿cierto?

—No creo que nosotros cuatro seamos suficientes.

Baze le asintió a Bodhi.

—¿Cuántos necesitamos?

—¿De qué estás hablando? —Ya había contado a Bodhi, y el piloto imperial no tenía amigos en la base rebelde, desertor o no.

Baze señaló detrás de ella. Cuando se volteó para ver qué había, vio a más de una docena de soldados aparecer de las sombras más oscuras del hangar.

Era el grupo con la apariencia más ruda que Jyn jamás había visto. Y eso que ella había pasado tiempo en los peores tugurios donde deambulaban la escoria y la malevolencia de la galaxia. Uno del grupo era el sargento que había encabezado el equipo de su rescate de la prisión. Vestía el uniforme de los soldados de operaciones especiales, como la mayor parte de los demás.

Cassian estaba al frente, con K-2SO justo detrás.

—Ellos nunca te iban a creer —le dijo a Jyn.

Ella le devolvió una mirada reticente.

—Sí, claro. Gracias por el apoyo.

—Pero yo te apoyo.

Ella entrecerró los ojos para digerir la idea.

—Yo te creo —dijo él—. Nos gustaría ayudarte. Al menos algunos de nosotros. —Miró a los demás—. *La mayoría* de nosotros hemos hecho cosas horribles en nombre de la Rebelión. Espías. Saboteadores. Asesinos.

Jyn recorrió con la mirada los rostros que se ofrecían de voluntarios. Casi todos ellos eran humanos, excepto K-2SO y un alienígena llamado Pao, un drabatan de Pipada. Criado como humano, tenía la cara y la piel de una lagartija deshidratada. Pero no importaba de dónde provenían, todos se veían dispuestos a pelear.

—Todo lo que hice lo hice por la Rebelión —explicó Cassian—. Y cada vez que terminaba algo, quería olvidar. Me dije que todo era por una causa en la que creía. Una causa que valía la pena.

Los soldados detrás de Cassian asintieron para demostrar que sentían lo mismo.

—Sin eso, estamos perdidos. Todo lo que hayamos hecho habrá sido en balde. No podría lidiar conmigo mismo si me doy por vencido ahora. Nadie de nosotros podría.

Jyn no sabía qué decir. El que Cassian, de entre todas las personas, estuviera dispuesto a poner su fe en ella, al igual que los otros soldados, la halagaba. Nunca había tenido a tanta gente dispuesta a arriesgar sus vidas sólo porque creían en ella.

Creían *en* ella.

Pero el alto mando de la Alianza ya había dicho que no a su petición de actuar. ¿Cómo podrían lograr algo sin el apoyo de la Alianza? ¿Sin sus armas? ¿Sus naves?

—No vamos a estar cómodos —le dijo Bodhi.

Ella arrugó la frente, confundida por lo que quería decir con eso.

—Vamos a estar un poco apretujados, pero todos cabremos. Sí podemos ir.

Se refería al navío de carga imperial. El que habían robado. El que fácilmente podrían volver a robar.

Cassian no era de los que dudaban ante una oportunidad, aunque fuera una tan mínima como esta.

—Bien —les dijo a los otros, que estaban alineados, dispuestos a seguirlo—. Tomen su equipo. Agarren todo lo que no esté registrado.

Dudaron un momento antes de empezar a moverse. Él ondeó las manos para espabilarlos.

—¡Ahora, vamos!

Jyn sonrió, algo que no pensó que haría en ese día. Se maravilló con los soldados y con lo pronto que habían decidido alzarse y seguir luchando, sin importar las probabilidades de éxito. Fue entonces cuando entendió lo que habían estado haciendo durante todo ese tiempo. Para ellos era algo natural.

K-2SO, que ya tenía todo lo necesario, le habló mientras los soldados se dispersaban.

—Jyn, estaré ahí contigo —le dijo—. Cassian dijo que tenía que hacerlo.

Ella sólo sacudió la cabeza ante el comentario. Y no porque el robot hubiera sido brutalmente honesto, pues ya estaba acostumbrada, sino por la forma en que Cassian había convocado a los demás para apoyarla.

—No estoy acostumbrada a que la gente me apoye cuando las cosas se ponen graves —le dijo a Cassian.

Él le respondió alzando casualmente los hombros y sonriendo amablemente, como si no fuera para tanto.

—Bienvenida a casa.

A Jyn le pareció un comentario extraño, pero cuando se dio cuenta de que otra vez estaba sonriendo, entendió cuán adecuadas eran las palabras de Cassian. Había pasado

mucho tiempo desde que sintió que pertenecía a algún lado. La muerte de su padre la había conducido a este nuevo hogar.

Ahora, esta tripulación, esta gente era más su hogar que cualquier otro lugar desde que Saw la abandonó. A pesar de cuán desquiciada pareciera la misión que los había unido, ella había descubierto que la entusiasmaba.

# CAPÍTULO 36

**JYN Y CASSIAN** se encaminaron hacia el navío de carga imperial y se dieron cuenta de que la bahía estaba abarrotada. Los demás ya estaban ahí, todos los que Cassian había traído antes, y unos cuantos más.

Eso incluía a Chirrut y Baze, quienes se veían como si se hubieran quedado sentados en la nave durante todo este tiempo. Mientras Jyn se asomaba por el ventanal de la nave, Bodhi se ajustaba en el asiento del piloto y K-2SO, de nuevo en el del copiloto.

Antes de que se sentara, Jyn estudió al equipo vario pinto que acababa de formarse, el equipo con el que pretendía tomar una instalación imperial para salvar a la galaxia. Dijo lo único que le pareció adecuado.

—Que la Fuerza nos acompañe.

Una vez que todos se acomodaron, Bodhi empezó a pasar la lista del prevuelo. Mientras se preparaba, alguien de la base rebelde hablaba por el comm.

—Navío de carga, solicitamos su retroceso.

Eso no se oía nada bien. Nadie en la nave dijo nada, confiaban en que Bodhi se encargaría. Él sólo siguió trabajando para alistar la nave para el despegue.

—Acuse recibo, por favor. Solicitud denegada. *No tiene autorización para despegar.*

Bodhi hizo una mueca y se armó de valor para responder.

—Sí, sí lo estamos. Afirmativo. —Dudó por un momento—. Solicitando una revisión.

Más que esperar una respuesta, Bodhi encendió los motores de la nave. Los demás, incluyendo a Jyn, ajustaron sus cinturones. O iba a ser un viaje muy corto o un despegue muy rápido.

—No encuentro esta… solicitud… —dijo la persona del otro lado del comm—. ¿Cuál es su nombre clave?

Bodhi miró alrededor, presa del pánico. No tenía idea de qué decir.

—Sí, bueno, lo tenemos. Es… este… este…

Bodhi miró a Jyn, pero ella sólo alzó los hombros. Entonces dijo lo primero que le vino a la mente.

—¡Rogue! *Rogue One*.

—No hay ningún Rogue One —respondió la persona en el comm.

—Ahora lo hay —dijo K-2SO.

Bodhi aceleró los motores y lanzó la nave al aire.

—Rogue One despegando —dijo.

Un instante después, se habían ido.

# CAPÍTULO 37

**LA MAYORÍA** de los consejeros ya había salido de la sala de conferencias. Algunos se habían ido a ventilar su furia a causa de la decisión del consejo. Otros estaban empacando sus cosas para irse a casa y darle a su gente la mala noticia. Bail Organa seguía sentado ahí, sin saber qué hacer. Qué *podía* hacer. Había hecho todo lo posible para disuadir al consejo, para forzarlos a razonar, pero no había servido de nada.

Creyó que la noticia que Jyn Erso y Cassian Andor habían traído de Jedha provocaría que los demás se envalentonaran. En lugar de ello, sólo generó disputas, divisiones entre los que dudaban si debían confiar en una joven con un pasado tan accidentado.

No importaba que el Capitán Andor, uno de los mejores agentes en la Rebelión, le hubiera dado su voto de confianza. No importaba que todo lo que ella reveló sonara cierto. Había algunos que simplemente no querían admitir que ella pudiera tener razón.

Aunque lo peor era que los que creían su historia pensaban que lo mejor era rendirse. Bail comprendía el escepticismo de algunos compañeros consejeros con respecto a la historia de Jyn, pero no tenía el estómago para soportar la cobardía de los otros.

Se quedó sentado, pensativo, hasta que Mon Mothma se le acercó. Como líder del consejo, tenía que lidiar con muchas cosas debido a esta dispersión del consejo, pero al parecer había terminado con sus deberes. Ahora podían hablar en privado, de forma abierta y sincera.

—Digan lo que digan, la guerra es inevitable —dijo.

Bail frunció el ceño. Qué manera tan deprimente de iniciar una conversación. Aunque, tenía que admitir que él también había llegado a esa conclusión mucho antes.

—Coincido —dijo él—. Debo regresar a Alderaan para informarle a la gente que no habrá paz.

Él sacudió la cabeza. Habían trabajado tan arduamente para evitar esto, para encontrar la forma de destituir al Emperador sin causar una devastación en la República que él conservó. Ahora todo indicaba que habían fallado. Y de la peor manera.

—Necesitaremos la mayor ventaja posible —dijo él.

Mon Mothma entendió a qué se refería. Si el alto consejo no se ponía de acuerdo para apoyarlos, tendrían que hacer lo más posible sin el apoyo oficial.

Claro, eso implicaba mayor riesgo, pero ¿qué otra opción tenían?

Mon Mothma echó un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie los estaba escuchando.

—Tu amigo —susurró—. El jedi.

Estaba en la misma sintonía que él. Obi-Wan Kenobi había sido un amigo fiel antes de convertirse en uno de los fugitivos más buscados de la galaxia. Bail no quería molestar a este hombre, pero la situación ya se había vuelto desesperante hasta ese grado.

—Fue muy eficiente durante las Guerras de los Clones y desde que el Emperador hizo sus purgas ha estado viviendo escondido. Sí, voy a enviar por él.

¿Kenobi respondería al llamado? ¿Después de tantos años, quizá décadas, de vivir solo, le importaría el destino de la República lo suficiente?

Tal vez. Si finalmente hubiera una oportunidad de detener al Imperio. Tal vez sí.

—Debes recurrir a alguien de confianza —dijo Mon Mothma.

Como siempre, tenía razón. Bail no podía enviar a cualquiera a sacar a Kenobi de su exilio. Tendría que ser alguien fuerte, capaz, firmemente comprometido con la Rebelión.

Sólo podía pensar en una persona. Si fuera posible, escogería a alguien más, pero tenía que ser ella. Bail se levantó y le asintió a Mon Mothma otra vez.

—A ella le confiaría mi propia vida.

# CAPÍTULO 38

**BODHI DETESTABA MENTIR**. Simplemente no era bueno para eso. Esa fue una de las razones por las que el interrogatorio de Saw Gerrera le resultó tan irrisorio. No habría sido capaz de formular una serie de mentiras al momento aun si su vida dependiera de ello.

No había tenido la necesidad de mentir cuando abandonó su puesto para desertar por la Rebelión en Jedha. Sólo había tomado un pequeño descanso ahí. Luego fue a buscar a Saw. El recuerdo de la destrucción de Ciudad Jedha todavía le daba náuseas. Toda la gente que había conocido donde se crio. Todos estaban muertos. El Imperio los había asesinado.

Traicionar al Imperio había sido lo correcto, pero ahora las únicas personas en las que podía confiar estaban ahí mismo, con él, en la nave robada. Ahora ellos dependían de que él mintiera por ellos.

Si no, nunca podrían ir a Scarif y su misión de encontrar los planos de la Estrella de la Muerte terminaría de forma prematura y fatal.

Mientras volaba la nave hacia Scarif, Bodhi ensayaba las mentiras que ya había formulado en su cabeza. Dudaba si debería pedirle a Chirrut que hiciera plegarias en su nombre para que la Fuerza lo impulsara, pero ya era demasiado tarde. No estaba seguro de que las mentiras fueran eficientes, pero tendrían que serlo.

—Okey —le dijo a los demás en la cabina de mando—. Vamos a entrar. Hay un escudo de defensa del diámetro del planeta con una sola entrada. Esta nave debe estar equipada con un código de acceso que nos permita atravesarlo.

—Siempre y cuando el Imperio no lo haya registrado como caducado —dijo K-2SO.

A Bodhi le dieron ganas de darle un sopapo al droide, pero sabía que sólo se lastimaría la mano.

—¿Y si lo dieron de baja? —preguntó Jyn.

Bodhi alzó los hombros.

—Entonces cierran el portal y todos nos congelaremos hasta morir en el frío y oscuro vacío del espacio.

—Yo no —dijo K-2SO—, yo puedo sobrevivir en el espacio.

Bodhi seguía con las ganas…

Cuando se fueron acercando a la entrada, Bodhi vio muchas otras naves y navíos de carga atravesando el portal. Con un poco de suerte, entrarían sin problema.

Sin embargo, había un par de destructores estelares vigilando el portal. Eso era una novedad. Aun así, no tenían mucha opción. ¿Qué diferencia haría que los matara una nave grande o una pequeña?

—Okey, esto es bueno —dijo Bodhi, tratando de racionalizar un poco de optimismo—. Generalmente no hay tanto movimiento aquí. Creo que esto es bueno.

Tal vez los vigilantes de la entrada ni siquiera los notarían. ¿Un hombre tiene derecho a un poco de esperanza, cierto?

—Muy bien. Aquí vamos.

Inclinó la nave hacia la entrada. Mientras maniobraba, encendió el comm para hablar con el vigilante.

—Navío de carga SW-0608 solicita plataforma de aterrizaje.

Después de una breve pausa, les dieron respuesta.

—Navío de carga SW-0608, no está en la lista de llegadas programadas.

Bodhi pudo sentir cómo todos en la nave se tensaron. Él trató de eludir sus preocupaciones. Como piloto de carga imperial había visto este tipo de confusiones todo el tiempo. Incluso genuinas.

—Entendido, control de entrada. Nos cambiaron de ruta desde la estación de Eadu. Transmitiendo código de autorización.

Eso no era mentira del todo. La nave había estado en Eadu y habían cambiado de ruta ellos mismos, al robarla.

Ahora bien, sólo faltaba que el código siguiera funcionando. K-2SO activó el interruptor.

—Transmitiendo.

Luego tuvieron que esperar para saber cuál sería su destino. ¿Los dejarían pasar o los volarían en átomos?

La espera fue eterna. Bodhi miró hacia atrás y vio que Jyn sostenía al cristal kyber de su collar como si fuera un amuleto de buena suerte. Chirrut estaba demasiado lejos para que Bodhi pudiera ver si estaba rezando. Aunque, de cualquier forma, él aceptaría toda la ayuda que le brindaran.

Para cuando el control de entrada habló, Bodhi se preguntaba si de alguna manera podría eludir el inevitable ataque el tiempo suficiente para poder hacer el salto al hiperespacio.

—Navío de carga SW-0608 —dijo finalmente la voz—. Tiene autorización para entrar.

Bodhi emitió un largo suspiro de alivio. No se convertirían en polvo espacial, al menos durante un rato más.

Jyn le sonrió.

—Se lo diré a los demás.

Bodhi voló a través de la entrada y más abajo vio el complejo que emergía de entre un archipiélago de docenas de islas tropicales. En otras circunstancias, Scarif podría ser un lugar maravilloso para vacacionar, pero la presencia del archivo de información imperial hacía toda la diferencia.

El complejo se extendía a partir de una torre gris acero llamada Ciudadela, que sobresalía desde la isla principal. Había veinticinco pistas de aterrizaje en las islas cercanas, acomodadas en círculo; un sistema de tren-speeder conectaba todas las pistas entre sí.

—SW-0608 autorizado para aterrizar en la pista nueve —dijo control de entrada—. Acuse recibo.

Bodhi contestó a la usanza.

—SW-0608 avanzando a L-P9 según instrucciones.

Hasta ahora todo iba según el plan.

—¿Qué es ese edificio principal? —preguntó Cassian.

—Es la Torre Ciudadela. Si los planos están aquí, seguro están en la torre.

—¿Y para qué sirve la antena parabólica en la punta? —Cassian apuntó hacia la torre.

—Es la torre de comunicaciones. Toda información que entra o sale de esta base pasa por esa antena.

K-2SO interrumpió.

—Activando alineación de aterrizaje.

Bodhi se concentró en lo que tenía que hacer y preparó la nave para aterrizar con suavidad.

—Alineación de aterrizaje fija.

—¿Seguridad? —pregunto Cassian, llamando la atención de Bodhi de nuevo.

Bodhi negó con la cabeza.

—No lo sé. He transportado mercancía veinte veces dentro y fuera de aquí. Nunca me dejan en la pista de aterrizaje. La seguridad es estricta.

Al encaminar al navío en la pista nueve, Bodhi se preguntaba si, después de todo, lo mejor habría sido que el código de autorización no hubiera funcionado.

# CAPÍTULO 39

**JYN CONTEMPLÓ LA VISTA,** al igual que la gente que decidió unírsele, incluyendo a Cassian, Baze y Chirrut, en el descabellado intento de ponerle fin a la Estrella de la Muerte y los planes del Imperio de usarla. Entre todos eran más de dos docenas, encumbrados en la bahía de la nave con ella (además de Bodhi y K-2SO en la cabina de mando), listos para arriesgar sus vidas porque creían en lo que ella le había dicho al alto mando de la Alianza sobre el mensaje de su padre. No, no, borren eso. Estaban ahí porque creían en la Rebelión.

—Vamos a aterrizar —le dijo Cassian a Jyn cuando ella se acercó a la cabina—. ¡Aquí vamos! —avisó a los demás.

Miró a Jyn, quien se dio cuenta de que esperaba que dijera algo. Ella nunca había sido una buena oradora. Nunca había estado tan apasionada sobre algo para querer hablar.

Hasta ahora.

Miró a la gente directamente y habló.

—Saw Gerrera solía decir: «Un solo guerrero con un palo bien afilado y nada que perder puede ganar la contienda». —Tragó saliva al recordar al hombre que la crio durante un periodo de su vida y que ahora ya no estaba.

»No tienen idea de que estamos aquí. No hay señales para que nos esperen. Si logramos pisar tierra, tomaremos la siguiente oportunidad. Y la siguiente después de esa. Y así, hasta que ganemos o se nos acaben las oportunidades.

»Los planos de la Estrella de la Muerte están ahí abajo. Cassian, K-2 y yo los vamos a *encontrar*. Vamos a encontrar una manera de conseguirlos.

Miró a Cassian para que él se encargara del resto; quizás ella era la chispa que lograba encender el fuego, pero no era comandante.

Cassian gritó sus órdenes.

—Melshi, Pao, Baze, Chirrut, ustedes tomarán al escuadrón principal, diríjanse al este, aléjense lo más que puedan de la nave. Encuentren una posición entre aquí y la torre.

»Una vez que encuentren el mejor sitio, vuelen el lugar. Hagan que diez hombres se sientan como si fueran cien. Y alejen a esos troopers de nosotros.

—¿Qué debo hacer yo? —preguntó Bodhi desde la cabina de mando.

—Mantén el motor encendido —dijo Cassian—. Tú eres nuestra única salida de aquí.

Jyn asintió para agradecerle a Cassian, y él respondió de igual forma. Estaban a punto de triunfar o morir juntos. Pasara lo que pasara, tenían que prepararse.

Al aterrizar, Jyn trepó hacia la cabina de mando para asomarse por el ventanal. Avistó a cuatro personas acercándose en su dirección: un oficial imperial, dos stormtroopers y un guardia.

Un guardia hablaba por el comm de la nave.

—Navío de carga SW-0608, prepárese para recibir una brigada de inspección.

Jyn se arrastró hacia adentro de la bahía y vio que los demás ya habían desocupado la sección de pasajeros; estaban metidos debajo, en el área de carga. Se deslizó por la escotilla para unirse.

—¿Listos?

Todos asintieron en respuesta. Baze tomó el lugar más cerca de la escotilla y esperó.

Ella oyó cómo la rampa de la nave descendía y la brigada de inspección entraba. Bodhi salió a recibirlos.

—Hola —dijo el oficial inspector.

—¡Qué tal! —Bodhi trataba de actuar casual, pero Jyn podía escuchar que le temblaba la voz—. Seguramente está buscando un manifiesto.

—Sí, eso sería de ayuda —dijo el oficial inspector, con gran tono sarcástico.

—Lo tengo aquí abajo. —Bodhi señaló la escotilla.

Cuando la abrieron, Baze apuntó su rifle hacia la brigada de inspección. Al mismo tiempo, Bodhi sacó su bláster. Una vez que vieron cuántos soldados estaban ahí para matarlos, se rindieron.

Los rebeldes les quitaron la ropa a los inspectores y los ataron. Mientras Jyn y Cassian se ponían los uniformes robados por encima de sus ropas, los prisioneros fueron llevados a la bahía de carga, donde los dejaron ocultos. Entretanto, Bodhi regresó a los controles de la nave.

Cuando Jyn salió con su nuevo traje, Baze le dio una palmada en el brazo.

—Buena suerte, hermanita.

Ella sólo pudo sonreír, agradeciendo la esperanza que ese gesto le daba ante las mínimas probabilidades que enfrentaban.

Arriba, Bodhi se asomaba por la ventana para ver si nadie estaba viendo el navío de carga. Luego le gritó a la gente de la bahía.

—¡Ahora! ¡Vamos! ¡No hay nadie!

La mayoría de los rebeldes se salieron de la nave. Cinco de ellos se quedaron con Bodhi.

En cuanto la mayor parte del grupo se fue, Jyn, Cassian y K-2SO marcharon fuera de la nave en plena luz del día. Cualquiera que los hubiera visto pensaría que eran una brigada de inspección imperial alejándose del navío de carga, tras haber hecho su trabajo.

Hasta ahora, todo parecía estar funcionando.

Jyn sólo podía pensar en lo que Baze le había dicho. ¿Suerte? La iban a necesitar.

# CAPÍTULO 40

**PARA ORSON KRENNIC**, lo mejor de Scarif era que no era Mustafar. Este mundo acuático con archipiélagos de islas tropicales simplemente no era una bola caliente de actividad volcánica; gracias a eso pudo alejarse del alcance de Darth Vader y sus horribles poderes con la Fuerza.

Desafortunadamente, eso no mantuvo a Krennic fuera de la influencia del Lord Sith. A insistencia de Vader, fue a Scarif para asegurarse por completo de que ni Galen Erso ni nadie más hubieran hecho algo para arriesgar a la Estrella de la Muerte. Para lograrlo, tenía que realizar una investigación profunda en los planos de Galen.

Krennic habría ido a Eadu a investigar el laboratorio de Galen en aquellas instalaciones de investigación, pero los rebeldes la habían destruido por completo. Krennic les reconocía aquello. Eran buenos para destruir las cosas.

Sólo porque las instalaciones en Eadu habían sido reducidas a polvo no quería decir que Krennic se había quedado sin opciones para investigar. Mucha de la información de Galen estaba respaldada y resguardada en la bóveda de Scarif, junto con la información de innumerables científicos e ingenieros que habían trabajado en el proyecto a lo largo de los años. Si había problemas con la Estrella de la Muerte, Krennic los encontraría aquí.

Por eso había ido en su nave, completamente sin anunciarse. Al no tener clara la razón de su visita, los oficiales tenían mucho cuidado alrededor de él, pues además parecía estar furioso. La mayoría de ellos lo evitaban si tenían la oportunidad.

Aunque, no todos se podían dar el lujo.

Krennic y sus death troopers llegaron abruptamente al centro de mando de la Ciudadela. Así, quien viera su escolta indiscutiblemente recordaría no sólo su rango, sino su poder. Quizás él tenía que responder ante Darth Vader, el Gran Moff Tarkin e incluso ante el Emperador mismo, pero más valía que el resto del Imperio temblara de miedo al toparse con él.

El General Ramda, el hombre a cargo de la guarnición de Scarif, lo recibió personalmente en cuanto entró al salón. Por su actitud confiada, Krennic supuso que no tenía ni idea de la carga de trabajo que él estaba a punto de imponerle a su gente.

—Director —dijo Ramda—. ¿Qué lo trae a Scarif?

Krennic se ahorró las cordialidades. Por lo general no desperdiciaba su tiempo en ello, menos ahora.

—Galen Erso. Quiero inspeccionar cada envío, cada transmisión que haya enviado.

Ramda logró no alterarse, pero claramente algunos oficiales en el salón se sobresaltaron ante tal orden. Eso significaría separar información compilada durante más de una década.

—¿Todos los envíos?

Era natural que Ramda quisiera asegurarse de que había escuchado bien a Krennic. Tal vez la pregunta era una silenciosa petición de piedad. Si así era, se topó con pared.

—Sí. —Krennic habló en un tono lo suficientemente grave para cortar con toda objeción—. *Todos* los envíos. Más vale que empiecen ya.

# CAPÍTULO 41

**CASSIAN, JYN Y K-2SO** caminaron a paso largo para alcanzar el tren-speeder y se subieron a él. El guardia de pie en la puerta del vagón apenas si los miró. En algún lugar, afuera en la isla, el equipo que Baze y Chirrut lideraban desapareció entre la selva, mientras las puertas se cerraban detrás de Cassian.

Jyn lo miró nerviosa. Todavía tenían un largo trecho por andar; quién sabe qué tantos tropiezos estarían por enfrentar.

K-2SO rompió el silencio.

—Tengo un mal presentimiento sobre…

—¡K-2! —dijo Cassian, regañando al droide. Él mismo había reprogramado al droide, pero aún no resolvía cómo evitar que fuera tan directo.

Jyn le frunció el ceño a la máquina y susurró:

—Silencio.

—¿Qué? —dijo K-2SO, más despistado que nunca.

El tren-speeder los llevó directamente a la Torre Ciudadela, que se alzaba en la distancia, hasta que pasaron por debajo de ella. Cuando el tren bajaba la velocidad para detenerse en la estación, Cassian comentó:

—Necesitamos un mapa. —De otro modo se perderían y acabarían dando vueltas hasta que alguien les disparara.

—Seguramente por ahí debe haber uno —dijo K-2SO—. Cassian nunca lograba discernir si el droide era sarcástico o no.

—Sabes lo que tienes que hacer.

Al droide no le gustaba escuchar esto, pero Cassian no le preguntó. Los guio hasta otro droide de seguridad imperial parado en una esquina al que casualmente nadie le estaba poniendo atención. Cuando la máquina les dijo algo, K-2SO se estiró y lo deshabilitó, silenciosa y eficientemente.

«A veces, ser directo resultaba útil», pensó Cassian.

Cassian y Jyn se voltearon. A su espalda tenían el altercado entre los droides, así bloqueaban la vista de cualquier curioso. Mientras, K-2SO derribaba al droide hermano y se conectaba a su puerto de información en la parte de atrás de la cabeza. Así empezó a extraer información de la máquina tumbada.

Cuando terminó, K-2SO dio la vuelta; parecía un poco mareado, como aturdido por todo lo que había tenido que absorber.

—¿K-2? —preguntó Cassian, un tanto preocupado.

El droide se sacudió los efectos del proceso.

—Nuestra ruta óptima a la bóveda de información señala únicamente ochenta y nueve stormtroopers en el camino. Avanzaremos un tercio antes de que nos maten.

Eso no serviría de mucho. Necesitarían ayuda.

Cassian sacó su comm y habló quedamente.

—Melshi. Dime cómo vas.

Un momento después, el sargento rebelde respondió.

—Estamos listos. En espera de tu señal.

Cassian miró a Jyn buscando su confirmación, quería asegurarse de que estaba lista. Ella asintió.

—Vuelen el lugar —dijo Cassian en el comm.

Desde el momento en que desaparecieron en la selva, el equipo de Melshi había colocado explosivos por todo el complejo. A la señal de Cassian, Melshi los detonó.

Los rebeldes habían estado ocupados. Los estallidos empezaron por todas direcciones. Enseguida sonaron las alarmas y todos en la torre fueron alertados.

Una patrulla masiva de stormtroopers avanzó a la carga por el pasillo, directamente hacia Cassian, Jyn y K-2SO. Todos tenían sus rifles listos para la acometida, por lo que Cassian no pudo evitar contener el aliento conforme se acercaban a él.

Sin embargo, un momento después su paciencia se vio recompensada cuando se pasaron de largo. Iban hacia el vestíbulo detrás de Cassian, desde donde podrían salir a la playa y encararse con los atacantes.

Cassian y Jyn no tuvieron que esperar mucho para que los rebeldes abrieran fuego contra los stormtroopers y los fueran derribando uno por uno.

# CAPÍTULO 42

**A MUCHOS AÑOS LUZ,** el gran Moff Tarkin contemplaba la vista en la sala de mando de la Estrella de la Muerte. Mientras que Orson Krennic sentía que él era el hombre que había dado vida a la Estrella de la Muerte, Tarkin era quien había maquinado la visión de una estación de combate en primer lugar. Él pretendía no sólo acreditarse el proyecto ante el Emperador, también sería quien le diera uso.

Tarkin se aseguró de ello desde el principio. Krennic era el adecuado para arrancar el proyecto y hacer que la Estrella de la Muerte operara, a pesar de su falta de precaución con respecto a la seguridad. Pero el Emperador nunca pondría un arma tan poderosa en las manos de un hombre con ambiciones tan limitadas.

Krennic sólo quería *construir* un arma genial, pero realmente no quería *usarla*.

Pero ¿de qué sirve el poder si no lo ejerces?

La única pregunta era ¿contra qué podía usar Tarkin la Estrella de la Muerte? ¿Qué demostraría de la mejor forma su asombroso poder?

Entonces entró el General Romodi e interrumpió su hilo de pensamientos.

—¿Señor? —dijo Romodi—. ¡Nos informan de una incursión rebelde en la base de Scarif!

Eso resultaba extraño. Scarif estaba bien protegida. ¿Por qué los rebeldes se arriesgarían a que los destruyeran atacando Scarif?

—Quiero hablar con el Director Krennic. —Si bien el hombre no tenía tanta ambición de poder, sus observaciones en el asunto serían de utilidad.

—Él está *ahí*, señor. En Scarif.

Tarkin arqueó las cejas mientras digería la noticia.

Algo había llevado a Krennic a Scarif. Eso no era coincidencia.

—Los planos originales de esta estación están ahí, ¿cierto? —preguntó.

—Así es.

Tarkin frunció el ceño. Claramente Krennic había sido más descuidado con respecto a la seguridad de la estación de combate de lo que Tarkin sospechó. Ahora se veía forzado a cauterizar el problema y terminar con esto cuanto antes.

Le asintió a Romodi.

—Preparen el salto al hiperespacio e informen a Lord Vader.

Tarkin confiaba en que él podría lidiar con esta situación solo, con el poder de la Estrella de la Muerte a la mano. Sin embargo, tener a Darth Vader cerca para que atestiguara su nuevo descubrimiento quizá le diera indicios al Lord Sith de quién estaba realmente a cargo.

Mientras Romodi se iba corriendo, Tarkin se permitió una leve sonrisa. Tal vez esto no estaba resultando tan mal para él después de todo.

# CAPÍTULO 43

**UN CABO A CARGO DEL COMM** se apresuraba a lo largo del abarrotado hangar del cuartel principal rebelde en Yavin 4. Acababa de recibir una noticia de lo más asombrosa y tenía que avisar al alto consejo (o al menos a lo que quedaba de él en esta luna verde) cuanto antes.

Vio a Mon Mothma de pie en un extremo del área de mando y la llamó gritando:

—¡Senadora! ¡Senadora!

Mon Mothma se sobresaltó un poco, pues ya no era oficialmente una senadora. El Emperador la había despojado del título cuando ella lo condenó públicamente, y se había visto forzada a vivir en exilio. Aun así, sus conciudadanos (no el Emperador) la habían elegido para ocupar ese puesto, así que en su mente el título seguía siendo suyo.

Se volteó al oír la voz del cabo y se dispuso a hablar con él. Sin embargo, antes de que él la alcanzara, el General Draven y el General Merrick lo interceptaron. De hecho, Merrick lo agarró del uniforme y le gritó en la cara.

—¡Alto ahí, cabo! —dijo el general con voz resonante.

Mon Mothma no iba a dejar que Merrick se interpusiera entre ella y las noticias del cabo. Se apresuró hacia él gritando.

—¡Déjenlo hablar!

El cabo ignoró los gruñidos del general; le habían dicho que se reportara con Mon Mothma y nadie se lo impediría, por muy general que fuera.

—Una transmisión imperial interceptada, señora —dijo—. Hay rebeldes en Scarif.

A Mon Mothma se le cayó la quijada, pero enseguida disimuló. ¿Quién habría pensado que este momento llegaría tan pronto? Lo había estado esperando, claro, pero pensó que no sabría de ello hasta que Cassian y Jyn regresaran triunfantes, o bien le informaran de sus muertes.

—Debo hablar con el Almirante Raddus —le dijo al cabo.

El experto en guerra mon calamari sabría qué hacer.

¿Cómo debían responder? ¿Cuántas naves tenían alistadas? ¿Qué tan rápido podían llegar allá? Y lo más importante, ¿valía la pena arriesgarse?

El cabo negó con la cabeza.

—Él regresó a su nave. ¡Se fue a pelear!

Draven y Merrick miraron a Mon Mothma; ella tuvo que esforzarse para contener su sonrisa. Estaba complacida con que Jyn y Cassian hubieran ido a Scarif a terminar la misión que el alto mando no tuvo las agallas de apoyar. Ahora, quizá Raddus también se aseguraría de que recibieran la ayuda que merecían.

Dos generales corrieron para ver si podían impedirlo, pero Mothma sabía que era demasiado tarde. Tal vez mandarían naves para alcanzar a Raddus en órbita, pero ninguno de ellos se rehusaría a obedecer las órdenes del almirante de unirse a él en el salto a Scarif.

Mientras Mon Mothma caminaba hacia el hangar viendo cómo diversas naves se preparaban para despegar, notó a un par de droides con prisa. Los había visto con Bail Organa antes, pero ahora estaban con el Capitán Raymus Antilles. El robot de protocolo dorado (C-3PO, según ella) perseguía a un droide astromecánico azul y plateado y lo llamaba gritando.

—*¿Scarif?* —dijo el droide—. ¿Van a Scarif? ¿Por qué nunca nadie me dice nada, R-2?

A veces Mon Mothma se preguntaba lo mismo. Aunque, ahora se sentía agradecida porque alguien había tenido las agallas para hacer lo necesario, sin decirle nada al respecto.

# CAPÍTULO 44

**BODHI DETESTABA** las explosiones. Como piloto de carga, sabía que cuando todo empezaba a volar, todo estaba mal. Aun así, estaba contento de escuchar las bombas que Melshi y los demás habían colocado. Ni siquiera era necesario que lastimaran a alguien, aunque Bodhi no pensaba que a los rebeldes les importaría si alguien salía herido o no. Las explosiones sólo necesitaban llamar la atención de los imperiales para que se mantuvieran distraídos con lo que estaba sucediendo afuera de la ciudadela tanto tiempo como se pudiera. Este era el tipo de caos que Cassian y Jyn requerían para poder entrar a la ciudadela y llegar hasta la bóveda de información.

A través de la ventana de la cabina del navío, Bodhi podía ver fuego de bláster iluminar el cielo. Uno de los rebeldes había traído un lanzador de proyectiles y los había lanzado a los stormtroopers, lo cual aumentó el caos.

Una oficial del centro de mando de la ciudadela gritó órdenes a través del sistema de comunicaciones; gente en las pistas, tanto oficiales como stormtroopers, respondían. Ella no podía entender todo, pero una parte llegó fuerte y claro.

—¡Pista doce! ¡Ciérrenla!

—¡Nos están disparando!

—¡Están en tu costado!

—¡Pista doce!

—¡Pista catorce solicitando auxilio!

—¡Necesito números!

—¡Desconocidos! ¡Desconocidos!

—¿Pista catorce, qué está sucediendo? ¡Estatus, por favor!

—¡Hay rebeldes por todos lados!

—¡Todas las pistas, repórtense inmediatamente!

A Bodhi eso le sonaba como una invitación para ayudar a sembrar más caos. Activó el radio de su nave y empezó a gritar.

—Pista dos, aquí la pista dos. ¡Hay cuarenta soldados rebeldes yendo hacia el oeste de la pista dos!

Claro que Bodhi en realidad estaba en la pista nueve y en la pista dos no estaba pasando nada. Había visto a los rebeldes meterse en la selva y había hecho todo lo posible para rastrearlos desde ahí. Quizás habían detonado una explosión en la pista dos, pero ninguno de ellos seguía ahí. Si los stormtroopers corrían ahí para ayudar, no iban a encontrar rebeldes que atacar.

Haría lo que fuera para desperdiciar el tiempo de los imperiales.

Bodhi le pasó el micrófono al Cabo Tonc, uno de los rebeldes que se habían quedado en la nave.

—Diles que unos rebeldes te tienen arrinconado en la pista cinco.

Tonc sonrió ante tal orden y se dispuso a hacerlo enseguida.

—Aquí pista cinco. ¡Nos están invadiendo!

El comandante en la ciudadela respondió como mejor pudo.

—¡Pista doce!, ¡pista diez!, ¡pista ocho! ¡Confirmen! ¡Confirmen e informen! ¡Manden refuerzos a la pista cinco inmediatamente!

Bodhi tenía que sonreír ante esto. Y pensar que podían destruir el contrataque del Imperio tan sólo con las palabras apropiadas.

No obstante, estaba preocupado por lo que podría pasar cuando el Imperio reorientara sus blásteres contra él.

# CAPÍTULO 45

**CHIRRUT JAMÁS** habría imaginado que estaría en otro planeta, luchando por destruir el arma más letal de la galaxia. Pero cuando la Estrella de la Muerte despedazó Ciudad Jedha, su hogar, no le quedaba nada más qué hacer ni adónde ir.

En ese ataque había perdido casi todo: amigos, familia, incluso la ciudad sagrada. Lo único que le quedaba era su fe en la Fuerza y su mejor amigo, Baze.

Por eso había venido a Scarif. Para él habría sido fácil pedir asilo después de que Cassian y Jyn lo llevaron a Yavin 4. Después de todo, él estaba ciego, por lo que la mayoría no le exigiría nada. Él hubiera podido solicitar estar lejos de todo esto y nadie se lo habría cuestionado.

Pero él estaba por encima de esto; Baze también. El hecho de que no pudiera ver no quería decir que no fuera útil en la lucha contra el Imperio. Además, si cabía la más mínima posibilidad de ayudar a impedir que el Imperio usara la Estrella de la Muerte para conquistar a toda la galaxia, ¿cómo podría negarse a hacerlo?

En su cinturón tenía el ecotransmisor que le ayudaba a saber en dónde estaba. También tenía a Baze. Y más importante aún, seguía teniendo fe en la Fuerza.

Así que acompañó a Baze y a las tropas rebeldes y los ayudó a colocar las bombas en las diferentes pistas de aterrizaje alrededor de la ciudadela. Luego, después de que el Sargento Melshi las detonara, Chirrut se unió a la batalla.

Durante un rato pareció que los rebeldes tenían la ventaja. Se habían escondido bien, y los stormtroopers habían tenido problemas para encontrarlos. Además, los stormtroopers sólo tenían rifles de bláster para defenderse, así que los rebeldes podían salir de su refugio a tomarlos sin miedo.

Pero entonces Chirrut oyó algo que nunca había oído antes. Se oía como el tamborileo de una bandada de motores, pero también como tumbos de pasos gigantes, como si se tratara de una bestia de varios pisos de altura.

Debido a todo el humo de todas las bombas, los demás no podían ver lo que era, pero eso no era distracción para Chirrut. Para los demás, sí.

Los escuchó venir, lo que sea que fuera, y supo lo que tenía que hacer.

—¡Baze! —gritó—. ¡Baze!

Oyó que su viejo amigo titubeaba. Por un momento, Baze dejó de disparar su arma, aquel bláster modificado con el tanque de municiones en la espalda. Se detuvo para preguntar.

—¿Qué?

En lo que Baze escuchaba lo que Chirrut había percibido, Chirrut se volteó y empezó a huir de aquello que venía por ellos. Al empezar a correr, gritó:

—¡Corre! ¡Corre!

Entonces emergieron las colosales máquinas andantes, parecían monstruos antiguos arrastrándose desde sus guaridas. Chirrut escuchó que alguien mencionaba su nombre: AT-ACT.

Sin importar cómo se llamaran, estas enormes máquinas abrieron fuego contra los rebeldes. Fuego de bláster estalló alrededor de Chirrut mientras él corría buscando refugio y Baze trataba de alcanzarlo. Parecía como si las explosiones los rodearan, pero no se iban a dar por vencidos.

Chirrut sabía que la verdadera batalla apenas estaba iniciando.

# CAPÍTULO 46

**CON TODO** el caos que se suscitó afuera de la ciudadela, no fue difícil para Jyn, Cassian y K-2SO llegar a la bóveda de información. Se había ordenado a todos los stormtroopers que salieran para lidiar con el ataque rebelde, por lo que dejaron un grupo pequeño de oficiales para encargarse del lugar.

Cuando llegaron a la bóveda, sólo quedaba un oficial entre ellos y su objetivo. Los miró, curioso, sorprendido de que hubiera gente queriendo acceder a la bóveda de información en lugar de ayudar a contener el ataque rebelde.

—¿Puedo ayudarles? —dijo.

—No será necesario —dijo K-2SO.

El droide dio un paso al frente y golpeó al oficial en la cabeza con su mano metálica. El hombre colapsó sin pronunciar una palabra más.

K-2SO se puso a trabajar en la consola donde había estado sentado el oficial imperial. De acuerdo con lo que había descargado del droide de seguridad local, acceder a la bóveda requería de dos personas al menos. Una tendría que trabajar en la consola mientras que otra entraba a la bóveda.

Mandó a Cassian y Jyn adelante mientras él controlaba la consola.

—Llévenselo con ustedes —dijo—. Van a necesitar su huella digital para abrir la puerta interna de la bóveda.

Cassian y Jyn tomaron al oficial, cada quien de una axila, y lo arrastraron a través de la puerta externa de la bóveda, que ya estaba abierta. Al otro extremo de un pasillo pequeño, llegaron al escáner manual que K-2SO les había descrito y pusieron la palma del oficial en él.

La puerta no se movió.

—¡No está funcionando! —gritó Cassian.

K-2SO sabía cuál era el problema sin siquiera mirar.

—Mano derecha.

Cassian tomó la otra mano del oficial y la azotó contra el escáner. Un momento después, la puerta interna de la bóveda se abrió.

# CAPÍTULO 47

**LA FLOTA REBELDE,** así como estaba, había llegado del hiperespacio justo arriba de Scarif. La primera ronda incluía naves estelares de todo tipo y tamaño: X-wings, Y-wings, incluso el crucero de Raddus, el *Profundity*. Después de ellos iban llegando más momento a momento.

Al General Merrick le gustaba estar a la cabeza, así que entró a la batalla con su propio X-wing. La flota rebelde era demasiado pequeña como para que alguien con sus habilidades se sentara en la nave capital que se refugiaba de la batalla. Tenía que estar en el corazón del encuentro.

—Este es Líder Azul —dijo ya que se empezó a orientar, pues siempre se desubicaba un poco en el hiperespacio—. Todos los líderes de escuadrón, repórtense.

Líder Dorado, Líder Rojo y Líder Verde, todos se identificaron y confirmaron que estaban tomando el trayecto apropiado.

Merrick sonrió ligeramente. Hasta ahora, al menos, todo iba conforme al plan. Claro que los tiroteos todavía no empezaban.

El resto del plan involucraba atravesar el escudo alrededor de Scarif antes de que el Imperio tuviera la oportunidad de sellar la entrada al planeta. De otro modo, pasar al otro lado del escudo sería prácticamente imposible, especialmente si un par de destructores estelares imperiales lo vigilaban. Tenían que actuar rápido.

En el comm podía escucharse una voz áspera familiar.

—Este es el Almirante Raddus. Escuadrones Rojo y Dorado, deshabiliten a esos dos destructores estelares. ¡Escuadrón Azul, entre a la superficie del planeta antes de que cierren la entrada!

—Entendido, almirante. —Tal como lo habían discutido, Merrick ya estaba en la entrada—. ¡Escuadrón Azul, conmigo! —gritó.

Uno por uno los miembros del Escuadrón Azul pasaron lista, confirmaron que estaban listos y que entendían sus órdenes.

—¡Entendido, Líder Azul!

Sin embargo, aun cuando se apresuraban hacia la entrada, Merrick podía ver que los imperiales ya los habían visto y las orillas de la entrada se empezaron a cerrar. Si querían pasar, tendrían que apurarse.

Azul Cuatro y Seis iban un poco rezagados, pero estaban determinados a escurrirse por la entrada.

—¡Vamos, vamos, vamos! —decía Azul Seis, gritándole a sus motores mientras iba disparado hacia el planeta y el escudo casi invisible.

No obstante, Azul Cuatro podía darse cuenta de que no iban a lograrlo, así que se aferró a la palanca para dar marcha atrás justo a tiempo para no estrellarse contra el escudo. Le gritó a Azul Seis para que hiciera lo mismo.

—*¡Marcha atrás!*

Merrick no sabía si Azul Seis mantuvo su X-wing a velocidad máxima todo el tiempo. ¿Un segundo más de aceleración habría hecho la diferencia? Nunca lo sabrían.

Azul Seis se estampó contra el escudo, que ya se había cerrado por completo.

El X-wing explotó en una brillante bola de fuego.

El resto del Escuadrón Azul logró pasar. Ahora estaban atrapados dentro del escudo, al igual que las tropas rebeldes que ya estaban en tierra, es decir, las que habían ido en un intento desesperado por hacerse de los planos de la Estrella de la Muerte.

El General Merrick apretó los dientes y se dispuso a liderar el escuadrón hacia esta gran tarea. El Escuadrón Azul ya había decidido cuál sería su destino, ahora era tiempo de enfrentarlo.

# CAPÍTULO 48

**JYN Y CASSIAN** arrastraron al oficial imperial inconsciente afuera del pasillo que llevaba a la bóveda. Ya con la puerta interior abierta gracias a su mano, él solamente estorbaría.

Mientras dejaban al hombre tirado en el piso, K-2SO los miró. Estaba conectado a la consola para monitorear las comunicaciones imperiales en caso de que alguien se aproximara. Cuando empezó a hablar, Jyn esperaba solo malas noticias. En vez de eso, dijo:

—Llegó la flota rebelde.

Eso paralizó tanto a Jyn como a Cassian.

—¿Qué? —dijo ella, confundida.

Al dejar Yavin 4 estaba segura de que nadie más vendría por ellos, a menos que fuera para arrestarlos. Aunque, si la flota rebelde había aparecido, seguramente no era para ofrecer apoyo moral. ¡Se unían a la batalla!

Pero K-2SO tenía más que decir, aunque sólo un poco era buenas noticias.

—Hay una batalla en la playa. Cerraron la base y cerraron la entrada en el escudo.

Si el corazón de Jyn había empezado a latir con entusiasmo, ahora se estaba quebrando.

—¿Eso qué significa? —Miró a Cassian—. ¿Estamos atrapados?

Él asintió.

—¡Tenemos que decirles que estamos aquí abajo! —le dijo a K-2SO.

—¡Ya casi lo logramos!

—No tenemos mucho tiempo —dijo K-2SO—. Podríamos transmitir los planos a la flota rebelde, pero tendríamos que conectarnos a una señal para decirles que se los enviaremos. Es por el tamaño de los archivos. Ese es el problema. No van a pasar. Alguien tiene que derribar el escudo en la entrada.

Cassian sacó su comm y empezó a hablar.

—¡Bodhi! ¡Bodhi! ¿Me escuchas?

No hubo respuesta.

—¡Bodhi, dime que estás ahí afuera!

La voz del piloto de carga empezó a escucharse. Sonaba un poco alterado.

—Aquí estoy. Estamos a la espera. Ya empezaron a pelear. ¡Cerraron la entrada!

—Lo sé —dijo Cassian—. *Escúchame*. La flota rebelde está allá arriba. Tienes que decirles que deben perforar la entrada del escudo para que les podamos transmitir los planos…

—No puedo —se quejó Bodhi—. No estoy conectado a la torre de comunicación. No estamos conectados en…

Cassian no quería saber.

—¡Encuentra la forma! —Luego se volteó hacia K-2SO—. Cúbrenos.

Cuando Cassian se enfilaba hacia el pasillo, Jyn dudó.

Tomó el bláster del oficial imperial inconsciente y se lo ofreció a K-2SO.

—Lo vas a necesitar —dijo.

Por un momento, el droide simplemente lo miró, sin saber bien qué hacer. Ella le puso el bláster enfrente.

—¿Querías uno, no?

K-2SO se estiró y tomó el bláster. Se quedó viéndolo en sus manos.

—Jyn Erso, tu comportamiento con frecuencia es inesperado.

Eso la hizo sonreír.

Cassian ya había atravesado el pasillo que llevaba a la bóveda. Se volteó para llamarla.

—Jyn, vamos.

Ella se giró para alcanzarlo, esperando no arrepentirse por lo que acababa de hacer.

# CAPÍTULO 49

**POR UN BUEN RATO,** Bodhi se le quedó viendo al sistema de comunicaciones, sin saber bien qué hacer. Afuera, vio unos AT-ACT detrás de los escuadrones rebeldes y se paralizó. ¿Qué podía hacer él para impedir que esos tanques andantes los mataran a todos?

Entonces, Baze se levantó; tenía un lanza cohetes colgado del hombro. Lo apuntó al AT-ACT más cercano y apretó el gatillo. Un cohete salió proyectado y se estrelló justo en el frente de la máquina, le dio en un costado de la cabina de mando, tal como un gancho derecho de boxeador.

Por un momento, Bodhi pensó que eso sería suficiente para derribar al tanque. Pero la máquina simplemente se sacudió el ataque y siguió andando.

Baze, Chirrut y todos los demás alrededor estaban condenados. Bodhi lo sabía. No podrían superar a una máquina como esa. No había forma de detenerla.

Desde el cielo, un misil se proyectó justo contra un costado del AT-ACT. La explosión sacudió a la máquina y empezó a salir humo de ella.

Bodhi recorrió el cielo para ver de dónde había venido la ayuda y entonces vio a la flota de X-wings acercándose. Los rebeldes en la playa vitorearon y Bodhi se les unió. Lleno de esperanza, Bodhi se escurrió de la cabina de mando hacia la cabina de la nave. El Cabo Tonc se fue detrás de él.

—Bien —le dijo a los demás—. Escuchen. Vamos a tener que salir.

Se le quedaron viendo. Esta era, literalmente, zona de guerra; nadie quería dejar la relativa seguridad del navío de carga.

Aunque, Bodhi no los esperó. Empezó a reunir todo el equipo que necesitaba.

—¿Qué haces? —preguntó Tonc.

—Cerraron la entrada al escudo —dijo Bodhi—. Estamos atrapados aquí. Pero la flota rebelde está afuera. Sólo tenemos que conectarnos a una señal lo suficientemente fuerte para comunicarnos con ellos y avisarles que estamos atrapados aquí abajo.

»Para ello, tenemos que conectarnos a la torre de comunicaciones. Ahora bien, puedo arreglar que nos conectemos desde aquí, en la pista de aterrizaje, pero ustedes tienen que conectarse al radio. Uno de ustedes encuentre un interruptor maestro. Otro, active la conexión entre nosotros y la torre de comunicación, ¿entendido?

Tonc miró a los demás. Por lo visto él era el elegido para la tarea.

—¡Entonces, vamos! —le gritó Bodhi.

Tonc salió.

# CAPÍTULO 50

**JYN SIGUIÓ** a Cassian por el pasillo hasta el soporte de la bóveda. Era una torre circular (o más bien, eran varias torres) de cintas selladas detrás de un gran panel de vidrio. Las torres eran muy altas y anchas, al grado de marear. En ellas se resguardaba una cantidad alucinante de información acumulada por todo el Imperio.

A Jyn se le subió el corazón a la garganta. ¿Cómo iban a localizar la cinta que necesitaban?

K-2SO les habló a través del sistema intercomunicador.

—Banco de planos. Torre de datos número dos.

Cassian miró a la torre en cuestión.

—¿Y cómo encuentro eso?

—Buscando…

Un momento después, K-2SO habló de nuevo.

—Puedo localizar la cinta, pero tú tendrás que extraerla a mano usando las manijas.

Jyn señaló unos controles que funcionaban como un par de brazos mecánicos al otro lado del vidrio. Cassian corrió hacia allá y los tomó, pero no hallaba cómo maniobrarlos.

—¿Qué se supone que hagamos con esto?

Detrás del vidrio, Jyn vio un brazo retráctil latigueando entre las columnas. Sin aviso, el brazo se paralizó. Luego, en un santiamén, se acercó y se volvió a paralizar, sosteniendo la posición. Jyn se dio cuenta de que los controles movían el brazo y con él tendrían que tomar la cinta. Sólo tenían que encontrar la cinta correcta.

Jyn escuchó a alguien correr hacia el cuarto donde estaba K-2SO; se sintió aliviada de haberle dado el bláster extra. Seguramente iba a necesitarlo.

La puerta al final del pasillo se cerró. Ella esperaba que hubiera sido K-2SO, para protegerlos.

A través del intercom escuchó que el droide hablaba con alguien.

—Los rebeldes se fueron… ¡hacia allá!

Confundido, Cassian lo llamó.

—K-2, ¿qué está pasando allá?

—Ahí hay uno —dijo el droide, claramente hablando con quien fuera que lo había interrumpido.

Después hubo un altercado. Jyn escuchó cómo se movían los servomecanismos de K-2SO mezclado con voces gimiendo de dolor. Luego se oyó el estruendo de un disparo de bláster, pero no hubo un grito de dolor subsecuente. Un momento después se escuchó otro disparo y esta vez Jyn escuchó el sonido de algo con armadura colapsando. Supuso que fue un stormtrooper.

La pelea había terminado, pero ¿K-2SO estaba bien? Y si no, ¿podrían encontrar la cinta sin él?

# CAPÍTULO 51

**EL SARGENTO MELSHI** miró al cielo para ver las naves rebeldes en combate aéreo contra los enemigos imperiales que volaban encima de ellos. Se sintió agradecido por la ayuda, pero sabía que una batalla así significaba que el Imperio había cerrado por completo el escudo que rodeaba al planeta. Tenía la esperanza de que las naves rebeldes más grandes que habían transportado a los cazas se las ingeniaran para perforar pronto el escudo, de otro modo él y sus tropas se quedarían atrapados en Scarif por el resto de sus terriblemente cortas vidas.

Mientras tanto, Melshi tenía cuestiones más urgentes que atender en la superficie del planeta. El Escuadrón Azul había sido de gran ayuda contra los AT-ACT, pero dentro del escudo también había exterminadores TIE, con sus puntiagudas alas aerodinámicas, acosando a los pilotos rebeldes a cada paso.

En medio del estrepitoso ruido de la batalla, Melshi oyó al Cabo Tonc llamándolo por el comm.

—¡Melshi! ¡Escucha! Bodhi va a mandar la señal por aquí, nos está conectando, pero ustedes tienen que abrir el canal de la torre.

Melshi entendió al menos una parte. Bodhi quería mandar un mensaje a la flota rebelde, pero ninguna señal funcionaba debido al escudo. Tenían que ayudarlo.

—¿Cómo? —dijo Melshi—. Dame indicaciones.

—Hay un interruptor maestro en cada concentrador —dijo Tonc—. ¡Encuentra el concentrador!

Melshi recorrió el lugar en busca del concentrador más cercano, que no estaba muy lejos, pero no alcanzaba a ver lo que mencionó Tonc. Él era un soldado, no un técnico en comunicaciones.

—¿Interruptor maestro? Describe. ¿Qué estamos buscando?

Melshi oyó que Tonc le gritaba a alguien más dentro del navío de carga.

—¿Cómo es? —dijo—. ¡El interruptor maestro! ¿Dónde está?

Tonc repitió la descripción que escuchó de Bodhi, el desertor imperial. Melshi frunció el ceño con cada palabra. De por sí sería difícil llegar a una plataforma de aterrizaje, más aún encontrar el interruptor y activarlo.

Sólo esperaba que el esfuerzo valiera la pena. Por la forma en que la batalla se oía por encima de ellos, no les quedaba mucho tiempo.

# CAPÍTULO 52

**ENCONTRAR LA CINTA** resultó ser un gran reto. Cassian maniobraba los controles del sistema para retirar información mientras que Jyn leía en la consola frente a ella las etiquetas de las diferentes cintas.

—«Rastreo hiperespacial»… «Sistemas de navegación»… Ninguno de ellos tenía que ver con la falla en la Estrella de la Muerte que su padre le reveló.

K-2SO trataba de guiarlos desde su lado del intercomunicador.

—Bájate dos pantallas más —le dijo.

Jyn hizo lo que el droide le dijo y vio una lista más de etiquetas que no le sugerían mucho. K-2SO los revisó más rápido que ella y encontró algo del interés suficiente para gritarle.

—¡Ingeniería estructural! —gritó él—. ¡Abre ese!

Jyn lo abrió; también escuchó de nuevo el sonido del bláster que le había dado a K-2SO. Probablemente más stormtroopers habían tratado de derribarlo. Pero, por muy bueno que el droide fuera con el arma, pronto lo sobrepasarían en número y entonces vendrían por Cassian y por ella.

Jyn recorrió las etiquetas que nombraban los archivos mientras las iba leyendo en voz alta.

—«Nombres clave de los proyectos»… «Esfera estelar»… «Mark Omega»… «Pax Aurora»…

Ninguno tenía sentido. Ahora iban de descripciones a nombres clave. Ella no tenía ningún contexto para interpretarlos.

«Manto de guerra»… «Racimo de prismas»… «Sable negro»… Y entonces vio exactamente lo que estaba buscando, lo hubiera sabido o no.

—«Estrellita» —dijo—. Es este.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cassian. Hasta hace un momento, él estaba tan desconcertado como ella.

Era el apodo con el que su padre siempre la llamaba.

—Lo sé porque soy yo.

# CAPÍTULO 53

**A BODHI ESTO NO** le gustaba nada. Le dijo a Tonc cómo era el interruptor maestro; el cabo le había repetido esa descripción al sargento. Sin embargo, ahora Bodhi tenía que conectarse desde su extremo. Tenía que caminar hacia la pista de aterrizaje y usar un cable para conectar el navío de carga al sistema de comunicaciones de la ciudadela. Si no lo hacía, el riesgo al que Melshi y los demás se estaban exponiendo sería en balde.

Pero eso significaba abandonar la seguridad de la nave. Bodhi sabía que eso podía suceder, pero desde que aterrizaron en Scarif esperaba no tener que hacerlo.

Deseaba poder enviar a alguien de los escuadrones rebeldes para hacer el trabajo, mientras él se quedaba en el navío pretendiendo que seguía siendo un fiel piloto imperial. Sin embargo, ellos no sabían cómo conectar el cable. Él podía hacerlo más rápido que cualquiera de ellos, lo cual reduciría las probabilidades de que le diera algún disparo.

A una señal de Bodhi, el resto del escuadrón que había permanecido en la nave salió al aire libre y se dispersó por la pista de aterrizaje. La idea era protegerlo del fuego enemigo mientras hacía su trabajo, pero Bodhi se preguntaba si esto más bien no generaría más problemas.

Pero ya era demasiado tarde para hacerse la pregunta, así que Bodhi se lanzó fuera del navío cargando en su espalda el cable enrollado. Llegó al lugar donde tenía que conectarse, libre de disparos, por lo que suspiró aliviado. Jaló el extremo del cable en su espalda y lo conectó a la estación de comunicaciones. Luego empezó a desenrollar el cable de regreso a la nave.

Estaba a punto de llegar al navío cuando el cable se atoró en algo. Tuvo que regresar a desatorarlo.

Encontró enseguida el obstáculo del cable, pero eso no le ayudó mucho. Al hincarse para tratar de desatorarlo, llegó un carro en el tren-speeder y una patrulla de stormtroopers bajó de él. Inmediatamente lo vieron y marcharon directamente hacia él.

—Oye, tú —gritó el que encabezaba la patrulla—. Identifícate.

Bodhi se paró lentamente. Quizá podría salir de esto hablando con ellos. Tal vez la noticia de que él había desertado todavía no llegaba a Scarif.

—Puedo expli…

Se quedó sin habla cuando un disparo de bláster de uno de los rebeldes le pasó por enfrente y se vio en medio de una batalla.

Veía disparos por doquier, Bodhi ya no sabía cuánto le quedaba de vida ni cuál de los dos bandos sería el que acabaría por dispararle.

# CAPÍTULO 54

**K-2SO SABÍA** que estaba en problemas. Ya le habían disparado por detrás; sólo era cuestión de tiempo para que lo derribaran otros stormtroopers que atacaran la bóveda de información.

Al menos Jyn le había dado el bláster. Sin él, los stormtroopers lo habrían sobrepasado mucho antes. Al principio, la incredulidad de los soldados acerca de que se pudiera reprogramar a un droide de seguridad imperial le dio ventaja, pero ya habían alertado a los demás de que había un droide fraudulento en la entrada de la bóveda de información. Ahora ninguno vacilaba en destruirlo.

A pesar de que estaba lidiando con enemigos que hacían todo lo posible por matarlo, K-2SO todavía tenía que ayudar a Cassian, el hombre que, después de todo, lo había reprogramado. Cassian otra vez le gritó por el intercomunicador.

—¡K-2! ¡Necesitamos el archivo Estrellita!

Disparos de rifle de stormtrooper le llovieron por ambos lados, el droide trató de moverse como si estuviera bailando entre la lluvia. Algunos tiros le atinaron por aquí y por allá, pero logró esquivar la mayoría.

Hubiera sido tan fácil simplemente quedarse tirado en el piso y fingir que se había descompuesto, pero no habían programado así a K-2SO. Aunque Cassian a veces se quejaba de la franqueza del droide, eso era indicio de la honestidad con la que Cassian lo había programado. También lo había hecho altruista. No sólo empatizaba con la gente, nunca pensaba en sus propias necesidades. Si Cassian necesitaba algo para salvar a la galaxia entera, K-2SO estaba obligado a encontrar la forma de dárselo, sin importar cuántas probabilidades tuviera de sobrevivir.

K-2SO se lanzó a la consola y pidió la cinta con la etiqueta «Estrellita». El brazo mecánico la localizaría pronto.

El droide oyó a Jyn dirigir a Cassian al mover el brazo con las manijas.

—¡Eso es! ¡Ya casi lo tienes!

En sólo unos momentos tendrían el premio por el que habían venido. A partir de ahí, K-2SO buscaría la forma de escapar de la ciudadela, sin importar lo que dijeran sus cálculos de las probabilidades.

Desafortunadamente, un disparo le dio a la consola enfrente del droide y la voló. La explosión lo tumbó hacia atrás y le aflojó todos los circuitos del cuerpo. Se tambaleó hacia adelante y notó que partes de él, más que flojas, se habían zafado; colgaban suspendidas por unos cablecitos desde el tronco apaleado.

—¡Trepen! —gritó hacia el intercomunicador.

Tenía que proteger la consola. Si los stormtroopers llegaban a ella, la usarían para abrir la puerta de la bóveda y entonces podrían capturar, o probablemente matar, a Cassian y Jyn.

—¡Trepen a la torre! ¡Manden los planos a la flota! ¡Si ellos abren la entrada al escudo, pueden transmitirlos desde la torre!

Fue entonces cuando K-2SO se dio cuenta de que ya no tenía que proteger la consola. De hecho, ya ni siquiera podía. Lo mejor era destruirla. Así, la puerta nunca más podría abrirse.

—¡K-2! —gritó Cassian.

El droide podía escuchar la angustia en aquella voz; después de todo, habían invertido mucho esfuerzo el uno en el otro. Pero si K-2SO no ejercía este último acto, Cassian y Jyn prácticamente se quedarían sin posibilidad de cumplir con la misión. Aun con su ayuda, enfrentaban probabilidades casi imposibles.

Casi.

Se hundió en el tablero y empezó a arrancar cables mientras los disparos chocaban contra su cuerpo. Continuó destruyendo hasta que le volaron las extremidades, hasta que sus motores dejaron de funcionar, hasta que todos sus circuitos estaban muertos.

La mente de K-2SO empezaba a disolverse en la oscuridad. Un último pensamiento pasó por ahí.

Esa puerta jamás se volvería a abrir.

# CAPÍTULO 55

**KRENNIC PENSABA QUE** la peor semana de su vida ya había pasado. Incluso peor que la semana en que Galen Erso había abandonado su trabajo en la Estrella de la Muerte y huido para esconderse, dejando a Krennic solo para liderar el proyecto.

Ya había perdido el control de la Estrella de la Muerte a manos del Gran Moff Tarkin. Ya lo había amenazado Darth Vader. Sospechaba que si fallaba en la tarea que recientemente le encomendaron, probablemente lo ejecutarían, tal vez a manos del mismísimo Emperador.

Pero esta semana seguía encontrando maneras para volverse cada vez peor.

La flota rebelde debió salir huyendo al ver por cuánto la superaban. En lugar de eso, peleaba como si fuera un odio arrinconado, desesperado por despedazar todo lo que se le acercara. No había forma de que los rebeldes se impusieran a dos destructores estelares en órbita sobre el planeta, sin mencionar a los cazas TIE y los exterminadores TIE que plagaban el lugar, aunque seguramente sí podían hacer sangrar la nariz del Imperio antes de caer.

¿Sería ese su único objetivo? ¿Un último e inútil gesto desafiante antes de que el ascenso de la Estrella de la Muerte acallara de una vez por todas a la Alianza Rebelde?

Los rebeldes enfocaron la mayor parte de su artillería a los destructores estelares, aunque también se estaban esforzando por atacar la entrada. Krennic no veía cómo pensaban penetrar el escudo. Lo habían construido para durar.

Aun así, se rehusaron a dejar de intentarlo. Incluso enviaron un escuadrón de Y-wings para lanzar una ronda de bombas, como si simplemente se pudiera tirar la entrada como la puerta de madera de un antiguo castillo.

No podrían abrir un hoyo en el escudo suficientemente grande para que las naves rebeldes de Scarif se escaparan por él. Los rebeldes atrapados adentro serían erradicados, uno por uno, como la plaga que eran.

Sin embargo, los Y-wings habían logrado algo más que sacudir a los destructores estelares. En realidad, con una bomba de iones pudieron deshabilitar los electrónicos en una de las naves estelares gigantes. No sería una situación permanente, pero hasta que la tripulación del destructor estelar lo arreglara, la nave se quedaría flotando en el espacio, como una rata womp, expuesta a la artillería rebelde.

Y luego Krennic se enteró de que sus peores sospechas eran ciertas. El Teniente Adema le reportó:

—Acceso no autorizado en la bóveda de información.

—¿Qué?

Krennic se quedó tieso, por un momento incapaz de creer las noticias, pero luego todo tuvo sentido. El ataque en tierra. La aparición de la flota rebelde. Todos estaban ahí por algo, lo último que Krennic querría que encontraran.

Los planos de la Estrella de la Muerte.

—Acabamos de recibirlo, señor.

Al menos ahora Krennic sabía lo que estaba en riesgo. Sabía lo que tenía que hacer.

—¡Manden a mi escuadrón de guardias a la batalla!

Los death troopers ayudarían a quebrar el fuerte de la agresión rebelde, aunque Krennic tenía que atender la raíz del problema.

—¡Dos hombres conmigo! ¡Ustedes controlen la situación en esa playa!

Krennic se abrió paso fuera del cuarto de control, dejando al resto ocupados con la batalla. Si quería que aquello que estaba sucediendo en la bóveda fracasara, tendría que detenerlo él mismo.

# CAPÍTULO 56

**BODHI NUNCA** había estado tan asustado. Ni siquiera cuando Galen Erso lo abordó con su plan para traicionar al Imperio. Tampoco cuando finalmente desertó para unirse a los rebeldes. Ni cuando Bor Gullet había cavado en su mente.

La batalla en la pista de aterrizaje nueve se propagó con él en medio. El fuego de bláster le pasaba tan cerca que sentía cómo le quemaba la piel. El Cabo Tonc trató de ser valiente. Se alzó en armas y empezó a regresarles disparos a los stormtroopers. Debido a esta valentía, lo hirieron de muerte.

Ante esto, Bodhi se pasmó horrorizado. Apenas hace un momento Tonc estaba peleando en contra el Imperio y ahora se había ido. Lo único que Bodhi pudo hacer fue agacharse con el cable que todavía no podía conectar y esperar a que todo terminara antes de que a él también le pegara un disparo mortal.

Luego, Cassian empezó a gritarle a través del comm.

—¿Bodhi, estás ahí?

El corazón del piloto saltó esperanzado. Cassian lo había salvado antes, quizá lo volvería a salvar.

—Aquí estoy. ¡Aquí estoy! ¡Nos acorralaron! No puedo llegar a la nave.

Miraba al navío de carga imperial que robaron en Eadu. En realidad no estaba tan lejos. Con una rápida carrera de seguro llegaría a él.

Pero rayos de bláster llenaban el espacio entre la nave y él. El mismo tipo de disparos que acababan de derribar a Tonc, un soldado entrenado.

—¡No me puedo conectar! —dijo Bodhi, tratando de explicar.

—¡Tienes que hacerlo! —dijo Cassian—. ¡Tienen que tumbar esa entrada! ¡Si abren el escudo podemos enviar los planos!

Bodhi se desesperó. Cassian no vendría a salvarlo. En lugar de ello, iba a hacerlo arriesgarse a que lo mataran.

Aun así, Bodhi sabía que Cassian tenía razón. Si no conectaba ese cable, todo sería en balde. La muerte de Tonc y la del resto de los escuadrones.

Incluso, cuando los stormtroopers llegaran finalmente por él, su propia muerte. Todo sería en balde.

Bodhi no podía dejar que eso pasara. No sin antes intentarlo con todas sus ganas. Apretó los dientes y se envalentonó. Corrió hacia el espacio abierto entre su escondite y la nave. Fuego de bláster lo chamuscaba por todos lados, pero ningún disparo le atinó de gravedad. Llegó al navío y de un jalón conectó el extremo del cable a su entrada. Bodhi no tenía tiempo de tumbarse aliviado. Agarró el radio de la nave y lo encendió.

—¡Melshi! ¡Melshi! ¡Respondan, por favor! ¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió.

—¡Aquí Rogue One! ¡Rogue One! ¡Alguien responda!

# CAPÍTULO 57

**CON LA CONSOLA** que K-2SO había estado protegiendo y que ahora estaba destruida, Jyn y Cassian no podrían conseguir la cinta con la etiqueta «Estrellita». Al menos no con el brazo mecánico que Cassian había estado maniobrando. Sin la energía de la consola, se había paralizado.

Jyn contempló el vidrio que los separaba de la torre de datos y entendió. Si el sistema no podía traerles la cinta, ellos tendrían que ir por ella.

Sacó de la funda su bláster imperial robado.

—Hazte para atrás —le dijo a Cassian.

Tras liberar espacio, apuntó el bláster al vidrio y disparó. La ventana se hizo añicos. Ahora no había nada entre ellos y su meta.

Nada, excepto una subida exagerada y peligrosa por la torre de datos, que no estaba hecha para que accedieran a ella así.

El uniforme robado de Jyn la limitaba para trepar algo así. Estaba hecho para ordenarle cosas a la gente, no para escalar torres complicadas. Se lo quitó y se quedó con la ropa que traía abajo; Cassian hizo lo mismo.

Una vez liberados de sus ropas imperiales, Jyn atravesó la ventana rota y saltó hacia la torre de datos. No estaba tan lejos, pero la caída era larga, quizá fatal.

Logró asirse a la torre y empezó a trepar por donde sabía que estaba la cinta que buscaban, unos dos o tres pisos arriba de ella. Podía ver el brazo mecánico ahí atorado, a punto de tomar la cinta antes de que destruyeran la consola.

Cassian venía justo detrás de ella, pero no tan rápido. Jyn era más ligera y hábil, además, se movía más rápido que él. Tal vez una vida de estar huyendo la había preparado para este tipo de retos.

En el interior de la torre de datos el ruido era ensordecedor. Arriba, a lo lejos, había un tipo de sistema de ventilación para mantener las cintas a cierta temperatura que bombeaba aire dentro y fuera de la torre con un volumen estruendoso.

Jyn corrió por la cinta «Estrellita», resuelta a agarrarla tan pronto como pudiera y no dejarla caer. Se estiró y la tomó de las garras del brazo mecánico.

—¡La tengo! —gritó.

Bajó la mirada para ver a Cassian y casi pierde su agarre.

—¡Cuidado! —dijo él, todavía lejos de ella—. ¿Estás bien?

Ella no se detuvo para responder. Sólo guardó la cinta en un bolsillo de su chaleco y siguió trepando. Hacerse de los planos de la Estrella de la Muerte era algo, pero ahora tenían que enviarlos a la Alianza Rebelde.

No había forma de salir de la bóveda por donde habían llegado. Había que encontrar otra salida.

Conforme iban subiendo, Cassian gritó para advertirla. Tres hombres habían aparecido en la entrada, un acceso a las columnas dentro de la torre de datos. Dos de ellos

eran death troopers. Jyn reconoció al tercer hombre como alguien de su infancia, de sus pesadillas.

Era el Director Orson Krennic.

# CAPÍTULO 58

**BAZE MALBUS** había visto suficiente violencia en sus tiempos y la odiaba. Esa era una de las razones por las cuales se juntaba con su amigo Chirrut desde hace tanto tiempo. El monje le ayudaba a mantenerse centrado, incluso después de haber perdido la fe en la Fuerza desde hace mucho.

Sin embargo, ahora que Ciudad Jedha ya no existía, ni tampoco la gente que había conocido ahí, Baze decidió dejarse llevar por la violencia una vez más. Se vanagloriaba de cada stormtrooper que hería de muerte. Disparar su cohete hacia un AT-ACT lo emocionaba, incluso si no había derrumbado a la bestia.

Aun así, no le veía el chiste a la batalla. No estaban tratando de destruir la instalación completa. Ni siquiera estaban tratando de matar stormtroopers. Su único trabajo era distraer a las fuerzas imperiales el tiempo suficiente para que Jyn, Cassian y su droide reprogramado hicieran su trabajo.

Baze quería lastimar al Imperio. Su única oportunidad de hacerlo era el absurdo plan de Jyn, pero esta batalla más bien le parecía un espectáculo secundario… hasta que Bodhi les gritó pidiendo ayuda.

Baze escuchó al piloto eximperial gritar en el comm del Sargento Melshi.

—¡Tienen los planos! —dijo—. La frecuencia está cerrada.

Esas noticias entusiasmaron a Baze. Ya no estaban tratando de ganar tiempo para una operación perdida. ¡Jyn y Cassian lo habían logrado! Ahora sólo los tenían que ayudar a enviar esos planos.

—¡Rogue One! —gritó Bodhi—. ¿Hay alguien afuera que me escuche? ¡Mi frecuencia está cerrada! ¡Necesito una línea abierta!

Melshi tomó el comm y le gritó.

—¡Aguanta!

El sargento rebelde se volteó hacia Baze.

—El interruptor maestro. ¡Está allá afuera en esa consola!

Señaló la estación de la consola justo enfrente de ellos. Habían estado intentando alcanzarla, pero los stormtroopers no habían cedido ni un centímetro. El espacio alrededor de esa cosa estaba plagado de fuego de bláster; aventurarse hacia ella era tentar a la muerte.

El Teniente Sefla, el soldado rebelde del rango más alto, que había impresionado a Baze por su humildad y gran corazón, se lanzó de todos modos en un intento desesperado por cumplir con su deber. Apenas había dado unos pasos cuando un tiro de bláster lo derribó.

—¡Vamos! —A través del comm de Melshi, la voz de Bodhi se oía cada vez más desesperada—. ¡Vamos!

Melshi no era el tipo de comandante que ordenara algo que él mismo no estuviera dispuesto a intentar. Después de que Sefla cayó, nadie más quiso lanzarse. Todo dependía de él.

Melshi se armó de valor y se lanzó al campo abierto. Los demás rebeldes trataron de cubrirlo. Baze se les unió y Chirrut, que estaba agachado cerca de ahí, ayudó con su ballesta de luz.

Melshi llegó más lejos que Sefla, pero no alcanzó el interruptor maestro.

Baze no sabía qué hacer. Supuso que uno de los otros rebeldes del escuadrón lo intentaría. ¿O quizá todos deberían correr juntos hacia el interruptor y esperar que uno de ellos lograra llegar?

Antes de que pudiera sugerir algo, alguien decidió por él.

Chirrut se levantó y empezó a recitar.

—Soy uno con la Fuerza, la Fuerza está conmigo.

Luego dio un paso al frente y empezó a caminar hacia el interruptor maestro.

—Soy uno con la Fuerza, la Fuerza está conmigo.

—¡Chirrut! —le gritó Baze. ¡Era seguro que este ciego ingenuo iba a acabar muerto!

Chirrut caminó hacia el frente como si estuviera atravesando una calle. A su paso, se desvió a un lado y luego hacia otro, esquivando disparos que ni siquiera podía ver. En todo ese tiempo siguió recitando su mantra.

—Soy uno con la Fuerza, la Fuerza está conmigo.

—¡Chirrut! —suplicaba Baze—. ¡Regresa!

Baze estaba seguro de que a Chirrut tarde o temprano se le acabaría la suerte, y probablemente mucho antes de que llegara al interruptor maestro, pero él seguía.

—Soy uno con la Fuerza, la Fuerza está conmigo.

Chirrut llegó hasta la consola y buscó a tientas el escurridizo interruptor. Cuando lo encontró, lo accionó con fuerza.

# CAPÍTULO 59

**DE REGRESO EN** su navío robado, una luz se encendió para indicarle a Bodhi que la línea del comm de la flota rebelde se había abierto. Encendió el radio y trató de hablar de forma clara y calmada.

—Okey… okey… Aquí Rogue One llamando a la flota rebelde.

Nadie respondió. Por un momento Bodhi temió que algo malo hubiera pasado, quizá bajo su control. ¿Había olvidado algo? ¿Había fallado al conectar algo? ¿Había hecho todo eso en balde?

Lo volvió a intentar.

—¡Aquí Rogue One llamando a cualquier nave de la Alianza que me escuche! *¿Hay alguien allá afuera?* ¡Aquí Rogue One! ¡Respondan! Cambio y fuera.

El radio crepitó y escuchó una voz áspera.

—¡Aquí el Almirante Raddus! ¡Rogue One, te escuchamos!

Bodhi quería llorar y vitorear al mismo tiempo. Se tomó un momento para reír aliviado.

—¡Tenemos los planos! —dijo—. Encontraron los planos de la Estrella de la Muerte. Tienen que transmitirlos desde la torre de comunicaciones. Ustedes tienen que derribar la entrada al escudo. ¡Es la única forma de que los archivos pasen!

—¡Entendido, Rogue One!

Bodhi escuchó que el almirante se volteaba para hablar con alguien al fondo.

—Llama a una de las corbetas cabeza de martillo. Tengo una idea.

Bodhi contempló el cielo buscando una pista de lo que estaba pasando. Se enfocó en la entrada al escudo, esperando ver el resultado de su petición.

Momentos después, vio un gran destello de luz cerca de donde sabía que estaba la entrada al escudo. Se dio cuenta de que había sido una explosión. Algo de ese tamaño de seguro perforaría el escudo, así que ahora la señal podría pasar.

Bodhi sonrió hacia el cielo.

—¡Esto es por ti, Galen!

Justo en ese momento, Bodhi oyó que algo caía y sonaba en la cabina del navío. Probablemente alguien había entrado a la bahía y lo había lanzado al interior. Se giró para ver qué era, horrorizado al pensar lo que vería. Y así era, avistó una granada en el piso junto a él. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar cuando explotó.

# CAPÍTULO 60

**BAZE CONTEMPLABA** a su amigo lleno de horror. Tal vez el monje había cumplido con su misión, pero estaba muy lejos de estar libre de problemas. La consola en la que accionó el interruptor maestro estaba en medio de la zona de fuego.

—¡Chirrut! —gritó Baze—. ¡Ven aquí!

La suerte del monje se acabó. Tan sólo logró dar dos pasos hacia Baze antes de que la explosión de una granada lo lanzara volando.

—*¡Chirrut!*

Ignorando el fuego entrante que bombardeaba el campo abierto, Baze se lanzó por la arena. Se hincó en donde estaba su amigo tumbado y se dio cuenta de que todavía no estaba muerto. Lo tomó de la mano.

—Chirrut, no te vayas. No te vayas. Aquí estoy…

Chirrut respiraba con dificultad.

—Está bien. Está bien. —Aun en su último respiro trató de consolar a Baze—. Busca a la Fuerza y siempre me encontrarás ahí…

Luego, Chirrut se desplomó y su último aliento de vida abandonó su cuerpo.

Baze miró a un costado y vio explotar en llamas al navío de carga imperial que Rogue One había robado.

¿Bodhi habría logrado enviar el mensaje a la flota rebelde? ¿La flota habría logrado perforar el escudo?

Baze decidió que no importaba. Los stormtroopers habían matado a Chirrut, la última persona en la galaxia que verdaderamente le importaba. Iban a pagar por eso.

Se levantó y empezó a dispararle a todo lo que trajera armadura imperial. Mientras lo hacía, recitaba un mantra, uno que sus labios no habían pronunciado en mucho tiempo.

—La Fuerza está conmigo, yo soy uno con la Fuerza.

En lugar de correr para refugiarse, Baze marchó hacia los stormtroopers. A cada paso que daba les disparaba una y otra vez, desatando una ráfaga de furiosos rayos de energía desde su bláster modificado. No pretendía dejarse vencer sin antes acabarse la última de sus municiones apiladas en su mochila especializada.

A izquierda, a derecha y al centro caían stormtroopers. Uno por uno Baze los mandó a su fin. Pero eran demasiados, incluso para un hombre en una misión justiciera. Un disparo enemigo lo alcanzó y lo arrojó al piso.

Baze se negaba a rendirse. Apretó los dientes y se impulsó hacia arriba, todavía disparando a cada paso. La Fuerza estaba con él.

En el camino, no vio a un death trooper a medio morir que alzaba una granada. El hombre la lanzó al cielo y cayó justo al lado de Baze.

Él estaba demasiado herido como para agarrarla y lanzarla de regreso. Ni siquiera podía correr lejos de ella. No le quedaba más que voltear hacia Chirrut y saber que pronto ambos se reunirían en la Fuerza.

Lo último que escuchó fue el ¡BUM! de la granada.

# CAPÍTULO 61

**EN CUANTO** Jyn vio a Krennic empezó a trepar lejos de él y sus death troopers, tratando de que hubiera una columna de datos entre ellos y ella. La cima de la torre no estaba tan lejos. Sólo necesitaba llegar ahí y tratar de escapar.

Por otro lado, Cassian sacó su bláster y empezó a disparar contra sus atacantes. Logró derribar a uno de los death troopers, pero Krennic y el que quedaba le dispararon a él. Cassian estaba aferrado muy cerca de la columna, pero eso no lo cubría mucho. No podía disparar y trepar al mismo tiempo, así que siguió disparando, tratando de terminar con sus atacantes.

—¡Sigue! —Cassian le gritó a Jyn—. ¡Sigue!

Jyn trepó más rápido, tratando de alcanzar la libertad. Mientras lo hacía, miró hacia abajo y vio que un disparo de un rifle bláster alcanzó a Cassian y lo tiró de la columna de datos. Él cayó lejos de su vista.

Ella no tenía tiempo para lamentarse por él. Simplemente siguió trepando, incluso después de oír a la distancia que un cuerpo se estrellaba contra el piso.

Al menos logró poner el suficiente espacio de la columna de datos entre ella y los imperiales. Ahora sólo tenía que alcanzar la cima. Pronto ella podría ver el cielo de Scarif a través de las ventilas en la cima de la torre. Estas pulsaban, abriéndose y cerrándose como algo vivo, jalando el aire caliente de la torre y ayudando a preservar las cintas.

Por supuesto, las válvulas no estaban diseñadas para servir como puertas. Para atravesarlas, Jyn tendría que saltar en el momento justo. Estaba demasiado cansada, por lo que temía no saltar en el momento preciso y que la válvula la aplastara. Se concentró en la que tenía enfrente y la contempló durante unos cuantos ciclos, hasta que encontró el ritmo.

Entonces, hizo su movimiento.

Una vez del otro lado, Jyn encontró el camino hacia la cima de la torre. Había salido a pisos y pisos de altura; en el cielo, alrededor, había cazas y exterminadores TIE en combate aéreo contra X-wings.

Había salido a plena guerra.

Sabía que en algún lugar de la cima de la torre había una antena parabólica que el Imperio usaba para transmitir información a las naves que sobrevolaban el planeta. Si lograba encontrarla y meter la cinta en ella, la podría usar para transmitir los planos a la flota rebelde.

Vio la unidad de control en un extremo de la azotea de la torre y se encaminó a ella. Una vez ahí, metió la cinta en ella.

La pantalla en la unidad de control empezó a parpadear y una voz computarizada empezó a emitir un mensaje de error:

—*Restablecer la alineación de la antena. Restablecer la alineación de la antena. Restablecer la alineación de la antena. Restablecer la alineación de la antena.*

Jyn no había llegado tan lejos para darse por vencida ahora. Se acercó a la pantalla. El diagrama mostraba que tenía que ir al extremo de un largo y estrecho puente que sobresalía de un costado de la azotea de la torre.

En un buen día, a ella no le habría gustado que la forzaran a atravesar una estructura tan tambaleante. Con la batalla al máximo alrededor de ella, quería simplemente encontrar un elevador que la llevara directo a tierra firme, donde, si tenía suerte, el Imperio la aventaría a una acogedora celda.

Sin embargo, no titubeó ni medio segundo, fue directamente al puente.

Su padre había muerto tratando de detener la Estrella de la Muerte. Al paso que iba la batalla, los otros probablemente también habían muerto. Baze, Chirrut, Bodhi, K-2SO, incluso Cassian. Ella era la única que quedaba; no dejaría que los sacrificios de los demás fueran en vano.

Cuando Jyn llegó al final del puente, encontró un equipo de control y giró la perilla que ajustaría la antena. La computadora volvió a responder. Esta vez decía:

—*Antena alineándose. Antena alineándose.*

Jyn alzó el cuello para ver si la enorme antena parabólica se estaba moviendo. Esta giró hacia atrás hasta que se irguió, directamente hacia la entrada del escudo.

—*Antena alineada.* —reportó la computadora—. *Lista para transmitir.*

Jyn quería alzar el puño en señal de triunfo, pero su trabajo todavía no estaba hecho. El canal de la flota rebelde quizá ya estaba abierto, pero todavía tenía que regresar al transmisor y pulsar el botón que enviaría los planos.

En ese momento, el piloto de un caza TIE la vio parada ahí, vulnerable, sola, se dirigió a ella y le disparó con todo. Ella se giró para atravesar el puente hacia la azotea de la torre.

Logró evitar que le dieran los disparos del caza TIE, pero los estallidos destrozaron el puente. Empezó a tambalearse y se estiró buscando algo, lo que fuera, cualquier cosa de dónde agarrarse para no caer al vacío.

# CAPÍTULO 62

**EL GRAN MOFF TARKIN** fruncía el ceño mientras la Estrella de la Muerte aparecía en el cielo sobre Scarif. El daño que la flota rebelde hizo a los destructores estelares había sido mucho mayor de lo que él habría pensado. Un ejemplo más de la incompetencia de los jefes de ahí, incluyendo, especialmente, al Director Krennic.

Esto no podía seguir así.

El General Romodi vio a Tarkin desde su lugar en el puente.

—Señor, ¿quiere que empiece a apuntar a la flota?

Era justo que lo preguntara, pero ejemplificaba el mismo problema de pensamiento que había permitido que los rebeldes hicieran tal daño durante el día. Tarkin negó con la cabeza.

—Lord Vader se encargará de la flota. Debemos evitar que los planos salgan de Scarif a cualquier costo.

Fue entonces cuando el general entendió exactamente lo que Tarkin quiso decir. La Estrella de la Muerte podía encargarse de la flota rebelde completa, pero eso tomaría mucho tiempo. Cada minuto que pasaba era un minuto más para que algo malo ocurriera, en favor de los rebeldes.

Vader llegaría en breve; él y su destructor estelar personal serían más que suficientes para arrasar con lo que quedaba de la flota rebelde. Eso terminaría con la Alianza para siempre.

Mientras tanto, Tarkin haría un mejor uso de la Estrella de la Muerte al emplearla para lo que se fabricó. Miró a Scarif ahí abajo. Qué lugar tan hermoso. Y él sería de los últimos en verlo.

—Dispare cuando esté listo —le informó a Romodi.

Inmediatamente, el general se dispuso a llevar a cabo sus órdenes para terminar con el mundo.

# CAPÍTULO 63

**SALÍA HUMO** de la cima de la torre en donde los disparos de los cazas TIE habían golpeado. Satisfecho con su buen trabajo, el piloto del caza TIE se desvió lejos de la torre para cazar nuevos objetivos.

Un momento después, Jyn emergió del humo, todavía sujetándose del puente dañado, afortunada de seguir viva. Le costó mucho trabajo subir a lo que quedaba del puente, pero llegó a la azotea. Una vez ahí vio que la Estrella de la Muerte apareció en el cielo.

Estaba encima del planeta, se veía más grande que cualquier luna. Jyn sabía perfectamente lo que su llegada significaba. Ella ya había visto lo que esta y la gente a su cargo le habían hecho a Ciudad Jedha.

Scarif y todos en él estaban condenados.

Jyn se impulsó hacia la azotea. Entonces el Director Krennic emergió de una columna de humo frente a ella.

Ella dio un paso atrás pensando qué hacer. El hombre se le abalanzó bláster en mano, por lo que ella no podía permitirse demostrar un momento de duda.

Krennic se le quedó viendo, tratando de entender el papel que esta joven frente a él había desempeñado en todo el desastre a su alrededor.

—¿Quién eres? —preguntó.

Había pasado mucho tiempo. La última vez que se habían visto, Jyn era tan sólo una niña. A pesar de eso, ella lo recordaba bastante bien.

—Sabes quién soy —le dijo—. Soy Jyn Erso. Hija de Galen y Lyra Erso.

Krennic parpadeó mientras se esforzaba por procesar aquella revelación. Era la niña que él falló en encontrar en Lah’mu hace tantos años.

Jyn no podía dejar que este hombre pensara que había ganado. Tal vez ella no había logrado enviar los planos de la Estrella de la Muerte a la flota rebelde, pero él no lo sabía.

—Perdiste —le dijo ella con tanta confianza como pudo.

—¿Ah, sí? —Se necesitaba más que su palabra para convencer a un hombre tan arrogante como Krennic.

—La venganza de mi padre —Jyn dejó que Krennic digiriera eso, saboreando la cara que puso—. Diseñó una falla en la Estrella de la Muerte. Puso un detonador en el centro de tu máquina y yo le acabo de decir a la galaxia entera cómo activarlo.

Krennic negó con la cabeza.

—El escudo está cerrado. Tu señal nunca llegará a la base rebelde. —Dirigió su bláster hacia ella—. No he perdido más que tiempo. Por otro lado, tú morirás junto con la Rebelión.

Jyn se preparó para recibir el disparo. Estaba lista para morir, pero ¿de esta manera? ¿A manos del hombre que había matado a su madre y que se había robado a su padre? ¿Y sin siquiera haber enviado los planos?

Se oyó un disparo. Por un momento, Jyn no podía entender por qué no se había desplomado llena de dolor. Entonces, Krennic fue quien cayó.

Ella vio detrás del imperial; ahí estaba Cassian, bláster en mano.

Estaba feliz de ver que Cassian había sobrevivido la caída de la torre de datos. Seguramente se había agarrado antes de caer al piso. Quería decirle lo aliviada que se sentía, pero antes tenía que terminar su trabajo.

Jyn corrió a la consola de control, tomó la palanca de transmisión y la jaló. La pantalla empezó a llenarse con la información que se preparaba a enviar.

—*Transmitiendo* —dijo.

¡Lo habían logrado! Jyn miró a Cassian y le sonrió como nunca antes. Luego fue a su lado y puso el brazo de él alrededor de sus hombros, pues apenas podía caminar; juntos podrían llegar al elevador que Krennic había tomado para ir a la azotea de la torre.

—¿Crees que alguien esté escuchando? —preguntó Cassian.

—Sí. —Ella miró al cielo—. Allá arriba hay alguien…

# CAPÍTULO 64

**ARRIBA,** en la distancia, cerca de la entrada al escudo, una computadora de comunicaciones daba información al teniente que la estaba monitoreando.

—*Transmisión recibida.*

El teniente se giró para anunciarlo al comandante del crucero rebelde.

—¡Almirante, tenemos los planos!

—¡Ella lo logró! —dijo el Almirante Raddus.

Estaba emocionado. Esta apuesta tan arriesgada, la última oportunidad que habían tenido, había resultado.

Desafortunadamente, llegó tarde; ya no había nada que pudieran hacer en favor de aquellos valientes que habían robado los planos para él. Mientras miraba, el cañón de la Estrella de la Muerte se cargaba. Se veían luces verdes parpadeando en el borde. Las luces se volvieron láseres que se dispararon al mismo tiempo. Los delgados rayos se fusionaron en un solo rayo masivo de máxima destrucción, apuntado directamente al planeta.

El rayo estalló el escudo y empezó a cortar la atmósfera hacia el centro del planeta. Raddus y el resto de la flota rebelde, que todavía estaban del lado exterior del escudo, no podían hacer nada más que mirar horrorizados.

—Rogue One —dijo él—. Que la Fuerza esté contigo.

Luego regresó con la tripulación del puente de mando y lanzó órdenes.

—¡Todas las naves, prepárense para saltar al hiperespacio!

Algunas de las naves lograron saltar al instante. Seguramente ya habían planeado su escape antes de recibir las órdenes. Pero antes de que todos se fueran, una nueva nave apareció en escena.

Raddus la reconoció de inmediato. Era el destructor estelar asignado a la mano derecha del Emperador, el Lord Sith conocido como Darth Vader.

Inmediatamente abrió fuego. La cortina de fuego se estrelló contra la nave de Raddus, que se sacudió por completo. Raddus pidió un informe de los daños, aunque no lo necesitaba. Los motores de la nave estaban inhabilitados y la transmisión al hiperespacio estaba fuera de línea. No irían a ningún lado.

Con el destructor estelar de Vader al acecho, Raddus buscó la forma de enviar los planos de la Estrella de la Muerte fuera de su nave y hasta Yavin 4, donde la Alianza Rebelde pudiera analizarlos y encontrar la debilidad de la estación de combate.

Tal vez no viviría para ver que sucediera, pero eso no significaba que la Rebelión estuviera muerta.

# CAPÍTULO 65

**JYN Y CASSIAN** llegaron al nivel del piso de la torre y salieron del edificio sin que nadie tratara de detenerlos. Todos los escuadrones rebeldes estaban muertos. El navío de carga que Bodhi había robado seguía en llamas en la pista de aterrizaje nueve. Quienquiera que hubiera sobrevivido a la batalla en la isla principal, se había escapado en el cielo de haber podido. No habría escape para nadie más.

Jyn ayudó a Cassian a cojear lejos de la torre, hacia un pedazo de playa intacto. Cuando llegaron a la orilla, las piernas finalmente le fallaron y cayó en la arena. Jyn se arrodilló junto a él; ambos sonrieron con un gesto de agotamiento. Cassian miró hacia las aguas y vio la ola de destrucción acercarse hacia ellos.

—Me alegra que hayas venido —le dijo Jyn.

Mientras veían el enorme rayo de la Estrella de la Muerte acechándolos, dejando a su paso un rastro de destrucción masiva, se tomaron de las manos. Pronto se descubrieron abrazándose, esperando su fin.

—Tu padre estaría orgulloso de ti, Jyn —dijo Cassian.

Esas eran exactamente las palabras que necesitaba escuchar en ese momento. Habían logrado lo que se habían propuesto y, con un poco de suerte, sus esfuerzos le darían a la Rebelión la oportunidad para derrocar al Imperio.

No podían pedir nada más y tampoco había nada más que pudiera detener lo que estaba a punto de pasar. El rayo verde empezó a brillar con más y más intensidad conforme se acercaba, trayendo consigo una explosión expansiva. Lo último que Jyn vio antes de que el estallido la envolviera fue cómo el color se transformaba en un blanco purificador.

# CAPÍTULO 66

**A BORDO DEL CRUCERO DE RADDUS**, un tripulante descargó los planos de la Estrella de la Muerte en una tarjeta de datos, tal como Raddus le había ordenado. Luego tomó la tarjeta y se alejó del puente de mando con una misión que cumplir.

Los pasillos de la nave se desbordaban con miembros de la tripulación que tenían sus propias misiones. El destructor estelar de Darth Vader se había colocado junto a la nave; sería sólo cuestión de minutos antes de que el Lord Sith y su grupo abordaran el crucero rebelde.

El tripulante corrió hacia una puerta de seguridad que habían cerrado prematuramente. En una situación normal habría tratado de rodearla, yendo por otro camino, pero ya no tenía tiempo. Empezó a golpear la puerta para llamar la atención de sus compañeros del otro lado de la puerta, para que la abrieran, pero los controles estaban atascados.

Agarró a varias personas que pasaban por ahí para que le ayudaran a abrir la puerta haciendo palanca con sus propias manos. La gente del otro lado hizo lo mismo, esforzándose al máximo. El tiempo que hubieran querido tener para abrir se desvaneció cuando Darth Vader entró al pasillo.

El tripulante escuchó primero el terrible sonido de la respiración del Lord Sith. Entonces miró hacia atrás y vio un sable de luz rojo emerger de su empuñadura.

Algunos de los que estaban junto con el tripulante se voltearon y abrieron fuego contra Vader, pero él desvió sus disparos con su sable. Luego alzó la mano y uno de los rebeldes sintió una fuerza invisible arrebatándole el bláster.

El tripulante siguió empujando la puerta con una fuerza impulsada por el terror. Se deslizó apenas un poco.

El tripulante tomó la tarjeta de datos y la deslizó a través de una abertura. Alguien del otro lado la tomó y el tripulante pudo escuchar cómo aquel hombre corría por su vida. Sin embargo, antes de que el tripulante pudiera incluso voltear, algo lo jaló lejos de la puerta.

El hombre que había tomado la tarjeta, Toshma Jefkin, corrió por los pasillos de la nave hasta que alcanzó el muelle del crucero. Ahí vio su meta: una nave de asedio alderaaniana llamada *Tantive IV*.

En cuanto Toshma abordó la nave, esta despegó del muelle. Sin aliento, le dio la tarjeta de información a una mujer que a su vez la llevó al capitán de la nave, Raymus Antilles.

El Capitán Antilles estaba feliz de ser el custodio de la tarjeta por el momento, pero sabía que no era el destino final de esta.

—Asegúrense de cerrar las compuertas de aire —ordenó a sus oficiales a cargo en el puente—. También preparen las cápsulas de escape.

Toda su gente se movió para cumplir con sus órdenes. Raymus se acercó a la mujer que vestía una sencilla túnica blanca.

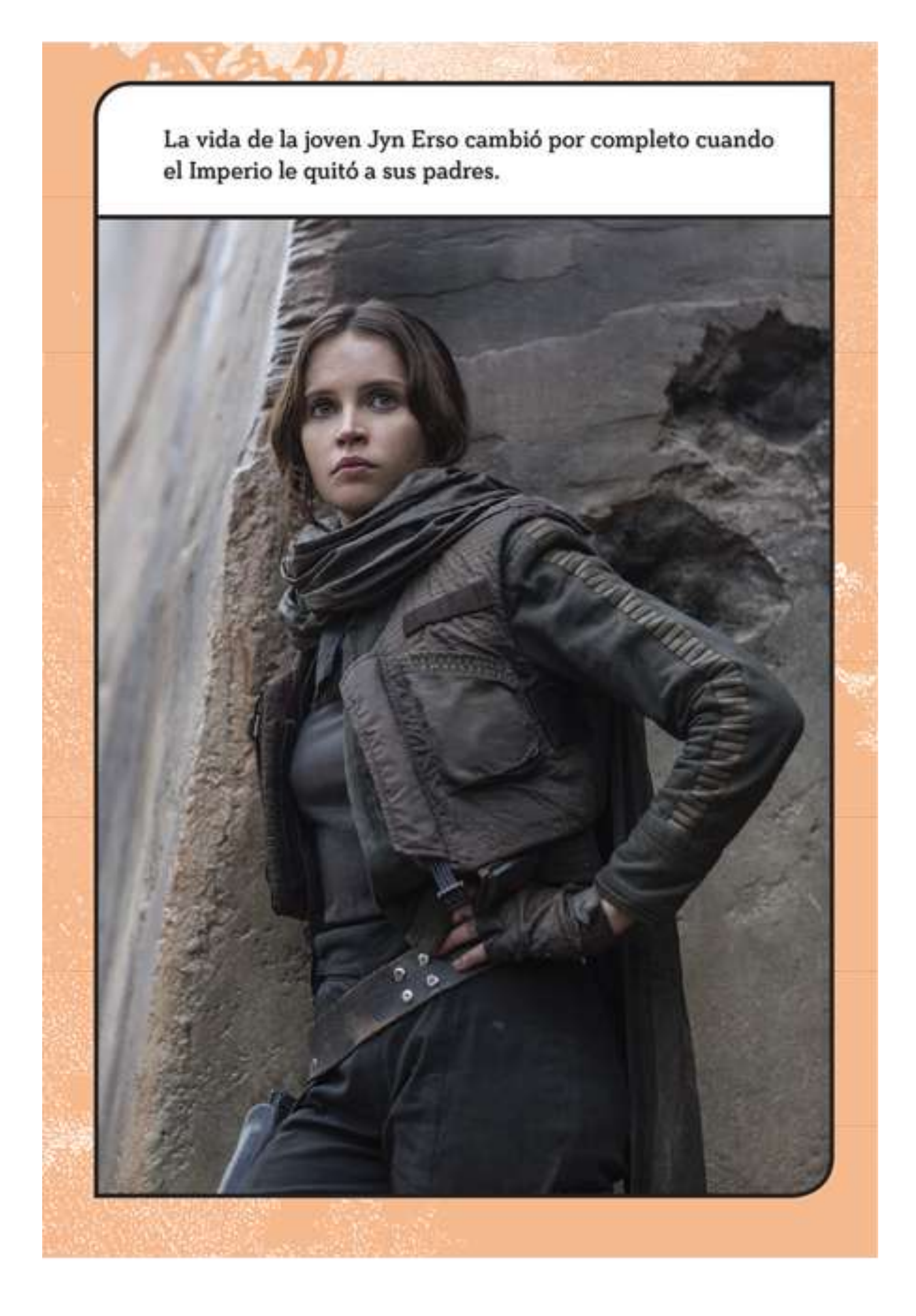
—Su Majestad —le dijo mientras le entregaba la tarjeta de datos—. La transmisión que recibimos.

La hija de Bail Organa, la Princesa Leia Organa, se volteó para recibir la tarjeta. La examinó en silencio con una mirada determinante.

—¿Qué es lo que nos enviaron? —preguntó Raymus, incapaz de contener su curiosidad. ¿Qué era lo que el Almirante Raddus les había ordenado que llevaran al alto consejo de la Alianza, bajo cualquier costo?

La princesa lo miró. Sus ojos negros brillaron mientras resumía el contenido de la tarjeta de información en una sola palabra.

—Esperanza.


La vida de la joven Jyn Erso cambió por completo cuando el Imperio le quitó a sus padres.


Jyn aprende sobre la Fuerza gracias a su madre, Lyra.
El padre de Jyn, Galen Erso, es un científico dedicado a proteger a su familia.
Soldados de la muerte imperiales llegan al hogar de los Erso en Lah'mu.

Orson Krennic es el director imperial del proyecto de la Estrella de la Muerte, y el responsable del fin de la familia de Jyn.

El Capitán Cassian Andor y K-2SO de la Alianza Rebelde acompañan a Jyn en su misión a Jedha.

Baze Malbus y Chirrut Îmwe solían ser Guardianes de los Whills. Ahora hacen lo que pueden para proteger a la gente de Jedha.





Aunque es ciego, Chirrut puede luchar contra enemigos imperiales gracias a sus habilidades y a su fe en la Fuerza.


Saw Gerrera solía ser como un padre para Jyn. Está decidido a derrocar el Imperio.
Bodhi Rook es un expiloto imperial que se unió a la causa de Jyn.
Saw le muestra a Jyn un holograma de su padre; Galen tiene un mensaje muy especial para ella.


La Estrella de la Muerte se acerca inesperadamente al pacífico mundo de Jedha.
Después de la demostración de los poderes de la Estrella de la Muerte en Jedha, Krennic es convocado por Darth Vader, Señor Oscuro de los Sith.

Jyn y sus compañeros tienen una peligrosa tarea frente a ellos: robar los planos de la Estrella de la Muerte antes de que más mundos salgan heridos.





Shoretroopers imperiales en Scariff protegen la ubicación de los registros imperiales.


Soldados rebeldes como
Pao pelean con valentía
en Scariff...


...contra muchos
stormtroopers y
shoretroopers imperiales.


Al final, Jyn está sola y debe llevarles los planos de la
Estrella de la Muerte a los rebeldes para salvar la galaxia.